

VOLUMEN
78

Armando Zuloaga B.

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Ignacia Fombona de Certad



EL NACIONAL

BANCARIBE 

Ignacia Fombona de Certad

Nació en Caracas. Realizó estudios de Letras en la Universidad Católica Andrés Bello. Posteriormente cursó la Maestría de Literatura Latinoamericana Contemporánea en la Universidad Simón Bolívar. Trabajó en el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes en el área de investigaciones bibliográficas y literarias; en el Congreso de la República, en la Coordinación de la Presidencia del Senado, y en el Banco Central de Venezuela, en el departamento de Recursos Humanos. Ha publicado poemas en la revista Poesía de Venezuela, en la revista Imagen (INCIBA) y en el Papel Literario del diario El Nacional. Es coautora de la obra *Bibliografía de Manuel Díaz Rodríguez (1871-1927)*, editada por la gobernación del Distrito Federal, Caracas, 1970, y autora del libro *Armando Zuloaga Blanco - Voces de una Caracas Patricia*, publicado por la Academia Nacional de la Historia en 1995, el cual obtuvo la Mención Honorífica del Premio Nacional de Historia "Francisco González Guinán" ese mismo año.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Armando **Zuloaga Blanco**

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Coordinador Editorial: Diego Arroyo Gil

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejó

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

Diego Arroyo Gil

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerente Unidad de Negocios Libros El Nacional:

María Cristina Serrano

Asistente de proyecto: Yaneling Moya

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Cortesía familia Zuloaga

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: lf5452008920781

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 978-980-395-201-3

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Armando **Zuloaga** **Blanco**

(1905-1929)

Ignacia Fombona de Certad

Primeras **nostalgias**



La casa grande

A comienzos de 1900 se inicia la fundación de la moderna urbanización El Paraíso, ubicada en un sector aledaño al casco central de Caracas. Se planifican algunas avenidas y se construyen casas de estilo francés, o inspiradas en un libro de planos de mansiones norteamericanas. Entre sus ingenieros se destacan Alberto Smith y Rafael Seijas Cook. Muchas de estas viviendas están edificadas a prueba de temblores y se caracterizan por sus techos, adornados con tejas rojas. Es así como desaparecen las casas grandes y viejas del casco central de la ciudad que eran símbolo del pasado, de las tradiciones y del linaje colonial. La nueva urbanización da lugar a una socialización más activa que permite la formación de una cultura urbana.

Armando Zuloaga Blanco nace el 4 de junio de 1905, en una casa con estructura antisísmica a la cual se habían mudado sus padres, Carlos Zuloaga Tovar y Josefina Blanco de Zuloaga. Fue bautizado el 24 de julio de ese año. Para ese momento, su abuelo Eduardo Blanco se desempeñaba como ministro de Instrucción Pública del gobierno de Cipriano Castro. Cinco años antes había sido ministro de Relaciones Exteriores por breve tiempo.

Tres años había vivido la familia Zuloaga Blanco en la nueva residencia antes del nacimiento de Armando. Durante los primeros meses de estadía allí, enfermó de peritonitis María Cristina, la hija mayor, quien fue operada de inmediato sobre la mesa del comedor de la casa. Los intentos por salvarle la vida resultaron inútiles y la niña murió a los once años de edad. Este hecho llevó a la madre a encerrarse durante un año en “la galería”, es decir, en la habitación principal, completamente desolada.

Posteriormente, el 10 de septiembre de 1908, esta hermosa quinta de madera –donde se encontraban importantes colecciones de obras de arte– fue destruida completamente por un rayo que desató un gran incendio que no pudo ser contenido. Nadie murió dado que la familia se encontraba en Los Teques, pero fue un incendio de proporciones tan enormes que se derritieron hasta las ventanas. Cuentan que encontraron unas perlas de la señora Zuloaga aparentemente intactas, pero que al ser tocadas se volvían cenizas. Lo poco que se salvó fue gracias a los sobrinos Oscar y Nicomedes Zuloaga Ramírez. Un perro lobo al que la familia adoraba murió en medio de las llamas.

Dentro de la casa, al lado del comedor, había un quiosco que tenía en el plafond el boceto del Salón Elíptico. Entre los cuadros desaparecidos en este siniestro se encontraban seis pinturas de Cristóbal Rojas, de las pocas exhibidas por particulares en un hogar de familia, ya que eran óleos de grandes dimensiones con imágenes trágicas. Se perdieron también obras de Michelena, Herrera Toro y Martín Tovar y Tovar. Su desaparición significó para la familia la pérdida más lamentable. Carlos Zuloaga siempre fue un coleccionista y un promotor de las artes en Venezuela.

Después de esta eventualidad, la familia se trasladó a una casa alquilada, en una zona cercana a San Agustín, mientras unos inquilinos le desocupaban la ubicada entre Ibarra y Maturín, N° 20, en la parroquia de Altagracia.

Una infancia épica

En este ambiente de afición por la pintura, aunado a la amistad de su padre con los artistas venezolanos, transcurrió gran parte de la infancia de Armando Zuloaga Blanco. Un factor que dejó huellas en su educación infantil, que formó su carácter y le hizo sentir apego por los valores épicos y los ideales patrios, fue la presencia de su abuelo materno, Eduardo Blanco, autor de *Venezuela Heroica*, quien murió cuando el niño contaba con siete años de edad, el 30 de enero de 1912.

No es difícil imaginar al muchacho absorto, sentado en el regazo del anciano, mientras éste le relataba fragmentos de su obra, porque era un hombre que hablaba muchísimo mejor de lo que escribía, y todo eso lo oyó Armando desde pequeño: Bolívar, la gesta de los libertadores, Carabobo, Páez.

El niño fue testigo de un homenaje con motivo de este libro, que le rindieron al abuelo pocos meses antes de su muerte. El acto se realizó el 28 de julio de 1911 en el Teatro Municipal. Se leyeron unos discursos y como reconocimiento a su obra le ofrendaron una corona y una pluma de oro.

En *Escrito de memoria*, de Laureano Vallenilla Lanz, se destacan tanto el porte como la fuerza física de Eduardo Blanco, quien poseía una figura arrogante y de gran distinción. En él se combinaban el atletismo y las letras. Edecán de un Páez anciano, tenía una habilidad muy especial para narrar las visitas del antiguo prócer llanero al Campo de Carabobo.

Su hija, Josefina Blanco, se había casado el 23 de julio de 1890 con Carlos Zuloaga, próspero comerciante dueño de dos casas de comercio: La Mejor y La Glacière. La primera era un abasto de lujo ubicado en la Plaza Bolívar, en donde está hoy en día el cine Rialto; la otra era una fábrica de hielo y tenía un local anexo con unas mesitas para tomar helados y refrescos. Zuloaga fue miembro fundador de la Junta Directiva de la Electricidad de Caracas, compañía que se inauguró el 8 de agosto de 1897. El señor Zuloaga apoyó a su hermano menor, Ricar-

do, tanto en sus estudios de ingeniería como en la posterior fundación de esta empresa eléctrica.

Josefina de Zuloaga era el legado viviente de *Venezuela Heroica*. Creció con la sombra de la gesta emancipadora en su hogar, era una gran narradora como su padre y tenía una voz muy bella. Le gustaba contar episodios de la historia de su país. Ella le transmitió a sus hijos una visión romántica e idealizada de aquel pasado épico.

Los primeros años de la niñez de Zuloaga transcurren con sus hermanos Carlos Eduardo, Josefina, Ana Teresa, Alfredo y Julieta, quien nace en 1909. Carlos Eduardo muere adolescente de una fiebre reumática que le afecta el corazón. Se sabe que falleció a los catorce años de edad y que para ese momento ya cursaba estudios en la Universidad. La fecha exacta de la muerte del niño está rodeada de confusiones porque la lápida del cementerio no tiene inscripción. Para la madre, la desaparición de este segundo hijo representó un golpe terrible, aunque lo supo sobrellevar mejor que la de María Cristina.

Desde pequeño, Armando Zuloaga Blanco se aficionó por la lectura, leía a los autores de moda de esa época, como Julio Verne, aunque su predilecto era Emilio Salgari. Tanto las novelas de aventuras de éste como las narraciones del abuelo y de la madre dieron pie a la formación de un espíritu romántico en el muchacho.

Conjuros e invasiones

Las tiranías y Román Delgado Chalbaud

En estos primeros años de la infancia se producen acontecimientos políticos que marcarán tanto el destino del país como el de Armando Zuloaga Blanco y el de muchos otros jóvenes de su tiempo.

La Causa Liberal Restauradora, símbolo del ascenso al poder de Cipriano Castro, es reemplazada por el golpe conocido como la Reacción o la Rehabilitación. El 24 de noviembre de 1908, Castro, enfermo, parte para Europa. Apenas transcurren unas semanas cuando, el 19 de diciembre, su compadre Juan Vicente Gómez, encargado en ese momento de la Presidencia de la República y acompañado de un grupo de amigos que serán primero sus servidores y posteriormente enemigos del régimen, decide mantenerse en el cargo, el cual ocupará durante veintisiete años.

La gente se ilusionó mucho cuando Gómez llegó al poder, porque se creía que sería un libertador, pero después se vio que era un dictador. Unos tenían el valor de combatirlo y otros preferían quedarse callados por temor, no sólo a la represión y a la cárcel, sino a perder el trabajo, aunque no fueran necesariamente empleados del Gobierno, porque el gomecismo perseguía también a las familias y requisaba propiedades.

El 17 de mayo de 1913, se descubre una conspiración que tenía intenciones de matar al general Gómez y cuyo jefe era Román Delgado Chalbaud, hombre de su confianza y uno de los militares que lo apoyaron en el golpe contra Cipriano Castro. En los años iniciales de ese gobierno, Delgado llegaba a las cinco y media de la mañana a la alcoba del dictador para tomarse un café negro con él, y lo hacía sin tocar la puerta, lo cual era un signo de confianza extrema con Gómez. Además era compadre doble del gobernante. Pero se molesta cuando no le dan los contratos que firmó en París en 1911 con el banquero Paúl Boló Pachá, quien tenía fama de bandido por haber matado a una mujer en Argentina y robado a otra en Chile. (En su libro *Por mi jefe, por mi causa y por mi nombre*, publicado en 1912 y dedicado al general Gómez, Delgado Chalbaud explica todas las negociaciones llevadas a cabo con el banquero en cuestión). Ser el jefe de la conspiración le valió la cárcel a Delgado Chalbaud, quien fue apresado junto con su grupo en La Rotuna, donde permanecerá hasta 1927.

Su detención se efectúa a la salida de su casa, situada entre Puente Yanes y Tracabordo, cuando se disponía ir a la oficina de la Compañía Fluvial y Costanera. En ese momento el coronel Tirado lo pone preso. Junto con él caen prisioneras un centenar de personas. Son detenidos también varios familiares del conspirador, entre ellos sus hermanos, Miguel y Salomón Delgado Chalbaud, y el padre Antonio Luis Mendoza.

Estos detenidos son reclusos en diferentes cárceles del país: el Castillo Libertador, en Puerto Cabello; el Castillo San Carlos, en Maracaibo y la Rotunda, en Caracas.

Román Delgado había sido favorito de Castro, quien lo nombró Almirante de la Flota de Guerra Venezolana, representada por tres chalupas con un pequeño cañón. Se comenta que hacía las pruebas de tiro disparando contra los ranchos de la costa con estas chalupas. En 1907 celebró su matrimonio con Luisa Helena Gómez Velutini con una fiesta suntuosa en Puerto Cabello, donde estaba la base de la Armada venezolana.

Repudio familiar a la autocracia

Un sentimiento adverso hacia el régimen de Juan Vicente Gómez se experimentó muy pronto tanto en la familia Zuloaga Blanco como en la familia Zuloaga Ramírez. Este rechazo no era solamente una oposición al gomecismo, sino ante cualquier tipo de dictadura.

Al principio, ante la situación política la familia optó por el retraimiento. Éste consistía en no tener trato con el régimen ni aceptar cargos públicos, porque no se estaba de acuerdo con lo que sucedía en el país.

Los Zuloaga nunca se sentían ajenos a los asuntos de la nación. En 1897, Nicomedes Zuloaga Tovar, quien estudiaba Derecho, había formado parte de un sector estudiantil de la Universidad Central que se agrupó en apoyo de la Restauración Liberal. El grupo estaba representado también por Alejandro Urbaneja, David Lobo y Manuel Modesto Urbaneja. De este movimiento surgió el Partido Liberal Nacionalista como un signo de renovación y de protesta política.

Ramón J. Velásquez escribe al respecto:

En nombre del Liberalismo y como Revolución Liberal Restauradora inicia y justifica en mayo de 1899 su alzamiento el general Cipriano Castro cuyo triunfo va a poner fin al largo predominio de las consignas y de las banderas Liberales en el gobierno de Venezuela.

Contra los gobiernos autocráticos también había reaccionado Eduardo Blanco. En varias oportunidades ocupará ministerios durante la Revolución Liberal Restauradora. Su jefe, Cipriano Castro, al llegar a Caracas con un ejército andino, pide conocer al escritor, porque desde sus tiempos de seminarista en Pamplona había sido asiduo lector de *Venezuela Heroica*.

Nueve años después el pueblo de Caracas y algunos estudiantes, cansados de los arrestos nacionalistas de Castro, se reúnen en la plaza Bolívar a dar vivas a Gómez y mueras a Castro.

En septiembre de 1909, Rufino Blanco Fombona, primo de Josefina Blanco de Zuloaga, quien se desempeñaba como Secretario de la Cá-

mara de Diputados, es detenido y encarcelado en La Rotunda, en Caracas. Al cabo de un año de prisión lo envían a La Guaira y lo embarcan en el buque español *Antonio López* hacia Puerto Rico. De allí sigue viaje a España para iniciar un exilio que duraría 26 años.

Del período de expatriado datan los diarios en donde describe “la barbarocracia” del régimen imperante en su país y donde llama al dictador “Juan Bisonte”, como burlándose de Juan Vicente.

La primera persona de la familia Zuloaga que combatió a la tiranía gomecista fue Luis Zuloaga, en Los Teques. Estaba acostumbrado a ir a la cárcel. Tanto, que hasta tenía un clavo allí para colgar su ropa. Solía arengar a los estudiantes y por tanto era normal que lo detuvieran, aunque luego lo soltaban.

Jesús Sanoja Hernández comenta este cautiverio:

El coronel Párraga revivió mucho tiempo después los dramáticos episodios de esta oleada de presos a la que vino a sumarse la de estudiantes comprometidos en la celebración del Centenario de la Batalla de la Victoria y en la protesta contra los protocolos de Washington, como Gustavo Machado y Zuloaga Llamozas, muerto a poco de salir de la cárcel.

A finales de 1912, la Universidad Central de Venezuela es clausurada por el Gobierno. El cierre durará hasta 1920. El origen de esta medida se debe al apoyo que le dan los estudiantes a los profesores en la pugna contra el Rector de la Universidad, Felipe Guevara Rojas, quien desea implantar una serie de medidas arbitrarias a las cuales se opone el profesorado.

Por otra parte, en 1914, la dictadura elimina la Asociación General de Estudiantes, cuyo Consejo Central lo componen Felipe Tejera, Gustavo Machado, Nicomedes Zuloaga Ramírez, Salvador de la Plaza y Alfredo Machado, los cuales son perseguidos por el régimen. La conspiración del año 17 estaba encabezada también por Gustavo Machado y Salvador de la Plaza. A ésta se les une Pedro Zuloaga, hermano de Nicomedes.

A continuación de estos sucesos políticos, en noviembre de 1918, cuando Armando Zuloaga contaba con doce años de edad, la epidemia de gripe que hacía estragos en el mundo entero llega a Venezuela. Esta gripe española produjo tal cantidad de enfermos que se hizo necesario colocar banderas blancas en las ventanas como señal de ayuda. Las banderas negras, por su parte, significaban que había un muerto en el hogar y que los otros miembros de la familia estaban incapacitados para llevarlos a enterrar. Los caraqueños formaron grupos de auxilio, con personas que iban de puerta en puerta a repartir la comida que se preparaba en pails enormes, para dársela a aquellos que no podían levantarse a cocinar. Entre las personas que prestaban esta ayuda estaban Fina y Ana Teresa, las hermanas mayores de Zuloaga Blanco, y sus primas María Luisa y Elisa Elvira Zuloaga Ramírez.

A comienzos del año siguiente, la noche del 15 de enero de 1919, estaba planificado que estallara una conspiración en todos los cuarteles de Caracas, dirigida por Félix Andrade Mora, Argimiro Arellano, Miguel Parra Entrena, Luis Rafael Pimentel y José Rafael Pocaterra. El grupo de conspiradores, formado tanto por civiles como por militares, es delatado por el capitán José Agustín Piñero, quien tenía amistad íntima con algunos miembros del golpe. Los oficiales son detenidos por sus jefes en los cuarteles un tiempo antes de la fecha fijada para la acción.

Los conspiradores son cadetes y militares de formación académica. Al ser detenidos son interrogados personalmente por José Vicente Gómez, el hijo del dictador, quien para la fecha ocupaba el cargo de Inspector del Ejército. Son torturados, colgados por los testículos en Villa Zoila, pero nadie confiesa. Uno de ellos, Miguel Parra Entrena, muere; los otros –Luis Rafael Pimentel, Argimiro Arellano, Pedro Betancourt Grillet y José Rafael Pocaterra– serán encerrados en La Rotunda por varios años.

Hacia marzo de ese mismo año es detenido Pedro Juliac, quien es encerrado en la misma celda con Pocaterra. Su prisión se debe aparentemente a la delación de un espía del régimen. El doctor Juliac es un

famoso abogado, que mantiene una estrecha amistad de muchos años con Carlos Zuloaga. Ambos estaban involucrados en una lucha clandestina contra la tiranía.

Primeros opositores al régimen

A partir de 1913, Juan Vicente Gómez decide continuar en el poder por otro período presidencial. La oposición al régimen estará basada esencialmente en los levantamientos militares en los cuarteles y en las intentonas de golpe de los caudillos. Entre el año 1918 y finales de 1927 será muy escasa la participación opositora por parte de los intelectuales y de los estudiantes.

Al término de la Primera Guerra Mundial, un grupo estudiantil organizará una manifestación conocida como “Las Jornadas Patrióticas por el Armisticio” ante la embajada de Bélgica, para demostrar su simpatía a dicho país y a Francia, por la caída del imperio Alemán. Entre los participantes se encuentran Francisco Pimentel, Leoncio Martínez, Andrés Eloy Blanco, Jacinto Fombona Pachano, Rodolfo Moleiro, Fernando Paz Castillo, Atilano Carnevali y muchos otros que formarán parte del movimiento literario conocido como la Generación del 18. Tanto estas “jornadas” como la conspiración de enero de 1919 enfurecen al tirano. Se acusa a estos jóvenes de estar implicados en el golpe, sufren persecuciones y son encarcelados.

Muchos de aquellos que habían sido funcionarios de Cipriano Castro y luego de Gómez, pronto sintieron rechazo por la dictadura y tuvieron que exiliarse. Desde el exterior (Las Antillas, Méjico, Estados Unidos y Europa), algunos intentarán organizar expediciones armadas con el fin de invadir a Venezuela y derrocar la dictadura. Pero enfrentaban un problema, y es que eran vigilados por los agentes del régimen que vivían en el extranjero.

El primer gabinete constituido el 20 de diciembre de 1908, lo integrarán futuros combatientes de la dictadura: Francisco Linares Alcántara (Relaciones Interiores), Régulo Olivares (Guerra y Marina), Aquiles Iturbe (gobernación del Distrito Federal). Además, formarán parte

del Consejo de Gobierno: Leopoldo Baptista, Juan Pablo Peñaloza y José Manuel Hernández.

En el año 1914 tienen lugar diversos alzamientos en el interior del país. Emilio Arévalo Cedeño deja su oficio de telegrafista para sublevarse contra el Gobierno en respaldo de la candidatura de José Manuel Hernández, más conocido como “El Mocho” Hernández. Arévalo Cedeño, famoso guerrillero de los llanos, se levantará en armas en varias oportunidades.

El general Régulo Olivares se exiliará en Colombia en 1919 para llevar a cabo, desde allí, una invasión que entraría por Táchira, región donde tiene fama de buen caudillo.

En julio de 1920, un buque armado llamado *Odín* se dispone a invadir las costas venezolanas. La expedición, a cargo de Francisco Linares Alcántara (hijo del general Francisco Linares Alcántara, ex presidente de la República) y de J. M. Ortega Martínez, se frustra antes de zarpar por la denuncia hecha por el doctor José Ignacio Cárdenas, agente secreto de Juan Vicente Gómez, ante las autoridades holandesas, las cuales comprueban en Amsterdam que se pretende atacar al Gobierno de Venezuela.

Linares Alcántara es detenido y una vez en libertad organiza otra invasión en 1921, junto con su compañero Ortega Martínez y un comerciante inglés interesado en el negocio de las concesiones petroleras, quien contribuye económicamente en la adquisición del buque *Harrier* para llevar a efecto esta incursión desde Inglaterra. El Gobierno británico la descubre y el viejo vapor es confiscado por violar la Ley de Alistamiento para el Extranjero de 1870.

En 1922 se organiza la expedición de *La Angelita*, que logra congrega a exiliados de distintas ideologías. En esta intentona participan Régulo Olivares, Leopoldo Baptista, Pedro Elías Aristeguieta, Néstor Luis Pérez y Rafael María Carabaño, como los más representativos del grupo.

La nave contaba con el financiamiento de Antonio Aranguren y con un armamento conseguido en Méjico. La invasión fracasará al poco

tiempo de salir del puerto de New Port News en Key West, a causa de una avería que deja al barco inutilizado.

Estas asonadas estaban inspiradas en los golpes anteriores y en el recuerdo de las luchas políticas del siglo XIX.

Las inquietudes del adolescente

El liceo Caracas y los amigos

Ni los familiares ni los amigos proporcionan información precisa sobre la institución donde cursó estudios primarios Armando Zuloaga Blanco. Isaac Pardo piensa que debió hacerlo en el Colegio Francés, que era sólo para varones. Puede que el dato sea cierto. Allí fue donde se celebró su Primera Comunión, en julio de 1916.

Sin embargo, Carlos Pérez de la Cova –con el cual tuvo amistad desde la infancia–, afirma haber estudiado la primaria junto con Zuloaga Blanco en la Escuela Normal de Hombres, que era pública, estaba ubicada entre las esquinas de Palma y Municipal, era dirigida para ese momento por el doctor Teodosio V. Sánchez y que en 1917 tuvo como subdirector a Rómulo Gallegos. Antonio Vaamonde, tío de la futura novia de Armando, formaba parte junto con Mario Muñoz del grupo de profesores. Según Eduardo Michelena, el profesor Vaamonde Oramas era “el que más se destacaba por su cultura y por su señorío” entre todos los maestros de la escuela.

En 1913 el matrimonio Zuloaga Blanco y sus cinco hijos hacen un viaje a Europa. Permanecen algunos meses en París, van a esquiar a Interlaken, en Suiza, y posteriormente a Venecia.

Probablemente en septiembre de 1919 Armando Zuloaga comienza a estudiar bachillerato en el Liceo Caracas, dirigido en ese momento por el profesor Luis Espelozín, quien fallece al poco tiempo. Pasarán a ocupar el cargo, primero, el doctor Marichal Torres y luego Rómulo Gallegos.

Inocente Palacios rememora así sus vivencias con Zuloaga en ese liceo:

Yo recuerdo mucho a Armando, porque nosotros estudiábamos juntos. Él vivía en una casa casi en la esquina de las Ibarras, una casa muy grande, muy amplia, al lado de la panadería de las Ibarras que hacía esquina. Una casa muy grande, muy amplia, como eran las casas de Caracas, las buenas casas de la época, ya enmosaicada toda. Había en el centro del gran patio una mata de mango muy hermosa, pero de mango de tachuela, ese mango chiquitico, lo recuerdo muy bien. Armando vivía en el alto, un apartamentico en el alto, y yo corrientemente caía por la mañana ahí y nos metíamos en el alto a estudiar; presentamos juntos varias materias de bachillerato.

Francisco Flamerich también guarda en su memoria el recuerdo juvenil de la casa situada al lado de la panadería de las Ibarras. Allí en las tardes se reunían a conversar con Armando, Juan José Palacios, Juan Muñoz, Carlos Pérez de la Cova, José Antonio Marturet, entre otros. Al pasar para el “alto”, hacia el apartamento de Armando, Flamerich recuerda que siempre se encontraba a Josefina Blanco tejendo, sentada en una poltrona del corredor principal y ataviada con “un abriguito gris”.

Luis Villalba Villalba, “Lucho”, narra una anécdota famosa de Armando Zuloaga en el liceo Caracas que está recogida en dos libros: *Bajo la Tiranía*, de Cecilia Pimentel y en *Hombre y villanos*, de Rómulo Betancourt, quien también estudió allí.

Entre las esquinas de Doctor Díaz y Salvador de León estaba ubicado el plantel donde funcionaba el liceo Caracas, dirigido en esa época por Rómulo Gallegos, quien comenzaba a publicar sus primeros cuentos. Gallegos se preocupó por canalizar la inquietud literaria de sus alumnos; para tal fin les propuso a Armando y a Rómulo Betancourt

que fundaran una revista que se publicaría mensualmente. Los puso en contacto con la imprenta de Eduardo Coll. Así fue como se publicó el primer número de *Liceo*.

Un día, el director los llamó, alarmado por la deuda contraída con el impresor, la cual alcanzaba los mil bolívares, para hablar con ellos sobre el asunto. Se obtuvo una rebaja y el monto lo pagó Armando Zuloaga. Betancourt alega que su amigo “provenía de una familia con medios de fortuna”. En cambio, la suya era pobre y para la fecha trabajaba por un sueldo miserable como cobrador en una tabaquería.

Los dos jóvenes tenían una peña literaria llamada Domingo de Guzmán, que funcionaba en un cuarto alquilado en la parroquia de San José. Allí se reunían los domingos a leerse la producción que cada cual escribía durante la semana.

Rómulo Betancourt coincide con sus compañeros de liceo en que Armando era un hombre sencillo, que tenía trato con todos los estudiantes sin importarles la clase social a que pertenecían, aunque le gustaba vestirse sofisticadamente para ir a las retretas de la Plaza Bolívar con “sus trajes de dos colores y sus zapatos con güetas.”

Los parientes y amigos de Armando siempre recuerdan su bondad y generosidad. Antonieta Marturet, sobrina de Zuloaga Blanco, comenta:

Él era bondadoso con todo el mundo, con el pobre que venía a la puerta, con el muchacho que quería cualquier cosa, con los amigos, con los estudiantes y compañeros. Yo he oído muchísimo que mamá recuerda que le venían a pedir las notas de estudio, incluso de tesis casi completas que él había ayudado a redactar para los compañeros.

Anita Tovar agrega:

A tío Armando lo quería todo el mundo. Lo querían muchísimo los pobres. Él tenía una corte de pobres que iban a esperarlo a la hora que llegaba de la Universidad, y a quien siempre les tenía además de una limosna, una palabra de cariño o de simpatía, y les oía sus cuentos. Tenía muchísimo éxito con las mujeres y era un hombre que siendo,

tan “buenmozo” y con tanto éxito, estaba pendiente de si veía a una muchacha sentada durante un baile y se acercaba para sacarla a bailar.

En la memoria del grupo que acudía a la casa de los Zuloaga ha permanecido la imagen de la habitación situada en la parte alta de la casa, donde Armando escribía y recibía a los compañeros. Al lado de esa biblioteca estaba una azotea que daba al patio, donde practicaban esgrima: “Jugaban esgrima él y Perecito de la Cova, a quien llamaban ‘La Mona’”.

Su dormitorio estaba a la derecha, frente a la puerta del zaguán, y al lado tenía un baño. A veces utilizaba también un salón en la planta baja que era el cuarto de música, donde oía los discos de Carlos Gardel.

El patio estaba siempre lleno de muchachos: Carlos Pérez de la Cova (Perecito), José Antonio Marturet, Juan Oropesa, Juan Muñoz (Juanito). Éste último era un muchacho español que no era estudiante, pero era uno de los mejores amigos de Zuloaga Blanco.

La primera premonición

En mayo de 1921 fallece Carlos Zuloaga Tovar por problemas cardíacos. Poco tiempo después la viuda, con los dos hijos menores, se va a Europa por una temporada. A partir de ese momento comienzan las premoniciones que rodearán la vida de Armando Zuloaga Blanco hasta su muerte.

En el hotel Tudor de París se iba a celebrar un banquete diplomático y los venezolanos que estaban allí invitaron a la señora Zuloaga para que asistiera. Armando y Julieta se pusieron a ver, escondidos, cómo acontecía la fiesta, y cuando se levantaron para irse, Madame Tebas, una clarividente, se acerca al muchacho y le dice: “Ven, te voy a decir la fortuna”. Y allí le dijo que iba a morir antes de los veinticuatro años.

Coincidentalmente, en 1912, cuando Román Delgado Chalbaud fue a Francia a entrevistarse con Boló Pachá, la misma adivina le vaticinó que sería Presidente de la República.

De regreso al país, alrededor de 1924, Armando Zuloaga concluye sus estudios en el Liceo Caracas. Para optar al título de bachiller en Filosofía, escribió un relato histórico sobre Juan de Villegas, fundador de Barquisimeto, con el cual estaba emparentado. Zuloaga era aficionado a las investigaciones genealógicas. Esta tesis se titula *Don Juan de Villegas (Crónica de la Conquista)*, está dedicada a sus padres y fue publicada en la Tipografía y Litografía Vargas en 1928 por la Universidad Central de Venezuela.

La novia

María Cristina Acosta

En 1926, María Cristina Acosta Vaamonde, más conocida como Mori, viene por primera vez a Caracas, procedente de La Habana, a pasar una temporada con sus abuelos. Se hospeda en la casa de su padrino, Antonio Vaamonde, quien vive con su hermana Margarita, de Dolores a Puente, casa N° 111-1.

Mori Acosta había nacido en la capital venezolana en 1908. Su padre se fue al exilio en 1912 con su esposa y a partir de ese momento la familia se residencia en Cuba. El motivo del destierro se debe a que Enrique Acosta, cuando tenía alrededor de veinte años de edad, vino con las tropas de la Revolución Restauradora. Un buen día presenció que Cipriano Castro, pequeñito como era, le dio una cachetada a Gómez. Éste no le perdonó nunca haber sido testigo de aquella humillación y al tomar el poder persiguió al muchacho hasta obligarlo a irse de Venezuela.

A Mori la recibe en La Guaira su padrino. La misma noche de su llegada la van a visitar Fina, la hermana mayor de Zuloaga Blanco, con su esposo Martín Tovar y sus dos hijas pequeñas. Al día siguiente, la señora Zuloaga llama por teléfono para invitarla a cenar y para discul-

parse por no haber pasado a saludarla, debido a que Armando estaba enfermo: tenía gripe. Mori acude a casa de la familia y comprueba que el joven estaba acostado con fiebre. Esto no impide, sin embargo, que éste se levante a recibirla y atenderla. En el transcurso de la velada, Armando se mejoró hasta el punto de invitarla a bailar al Club Paraíso el domingo siguiente.

Ya de novios, Armando Zuloaga iba todas las noches a visitarla. En ese tiempo estudiaba Derecho en la Universidad Central, y aunque la mayoría de las veces se presentaba solo, en ocasiones aparecía con alguno de sus amigos.

Mori Acosta observa que durante su noviazgo, que duró desde mediados de 1926 hasta agosto de 1929, no tuvo oportunidad de conocer “el yo interno” de Armando, porque en esa época las muchachas como ella estaban muy sometidas, primero a los padres y posteriormente al novio y al marido, y ese sometimiento formaba parte de la educación de aquel tiempo.

Para ella, los domingos en la mañana eran todos iguales. La señora Zuloaga la mandaba a buscar para ir a misa en Santa Capilla, de allí se dirigían a pie hasta La India para tomar un cóctel y luego se reunían a almorzar en la casa que estaba de Ibarra a Maturín con la familia.

(...) la única extraña era yo, porque mi tía Margarita era de la familia prácticamente. Allí pasábamos todo el mediodía, toda la tarde, y Armando y yo nos íbamos al cuarto donde él tenía su tocadiscos a oír música y conversar. Bueno, en aquel tiempo estaba muy de moda Carlos Gardel, oíamos a Carlos Gardel.

Algunas veces, Mori y Armando subían a la biblioteca, que tenía muchos libros de historia, especialmente sobre Páez y Bolívar, y también papeles sobre heráldica.

Armando Zuloaga Blanco era muy casero, iba a las clases de derecho en la Universidad todas las tardes entre cuatro y media y cinco, pero la mayor parte del tiempo lo pasaba en su biblioteca, estudiando o escribiendo cuentos, especialmente de amor y de misterio.

(...) eran montones de cuentos. Se tuvo que poner una mecanógrafa. Yo iba leyendo y ella mecanografiando, porque no había quien le entendiera, porque le temblaba mucho el pulso, tenía una letra horriblemente mala.

Para entonces Armando tenía un carro marca Fiat que “cabía en un puño”, por lo pequeño que era. Algunas tardes iban a Petare a comer golfeados, a la laguna de Catia o a pasear por El Paraíso. Durante la semana prefería trasladarse en coche de caballos porque alegaba que había mucho tráfico.

Al analizar la ideología de Zuloaga Blanco, Mori se siente confundida. Piensa, por una parte, que a Armando le gustaba el progreso, pues compartía sus ideas con grupos y personas de avanzada, como lo eran algunos estudiantes del 28 o escritores del movimiento literario de vanguardia. Pero, por la otra, cree que era muy conservador y que no hubiera soportado que ella formara parte del círculo de mujeres enfrentadas a la dictadura. Tampoco estaba de acuerdo, por ejemplo, con que las muchachas jóvenes leyeran *Madame Bovary*, aunque su novia sí lo había hecho. Asimismo, Mori observa que Armando “se sentía conforme consigo mismo” y que “le daba igual tener uno o dos flux colgados en el escaparate”.

Otra de sus características era que tenía una visión épica de la vida, “imbuido como estaba de don Eduardo Blanco y su *Venezuela Heroica*, y del Marqués del Toro”.

Armando Zuloaga tenía afición por la heráldica, le gustaban muchísimo los títulos nobiliarios y estaba orgulloso de su linaje. Se enorgullecía de poseer la mesa que había pertenecido al Marqués del Toro. Mori le decía: “Chico, estás pasado de moda, eso no se usa, ahora hay otra heráldica”.

Las dos ramas de su familia llegaron al país entre 1500 y 1600. Los Zuloaga vinieron con la Compañía Guipuzcoana y le dieron empuje a la agricultura, especialmente al cultivo del añil. Además, algunos de sus antepasados maternos participaron en la Guerra de Independencia.

Juntos, Mori y Armando, también discutían sobre los libros y los autores de moda de aquella época: *Crimen y Castigo*, de Dostoievski y *Sashka Yegulev*, de Andreyev, quien para entonces era un ídolo gracias a esta novela, la cual impactó mucho a los jóvenes del 28 por su contenido novedoso y romántico. Armando Zuloaga fue comparado por algunos de sus amigos, compañeros de universidad y familiares, después de su inmolación, con el héroe de esta obra por su visión trágica y su romanticismo.

Según Mori y otras personas que lo conocieron, Armando manifestaba su pesimismo dibujando tumbas en los papeles que tenía a su alcance. “Y yo le decía: ‘¡Pero Armando! ¿Por qué no se te ocurre pintar otra cosa?’ Y él me decía: ‘No me acuerdo de nada, es la mano que se va sola’”.

Para ella, él era un hombre pesimista y este pesimismo se hizo más evidente con el transcurso del tiempo y se reflejará en sus cuentos.

La gitana de Caracas

Mori presenció el vaticinio de la segunda pitonisa. En ese tiempo había muchas gitanas en Caracas, en Cuba y otros lugares. Iban “andrajosas y llenas de medallas”. Era fácil encontrarse en la calle con tres o cuatro de esas mujeres, porque estaban en todas partes. Generalmente eran yugoslavas o húngaras. Hacían su campamento en las afueras de la ciudad y venían al casco central a pedir dinero o a robar lo que podían.

Una tarde, en La India, mientras pasaban el rato con Fina Zuloaga, se les acercó una gitana, la cual se puso bastante majadera ante la resistencia de Mori a que Armando se dejara leer la mano. Él cedió y ella le dijo:

¡Ay, muchacho! ¡Qué lindo! Muchacho bonito, muchacho bonito, muchacho bonito, pero tu muerte está aquí, antes de que cumplas veinticuatro años. Eso dejó a Armando muy mal. Estuvo angustiado varios días, bueno, tú sabes, porque era lo que le habían dicho en París.

Después de recordar todo esto, María Cristina Acosta (Mori), recrea la temporada de fiestas durante el Carnaval caraqueño. Según ella, “en casi todas las casas de las personas de cierto relieve social” se celebraban bailes de disfraces, en los que se bailaba *foxtrot*, pasodoble, tango, *charleston* y son cubano.

En 1927, ella misma asiste a uno de esos bailes disfrazada de china, porque Armando le había pedido que se copiara el vestido de un retrato de Josefina de Zuloaga. Al año siguiente, se viste de gitana para una fiesta en la casa de los Lander, porque él así lo quiso.

Antes de Mori, Armando había tenido por novia a Dora Mc Gill, hija del capitán chileno Samuel Mc Gill, quien llegó a Venezuela durante el gobierno de Cipriano Castro con el fin de fundar la Academia Militar. En 1910 es encargado por Gómez de dirigir dicha Academia junto con el Inspector General de Ejército, el general Félix Galavís. El capitán fue acusado de inculcar ideas antigomecistas en los alumnos y se vio obligado a exiliarse; lo hizo en Europa. En la década de los 20, formaba parte de los desterrados venezolanos que conspiraban contra la tiranía.

Distintas **aficiones**

Armando Zuloaga y la vanguardia

Sobre la vida del biografiado fuera del hogar hay muchos datos desconocidos para las personas que estuvieron más cerca de él, sobre todo en lo que se refiere a su actividad literaria y su actividad política. Ellos no reseñan su participación en el grupo literario de la época. Sin embargo, Joaquín Gabaldón Márquez, en *Memoria y Cuento de la Generación del Veintiocho*, relata las reuniones realizadas por el grupo vanguardista con Rómulo Gallegos, durante el período que precedió a la Semana del Estudiante. Estas reuniones se efectuaban en la tipografía Vargas, situada entre Principal y Santa Capilla. Allí se editaba la revista *Elite*, a cargo de Raúl Carrasquel y Valverde. También se imprimía el semanario literario-deportivo *Carteles*, dirigido por Armando Zuloaga Blanco, José Antonio Marturet y Carlos Eduardo Frías.

Ardía la "vanguardia" entonces en su original fervor, inédito tal vez, aún, en cuanto a sus más pronunciadas manifestaciones públicas pero ya en proceso de formación, en trance de lo que pudiéramos llamar condensación de grupo. Esto debió ser hacia noviembre o diciembre de 1927. Antes, tal vez. Y nos reuníamos allí, algún día de la semana, bajo la acogedora sonrisa de Juan de Guruceaga, con su cara enigmática.

En estas peñas se leían los trabajos literarios de los participantes y se comentaban las obras cuyos estilos se inscribían dentro de las nuevas corrientes, procedentes de España y de otras partes de América. También circulaba entre el grupo *La Gaceta Literaria*.

Para María Cristina Acosta, los cuentos de Armando tratan sobre temas de amor y misterio, y son difíciles de entender. Es posible que ello responda a la influencia de la vanguardia imperante para esa fecha, como lo expresa Joaquín Gabaldón Márquez en su libro.

Por otra parte, Cecilia Pimentel indica esta vocación literaria incipiente en Zuloaga, la cual también le mereció un comentario periodístico de Pedro Sotillo, uno de los poetas de la Generación del 28. Asimismo, a Francisco Pimentel, mejor conocido como “Job Pim”, le sorprendió “la espontaneidad, la soltura y el estilo con que ese muchachito escribía”.

Inocente Palacios piensa que Zuloaga sentía mayor vocación por la literatura que por el derecho: “De manera que ya para el 28 Armando era un hombre que escribía literatura, no digamos que de gran calidad, pero con bastante soltura. Y en realidad, pienso yo que su vocación hubiera sido la literaria, pero un balazo se la cambió”.

En la obra *Multimagen de Rómulo*, de Juan Liscano y Carlos Gottberg, en el capítulo titulado “Rómulo Betancourt ante sus obras y la historia”, se hace una memoria y cuenta de aquel movimiento literario:

En 1927 se constituyó la Federación de Estudiantes de Venezuela, ya disuelta en dos oportunidades anteriores. La flor de la juventud universitaria perteneció a ella. La dirigían Jacinto Fombona Pachano, Enrique García Maldonado, Raúl Leoni, Rafael Vegas, Isaac Pardo, Ernesto Silva Tellería. Contaba entre sus filas a algunos mozos de enfebrecido idealismo literario: Pío Tamayo, Guillermo Prince Lara, Joaquín Gabaldón Márquez, Armando Zuloaga Blanco, Miguel Otero Silva, Jóvito Villalba, Rómulo Betancourt, entre otros. Unos eran poetas, otros cuentistas, algunos aspirantes a políticos (...)

Como se ve, aunado a los acontecimientos que marcarán la vida de Román Delgado Chalbaud y de Armando Zuloaga, se gestarán los sucesos que determinarán el rumbo literario y político del país.

La revista *válvula* tiene sus antecedentes en el incipiente movimiento vanguardista universitario, representado por la publicación de la Federación de Estudiantes de Venezuela, titulada *La Universidad*. El primer número aparece en junio de 1927, seguido de dos números más correspondientes a los meses de septiembre y diciembre.

Por medio de este órgano divulgativo, dirigido por Rafael Vegas, se pone de manifiesto la tendencia renovadora de las letras y la inquietud política del estudiantado. El primer y único número de la revista *válvula* circula el 5 de enero de 1928. Según Joaquín Gabaldón Márquez, la publicación intentaba dar al arte una función social, de modo que se hiciera accesible a todo tipo de público.

El segundo número de *válvula* debía aparecer en febrero para coincidir con la Semana del Estudiante, pero el gobierno gomecista no permitió su publicación ni la de ningún otro número de la revista, sobre la base de que “simples metáforas verbales” contenían “una remota alusión política”.

La literatura europea de vanguardia llega con retraso a Venezuela, como había sucedido también con otras manifestaciones artísticas. Aunque íntimamente relacionado con la rebelión estudiantil del año 28, ese movimiento literario no causó una ruptura tan radical con la tradición como sí sucedió en otros países de Latinoamérica. No debe olvidarse que la vanguardia tenía como centro de renovación político-cultural a las universidades y en Caracas la Universidad Central de Venezuela fue clausurada entre 1912 a 1920.

El espiritismo y la libertad de Delgado Chalbaud

A finales de 1922, los prisioneros de La Rotunda reciben un trato menos rígido, ocasión que aprovecha Delgado Chalbaud, quien había hecho una gran fortuna siendo muy joven, para sobornar a los guardias con el fin de lograr la entrada clandestina de libros sobre espiritismo. Es así como surgió la idea entre los presos de formar un grupo que se dedicara a practicarlo.

El capitán Luis Rafael Pimentel supo que estas prácticas las continuó Delgado Chalbaud en el exilio, al punto de tomarlas como fundamento de sus planes de invasión y de continuarlas en su camarote a bordo del Falke.

El doctor José Izquierdo señala esta vieja inclinación por las artes adivinatorias en la época de la conspiración del año 13, cuando el general Román Delgado le comentaba: “Yo soy el próximo Presidente de Venezuela porque una adivinadora me lo pronosticó en París y otra me lo ratificó aquí cuando regresé. De manera, pues, que tengo entre manos una revolución cuyo éxito es seguro”.

Algunos años después, con el nombramiento del doctor Francisco Baptista Galindo en 1925, primero como ministro de Relaciones Exteriores y luego como titular de la Secretaría General de la Presidencia de la República, los opositores del régimen se ven beneficiados por una breve tregua. Éste intercede ante el general Gómez a fin de lograr la reanudación de las relaciones diplomáticas con Méjico que habían quedado interrumpidas desde 1923 por los ataques que dirige el Ministro de Educación de ese país, José Vasconcelos, al Gobierno de Venezuela, y por el apoyo que le daban a los expatriados las autoridades mejicanas.

El doctor Baptista Galindo logra a su vez una amnistía general para todos los presos políticos, quienes salen de La Rotunda la mañana del domingo 21 de marzo de 1927, cuando se presenta en la prisión el general Rafael María Velasco con órdenes expresas de Juan Vicente Gómez de liberar a los reclusos.

Román Delgado Chalbaud permanece detenido unos días más, exactamente hasta el 24 de marzo, cuando es liberado después de un largo cautiverio de catorce años. Logra salir del país rápidamente con el respaldo de un certificado médico que le proporciona el doctor José Izquierdo, donde se asegura que su estado de salud necesita tratamiento en el exterior. En abril de ese mismo año llega a París y comienza a trabajar enseguida en la organización de la expedición del Falke.

Vicente Ibarra afirma: “Gómez metió a Delgado catorce años con un par de grillos, y cuando la mujer de éste fue a pedirle que lo soltara le dijo: ‘Comadre, más vale tener al marido preso que muerto en libertad’”.

También consigue el doctor Baptista Galindo una amnistía para los exiliados. Por tal motivo se manda una comisión integrada por destacadas figuras de Los Andes, como Rafael González Rincones, a recibir en el Puente Internacional, a un gran número de desterrados residenciados en Colombia. Al respecto, Carlos Emilio Fernández hace el siguiente comentario:

No obstante la amnistía, los exiliados de más significación política se abstuvieron de pisar territorio venezolano. Entre ellos recordamos a Régulo Olivares, Leopoldo Baptista, Francisco Linares Alcántara, Santos Dominici, Rufino Blanco Fombona, Néstor Luis Pérez, José Rafael Pocaterra, Doroteo Flores, Emilio Arévalo Cedeño y muchos otros, quienes prefirieron seguir en la oposición.

El 27 de abril de ese mismo año el doctor Baptista Galindo muere de forma repentina en la ciudad de Maracay a causa de una fiebre hematórica, según informa el reporte oficial, aunque corrió el rumor de que había sido envenenado por enemigos que tenía dentro del Gobierno.

Todos los objetivos alcanzados por Baptista Galindo marcaron una pauta, tanto para los revolucionarios desterrados como para el movimiento que se gestaría en 1928.

La Semana **del Estudiante**

Ideología de los estudiantes del 28

La Semana del Estudiante es una celebración acordada por los integrantes de la Federación de Estudiantes de Venezuela, presidida en ese momento por Raúl Leoni, para aprovechar los días cercanos del carnaval caraqueño.

Carlos Emilio Fernández señala en su libro *Hombres y sucesos de mi tierra (1909-1929)*, que inicialmente la semana no tuvo un carácter político. La finalidad era reunir fondos para crear la “Casa del Estudiante o “Casa Andrés Bello”, a fin de alojar a los universitarios provenientes del interior del país que no tenían familiares en la capital.

Isaac Pardo coincide con esta opinión reseñada por Fernández, al comentar que “esta festividad no contenía un programa político y tampoco contenía una ideología”. Pardo explica que “los camaradas” han pretendido ver en esos actos una implicación política de inspiración marxista, “y eso es perfectamente falso”. Luego aclara:

En Venezuela no existía comunismo, ni existía ideología comunista de ningún género. Es decir, el primer comunista aquí fue Gustavo Machado, mientras que Pío Tamayo lo fue en Méjico. Aquí, eran cuatro o seis estudiantes los que conocían el comunismo. Para el grupo

general de los estudiantes (...), sabíamos que era un poeta venezolano que venía de Méjico y que era de izquierda. Yo no conocía a Pío Tamayo. De modo que la influencia que pudo haber ejercido, la ejerció después. Pero ésa es otra cosa. En aquel momento ella no existía.

Por su parte, Carlos Irazábal, otro testigo directo de los orígenes de la Semana del Estudiante, añade que en esa época era muy difícil conseguir libros revolucionarios “venidos del extranjero”, o encontrarlos en las bibliotecas de Caracas. Sin embargo, *El Capital* de Marx estuvo mucho tiempo en las librerías, porque la policía gomecista creía que era un libro en defensa del capitalismo y por lo tanto estaba autorizado por el régimen.

Fue mucho después cuando los estudiantes comprendieron que no era Gómez ni el gomecismo lo único que era necesario cambiar. Había que transformar la estructura económica, política y social sobre la cual se sustentaba el Gobierno, es decir, “el aparato feudal imperialista” apoyado en el petróleo, “que ha sido el gran motor de Venezuela como país”. Irazábal continúa:

Para mí, la generación del 28, como generación, no tuvo una ideología determinada políticamente clara. Nos unía fundamentalmente el sentimiento antigomecista. Queríamos una República, un Gobierno más eficiente. Aspirábamos a cambiar a esos chácharos por gente más capaz, por hombres burgueses como Lorenzo Marturet, por los godos, la “godarria” caraqueña. Era una ideología que nosotros podríamos llamar la ideología de la Revolución Francesa, sintetizada en la Igualdad, Libertad y Fraternidad.

De la burguesía venezolana se desprendió una elite formada por estudiantes, pertenecientes en su mayoría a la clase media o al viejo patriciado de “tradición aristocrática” –y por uno que otro representante de la clase popular en ascenso–, quienes buscaban instaurar un régimen de libertades basado en un liberalismo democrático.

En estos jóvenes vivía el pensamiento de la Ilustración, transformado luego en el liberalismo, unido a los ideales épicos y heroicos de la lucha independentista.

Inocente Palacios, quien era compañero de cuarto año de Derecho de Armando Zuloaga, define así a su grupo:

Había un sentimiento romántico de justicia y de libertad, pero ese sentimiento estaba sólo respaldado por esas cosas vagas que venían de la Revolución Francesa, los principios de Igualdad, Fraternidad y Libertad; pero una formación conceptual sobre los problemas económicos y los problemas sociales de la sociedad contemporánea que se estaba viviendo, no existía en ninguno de nosotros (...) No existía porque Venezuela estaba muy amurallada, con una muralla anticultural que le había puesto el gomecismo. Sin embargo, en las librerías sí estaba la literatura económica de Marx y de Engels aunque nosotros la conocíamos muy poco.

Recuerda también Palacios que fue el ministro Pedro Manuel Arcaya “quien puso de moda la palabra comunismo en Venezuela, al publicar un comunicado donde expresaba que el nuestro era un movimiento de inspiración comunista”. Al acusarlos de comunistas, la dictadura desacreditaba a los movimientos populares.

El grupo estudiantil se sorprendió mucho ante esta denuncia de Arcaya, aunque sabían de la Revolución Rusa y del derrocamiento del zarismo en 1917: “Pero fuera de eso no teníamos un concepto claro de cuáles eran las bases sociales y económicas sobre las cuales se había hecho esa Revolución”.

Luego, los estudiantes se interesaron “por la adquisición de una copiosa literatura marxista, que entre los años 29 y 33 se vendía holgadamente en Venezuela, hasta que de los Estados Unidos vino el repique, es decir, que alertó que se trataba de comunismo”.

Lucho Villalba ratifica lo dicho por sus tres compañeros de generación:

La vivencia fue por romanticismo(...), ahí no había nada político, no teníamos sino tormentos frente a Gómez. Todo el mundo no tenía sino un frente a Gómez, pero no porque hubiera trastienda política de cuchicheos y de cosas con jefes, no, no, no, eso no es verdad. No, no, no, eso fue después. Quien inició y adoctrinó a los estudiantes en el

marxismo fue Pío Tamayo en el Castillo de Puerto Cabello. La verdad es que ahí, en la Generación del 28, no había nada: era un asunto romántico; la cosa admirable era que aquél era un grupo en el cual había gente que iba en automóvil a la Universidad y otra que iba a pie. Había gente que tenía mucho dinero y gente que no tenía un centavo. Había de todo: proletarios, clase media y lo que llamaban burguesía.

Luis Villalba Villalba refiere que en aquellos años se podía hablar de poesía. La mayoría de los escritores de entonces estaban condicionados y no encontraban otro género al que dedicarse sino a ése. La presión política los llevaba a refugiarse en el pasado heroico, a narrar las hazañas de los próceres y a discutir sobre las nuevas corrientes que circulaban en el país, aunque no eran muchas dado que no existía un intercambio intenso con Europa. Sin embargo, con lo poco que les llegaba, “hilaban comentarios y notas críticas” sobre la literatura y el arte emergentes.

El aislamiento cultural es un tema recurrente en la conversación con estos sobrevivientes del movimiento estudiantil de 28. Este aspecto también lo señalan los intelectuales de la época en sus ensayos, como Mariano Picón Salas y Arturo Úslar Pietri.

Isaac Pardo comenta que la influencia francesa en América Latina y en Venezuela viene desde el siglo XVIII y que la gente formada durante la “Revolución de la Independencia” era intelectualmente “afrancesada”, así como lo eran sus costumbres. “La generación nuestra también lo fue”, dice.

Esta influencia proveniente del país galo se adquiría desde la infancia. De hecho, en Caracas existían dos colegios en los cuales se enseñaba francés: uno para varones, llamado Colegio de los Padres Franceses, ubicado de Jesuitas a Mercedes, y el otro, Colegio San José de Tarbes, que era para niñas.

Muchos textos de bachillerato que los jóvenes debían leer estaban en esa lengua. “Era el único idioma que se estudiaba con empeño”, recuerda Pardo. Lo mismo sucedía en la Universidad, donde el noventa y nueve por ciento de los libros con que se impartía la enseñanza estaban escritos en francés.

Cuando la influencia española pierde crédito por el nacimiento de la República, las personas instruidas se vuelcan hacia las costumbres francesas. Eso no significa, sin embargo, que la cultura peninsular sea desterrada de las costumbres y las formas de vida.

Carlos Irazábal no está de acuerdo con el denominativo de “generación” para designar al movimiento del 28. Expone sus razones: “Aquello carecía de una coherencia ideológica, no existía. Ahí no había izquierda, ahí no había derecha, ahí no había nada. Le repito otra vez: ahí había un denominador común: el antigomecismo. Al morir Gómez, esa generación desapareció”.

En cambio, para Inocente Palacios el término sí es correcto si se toma en cuenta que la edad de todos los estudiantes oscilaba entre los dieciocho y los veinticuatro años. Pero aclara: “No había ningún elemento ideológico que nos uniera verdaderamente”.

Uno de los motivos inspiradores para la creación de la Semana del Estudiante fue la llegada de la revista *Residencia* –editada por la Residencia de Estudiantes de Madrid– a la biblioteca de la universidad. Por ella se enteraron los jóvenes caraqueños de la creación de esta pensión, la cual también funcionaba como ateneo. Allí los estudiantes se podían alojar, por un precio razonable, al tiempo que participaban en las actividades culturales que se celebraban. Algunos intelectuales españoles se hospedaban por temporadas en la Residencia para relacionarse con los universitarios y compartir con ellos.

Isaac Pardo comenta cómo se desarrollaron los acontecimientos:

Cuando nosotros descubrimos la revista, nos sorprendió muchísimo y nos fascinó la idea, y entonces se reestructuraron los centros de estudiantes que habían sido destruidos y prohibidos por Gómez (...) Se comenzó con el de Medicina, después poco a poco hasta que formamos la Federación de Estudiantes, todos los estudiantes federados en un centro que se llamaba Federación de Estudiantes. Entre nuestros objetivos estaba crear una residencia en Caracas. Eran muy numerosos los estudiantes del interior de la República que vivían aquí en condiciones pésimas en pensiones de mala muerte.

La morada estudiantil sería una réplica de la madrileña, con un ateneo que serviría de plataforma para dar respuesta a las inquietudes culturales que la universidad no estaba en capacidad de dar al estudiantado.

El futuro suegro de Pardo, Manuel Segundo Sánchez, tenía un amigo norteamericano quien se sintió muy interesado por el proyecto y propuso, movido por una concepción integral y moderna de la educación universitaria, fundar el albergue estudiantil en un lugar campestre para que los jóvenes tuviesen espacio para hacer deportes.

¿Ahora de dónde sacamos esos reales? –se preguntaba a sí mismo Isaac Pardo–. Entonces se nos ocurrió hacer la Semana del Estudiante con una serie de festejos y de actos, que debían rematar con una gran becerrada en el Nuevo Circo, que era donde teníamos las mayores ilusiones por las entradas.

Las jornadas de la Semana del Estudiante

La celebración de la Semana del Estudiante se inicia el lunes 6 de febrero de 1928 con un desfile que sale de la Universidad Central de Venezuela y llega al Panteón Nacional, donde la reina de los estudiantes, Beatriz I, deposita una ofrenda floral ante la tumba de El Libertador.

Beatriz Peña Arreaza, al hacer la crónica oral de su reinado, dice que se lo debe a Rómulo Betancourt, quien llegó un día a su casa mientras ella estaba sentada en el poyo de la ventana a proponerle que se postulara como candidata al concurso.

Había tres candidatas: Julieta Zuloaga, quien declinó su candidatura, María Teresa Level Pacheco y Beatriz Peña, de apenas dieciséis años. Al consultar esta propuesta con su padre, él la aceptó de inmediato; él era profesor de Terapéutica en la universidad y tenía mucha relación con los jóvenes estudiantes.

Las damas de honor de Beatriz I fueron Angelina Hernández Ron, Mercedes Carrasquel, Lilina Iturbe, Carmelina Pérez, Olga Lange, Mercedes Ugueto, Alicia Dalke, Berta Bance, María Cristina Plaza, Mercedes Arreaza, Lulú Plaza, Caridad Irazábal, Elisa Matilde Todd y Carmen Cecila Plaza.

Los caballeros de honor fueron Raúl Leoni, Manuel José Arreaza, Carlos Irazábal, Ramón Armando León, José Tomás Jiménez Arráiz, José Antonio Marturet, Isaac Pardo, Miguel Otero Silva, Armando Zuoloaga Blanco, Elías Benarroch, Juan Bautista Oropesa, Jóvito Villalba, Odoardo León Ponte, Ángel Ugueto y José Santiago Rodríguez Travieso.

Al iniciarse los actos, Jóvito Villalba toma la palabra en el Panteón Nacional con el fin de exhortar a la libertad y denunciar la dictadura. Se dirigen luego a la casa natal de Andrés Bello para ofrendar una corona de flores al escritor. Allí habla Rafael Angarita Arvelo. La marcha continúa hacia la plaza Ribas, en La Pastora, donde homenajean al héroe de la juventud. Pronuncia el discurso en esta ocasión Joaquín Gabaldón Márquez.

En la noche tiene lugar el acto de coronación de Beatriz Peña en el teatro Municipal. Intervienen en la velada Juan Bautista Oropesa, Jacinto Fombona Pachano y Pío Tamayo, quien lee su poema “Homenaje y demanda del Indio”. Al concluir, los estudiantes, emocionados, lanzan sus boinas al escenario para ovacionar al poeta tocuyano.

Carlos Irazábal recuerda estos festejos:

Fuimos a la fiesta de la reina Beatriz, la reina de la Universidad, durante la Semana del Estudiante permitida por el Gobierno. Hubo un discurso, ahí empezó la cosa. Nosotros no teníamos planeado nada. Jóvito Villalba se dirigió a los estudiantes en El Panteón, lo cual no había sido planeado. Yo no tenía idea de nada de aquello. Yo estaba allí. Hicimos la manifestación en la plaza Bolívar. Existe un retrato en el que Carlos Emilio Fernández lleva la bandera al lado de Armando, atrás estoy yo.

Irazábal agrega que fue Pío Tamayo “uno de los que encendió la chispa”. Era de los pocos con una ideología clara, porque venía de ser militante en el partido comunista de un país de Centroamérica.

Isaac Pardo dice que tenían muchas esperanzas de obtener una suma importante de dinero con la becerrada que iba a celebrarse en el Nuevo Circo, a fin de poder iniciar la construcción de la Casa del Estudiante.

Eso se frustró, se frustró porque Rómulo Betancourt dio una charla muy encendida en el Capitol y Jóvito Villalba en El Panteón, donde llevamos la bandera de la Universidad Central, bandera que estaba en el Paraninfo y que el rector Carbonell nos prestó. Hay una fotografía de ese momento en que salimos con la bandera, a pie, para el Panteón.

Pardo hace un análisis del discurso de Villalba desde la perspectiva actual. Reconoce que fue “una bomba en esa época”, pero que hoy en día hace sonreír.

Antonieta Marturet, una sobrina de Armando Zuloaga, considera que el desencadenante de la Semana del Estudiante y de los sucesos posteriores fue “un intento de rebelión oral”. Inocente Palacios apoya:

Gómez no podía luchar con nosotros porque nosotros no teníamos ningún arma. Nosotros no éramos un ejército que se podía derrotar, lo que hacíamos eran discursos, y la dictadura no tenía armas para combatir la palabra, y de ahí viene la enorme resonancia que tuvo nuestro movimiento del 28, porque cambiamos radicalmente, sin nosotros proponérselo, el concepto de la lucha política en el país.

El club Venezuela les cedió a los estudiantes un local para realizar una fiesta con orquesta para celebrar la coronación de la reina Beatriz, que estaría a cargo de Raúl Leoni. Esa noche, José Tomás Jiménez Arráiz descolgó el retrato del general Gómez de una de las paredes del club, pero nadie se dio cuenta de esa travesura.

Al día siguiente del acto en el Teatro Municipal, los universitarios realizan un desfile en automóviles por la ciudad, siguiendo la ruta de los carnavales caraqueños. Los que encabezan el desfile gritan: “¡Sígalas y bájala!” y los demás corean: “¡Saca la pata lajál, ialá y balajál, isaca la pata lajál, ialá!, iy balajál, isaca la pata lajál, iy ajál, iy ajál!”

Vicente Ibarra comenta que ese canto pegó porque era bueno, era “fonético” y con la fonética se puede ir muy lejos. Allí radica la importancia de la música militar, la gente sale a matar “detrás de unos *bolom popom*”.

Isaac Pardo explica que la ocurrencia de crear el himno “Saca la pata lajá”, surgió de los estudiantes de medicina, quienes habían asistido al entierro del médico judío David Lobo. Durante el funeral, un rabino leyó unos rezos en hebreo que les inspiró a los jóvenes el onomatopéyico canto de rebelión.

Los símbolos, el discurso y la placa de mármol

La boina azul, símbolo del estudiantado del 28, se convirtió para Armando Zuloaga en otro de los signos premonitorios que definirían su vida. En 1927, a María Luisa y Lola Blanco Meaño se les ocurrió, mientras hojeaban un catálogo de la tienda parisina *Au Bon Marché*, reunir unos cuatro mil bolívares con el fin de encargar algunos objetos para venderlos en la casa, entre ellos doscientas boinas. Unos días antes de los festejos estudiantiles, Miguel Otero Silva y Uberto Mondolfi las vieron en la casa de las Blanco y se llevaron dos y se presentaron con ellas a una fiesta. Luego las continuaron usando para ir a la universidad. A los estudiantes les llamaron tanto la atención las boinas que las adoptaron como símbolo del año 28. Entonces las Blanco Meaño, en apoyo, les regalaron todas las que tenían, que en principio eran para vender.

Totoña Blanco de Sotillo relata que cuando Armando fue a buscar la suya ya no quedaba ninguna, entonces Lola Blanco le dijo: “La única que hay es la mía, la roja”, y le sugirió que la hiciera teñir. Ni Carlos Pérez de la Cova ni Mori Acosta recuerdan haberlo visto nunca con la boina roja.

El 8 de febrero de 1928, la prensa caraqueña publica los “decretos” de la reina Beatriz I. En ellos se establece el uso obligatorio de la boina azul y del botón-insignia de la Federación de Estudiantes de Venezuela. Además, impone la ley seca durante el resto de la celebración, debido a los excesos cometidos por ingerir alcohol en el desfile de automóviles en la ruta del carnaval.

Esa misma noche tiene lugar un recital realizado en el teatro Rívoli, llamado posteriormente Capitol, donde Rómulo Betancourt clausurará el acto con su famoso discurso.

Ante el inesperado rumbo que comienza a tomar la celebración estudiantil, se sustituye al rector de la Universidad Central de Venezuela, Diego Carbonell, por Juan Iturbe. El gobernador de Caracas, Rafael María Velasco, hace acudir a su despacho a Raúl Leoni para responsabilizarlo de cualquier manifestación contra el Gobierno.

Cuenta Isaac Pardo que una noche, un grupo integrado en su mayoría por estudiantes de medicina, acostumbrados a rondar por los lados del hospital Vargas, “se tomaron unos tragos”. Y continúa: “Guillermo Prince Lara tenía una guaratara muy grande” y con ella rompió una placa de mármol que estaba en el Instituto Anatómico, donde los alumnos hacían las disecciones y practicaban las autopsias. Esta placa decía: “Este Instituto se debe al Benemérito General Juan Vicente Gómez”.

De allí a que algunos de los estudiantes fueran encarcelados pasó poco tiempo. Isaac Pardo recuerda que estaba haciendo negocios con Raúl Leoni en el interior del país para comprar las reses de la becerra-da que tendría lugar en el Nuevo Circo, cuando se enteró de que Pío Tamayo, Jóvito Villalba, Rómulo Betancourt y Guillermo Prince Lara habían sido encarcelados. Entonces él y su amigo resolvieron viajar de inmediato a Caracas.



Armando Zuloaga Blanco (segunda fila, tercero de izquierda a derecha) y otros estudiantes durante la dictadura de Gómez

La prisión de **los estudiantes**

Primeros contactos

Según Carlos Emilio Fernández, el 21 de febrero, mientras algunos estudiantes celebraban el martes de carnaval en un baile en la casa de Manuel Lander Gallegos, les llegó la noticia de la prisión de los cuatro compañeros detenidos en el cuartel del Cuño. Fernández recuerda que en ese baile estaban Armando Zuloaga y José Antonio Marturet. Mario Torrealba Lossi también menciona el baile en la casa de Puente Trinidad del señor Lander Gallegos, y afirma que dirigentes como Rómulo Betancourt, Jovito Villalba, Juan José Palacios, Miguel Otero Silva, Raúl Leoni, Pío Tamayo, Guillermo Prince Lara, Juan Bautista Fuenmayor, Armando Zuloaga, José Antonio Marturet, “debieron estar comprometidos en cuestiones de mayor trascendencia y significado”.

Isaac Pardo piensa que estas prisiones habían producido pánico entre el estudiantado. Tanto Leoni como él se reunían clandestinamente en distintos lugares de la ciudad, sobre todo en la casa del doctor Guillermo López. También iban a la prefectura para lograr obtener la libertad de los compañeros. Anotaban todas las gestiones en un libro de actas, el cual desapareció después del 7 de abril, cuando la policía allanó la casa de la Federación. Nunca se pudo recuperar el libro.

Leoni y Pardo informaron que durante la mañana del día anterior habían ido a hablar con el prefecto. Leoni y Pardo, Leoni y Pardo, Leoni y Pardo. Miguel Otero, después de terminar de leer las actas, decía: 'Pero, ésa no es un acta de la Federación de Estudiantes! Ésas son las memorias Leoni y Pardo.

Estábamos pues en ese trajín, hasta que vimos que no, que el juego se había trancado, y que ahí no había la menor voluntad de ceder, entonces resolvimos ir a la policía y entregarnos. Dijimos que estábamos allí para que nos hicieran presos. Ésa fue la Semana del Estudiante.

Joaquín Gabaldón Márquez relata en su libro que se formaron comisiones para hablar con Velasco, el gobernador de Caracas; con Arcaya, que era ministro del Interior y con otros funcionarios del Gobierno. A diario se realizaban asambleas en la universidad y en una de ellas se discutió la posibilidad de enviar una comisión a Maracay para exigir la libertad de los compañeros, pero se desechó ese plan y se votó a favor de la entrega masiva de los estudiantes como “signo de protesta y solidaridad”. En la noche, en el cuartel de la policía había más de doscientos diez detenidos.

Una vez en manos de la justicia –y luego de las deliberaciones en el seno del Gobierno–, se optó por enviar a los prisioneros al Castillo Libertador, en Puerto Cabello, durante la madrugada. Fueron trasladados en autobuses. Al llegar, los embarcaron en unas lanchas para dirigirse hacia la prisión, al otro lado de la bahía. Los estudiantes iban cantando en los botes su himno de rebelión. En el Castillo los dividieron en grupos de treinta y cuatro y los llevaron a los pisos inferiores donde estaban unos calabozos enrejados. Mientras todos se mantenían alineados, “el jefe del cuartel, un tal Molina, llamó a Fidel Rotondaro, uno de los estudiantes, y le dio unos planazos”.

El doctor Cárdena Farías era para ese momento director médico para la asistencia de los presos del Castillo. Entre sus obligaciones estaba acudir una vez por semana a la prisión para revisar el estado de salud de los reclusos. En vista de la nueva situación resolvió ir con más frecuencia a atender a sus compañeros, porque tenía muy poco tiempo

de haber salido de la universidad y conocía a muchos de ellos. Hizo un reclamo ante las autoridades del penal porque obligaban a los muchachos a cargar planchas de zinc y él, como médico, no podía permitir ese atropello.

Ha permanecido en la memoria del grupo el día en que llegó un cargamento con comida y cobijas cuyo origen desconocían. Luego se atribuyó ese gesto a Josefina Revenga y a su esposo José Vicente Gómez, quienes querían congraciarse con los jóvenes.

Lucho Villalba señala la llegada de Rafael Arévalo González como prisionero. El motivo de esa nueva prisión era la carta que le había dirigido a Gómez este opositor para exigirle la libertad de los universitarios. Mientras tanto, en Caracas, el rector de la Universidad Central, Juan Iturbe, es sustituido por Plácido Daniel Rodríguez Rivero, quien era gomecista.

Unos días antes de obtener la libertad, a los estudiantes los alinean en el patio del Castillo para acusar a Arévalo González como instigador del movimiento. La acusación de las autoridades era falsa; muchos universitarios ni conocían a Arévalo.

En el Castillo Libertador se presentó el Jefe Civil de Maracay, Hugo Fonseca Rivas, con una solicitud que debía ser firmada por el estudiantado. En ella se le pedía perdón a Gómez y se reconocía que habían sido instigados por extraños. Raúl Leoni les informó que les iban a leer una carta, pero todos se negaron a pararse para ir a oírla.

Esta primera prisión del 28 fue muy corta: duró diez días. Aunque pasaron los tres primeros incomunicados en los calabozos, después se les permitió jugar béisbol. María Teresa Castillo, quien vio a Gómez el día que soltaron a los estudiantes y los reunió en Maracay, recuerda sus palabras. Según cuenta, el dictador se refirió a ellos como unos “muchachos” a quienes había querido “salvar como un padre cariñoso”.

Durante los sucesos estudiantiles, Nicomedes Zuloaga Tovar, tío de Armando, es detenido. Tenía setenta años cuando estuvo un mes en La Rotunda. Fue liberado porque lo creyeron muerto y lo llevaron a su casa en el automóvil del general Velasco. El doctor Nicomedes Zuloaga

le había pedido a un médico amigo unas pastillas para dormir cuando éste fue a visitarlo a la cárcel. Le había dicho a su familia: “Tengan entendido que si a mí me ponen preso, no me van a humillar. Yo me muero en la cárcel”. María Luisa Zuloaga, hija de Nicomedes y prima de Armando, agrega: “Y por eso lo soltaron, porque lo llevaron muerto los chácharos, aunque lo que estaba era dormido; de este coma lo sacó el doctor Enrique Tejera”.

En ese tiempo, Armando Zuloaga y Mori Acosta se comprometieron. No hubo celebración, sino una reunión familiar en la casa de Josefina Blanco. El novio le regaló un brillante.

La misión de Arvelo Larriva

A las pocas semanas de haber sido puestos en libertad los estudiantes –afirma Joaquín Gabaldón Márquez– llega a Caracas, procedente de París, el poeta Alfredo Arvelo Larriva, quien venía en “misión especial de Román Delgado Chalbaud” para realizar una serie de contactos, a fin de organizar “una revolución armada desde el exterior con los opositores del régimen tanto de Caracas como del interior de país”.

El poeta, residenciado en la casa de su suegro, Delfín Aurelio Aguilera, desde su llegada a la ciudad a fines de marzo, se entrevistó con los estudiantes Joaquín Gabaldón Márquez, Rómulo Betancourt y Jóvito Villalba, así como con los doctores Luis Vegas Sanabria y Luis Larralde y con el general Elbano Mibelli.

Jóvito Villalba, por su parte, pone en contacto al poeta Arvelo Larriva con Rafael Simón Urbina y con Roberto Fossi, a fin de incorporarlos al movimiento revolucionario que se gestaba en Europa por los generales Leopoldo Baptista, Régulo Olivares, Román Delgado Chalbaud y otros.

Urbina y Fossi se comprometen a ir a Maracay para pedirle al general Gómez que los nombre titulares de la Administración de la Aduana de La Vela y de la Jefatura del Resguardo de La Vela, respectivamente, para dominar la situación en el Estado Falcón cuando se presente la invasión armada. Ambos regresan de Maracay con sus nombramientos, pero posteriormente Rafael Simón Urbina es descubierto y huye a Curazao.

Los doctores Luis Vegas Sanabria y Luis Larralde, médicos que ejercen su profesión en Barlovento, tendrán por misión indicar los lugares apropiados para descargar las armas y repartirlas luego entre la gente afecta de la zona.

Alfredo Arvelo Larriva va a Guanare a entrevistarse con el general José Rafael Gabaldón. En Caracas se reúne con Henrique González Gorrondona, quien incorpora al plan a los generales Elbano Mibelli y Norberto Borges.

Jóvito Villalba relata su contacto personal con Alfredo Arvelo Larriva:

Mi compromiso específico con Arvelo y, a través de él, con Delgado, era hacer viajar hacia París a un grupo no menor de veinte estudiantes. El general Delgado quería venir acompañado de la gente de la Federación de Estudiantes cuando le tocara llevar a cabo la invasión armada contra el despotismo gomecista. Hicimos ese acuerdo y entonces yo empecé a elaborar mis listas y cuando me preparaba para hablar con otros estudiantes, ocurrió mi detención. Sólo fue para Europa, previo acuerdo conmigo, un estudiante que por desgracia cayó muerto el día de la invasión en la Calle Larga de Cumaná: Armando Zuloaga Blanco.

El 7 de abril

Los compañeros y amigos de Armando Zuloaga no lo vinculan con el golpe militar del 7 de abril de 1928 porque tienen más presente en la memoria su actuación en la expedición del Falke. Isaac Pardo, sin embargo, sí lo recuerda como un protagonista de aquel suceso:

(...) cuando a nosotros nos llevaron presos, nos mandaron para el Castillo Libertador. La primera fue una prisión muy breve. Al salir de ella supimos que unos jóvenes oficiales ya estaban pensando en un movimiento dentro del propio ejército. Y pensaban también que nosotros, los estudiantes, éramos sus aliados naturales. Nosotros, los estudiantes que acababan de estar en la cárcel, los que acababan de causar ese zaperoco en el país. Entonces fue cuando se establecieron los contactos entre nuestro grupo y los oficiales del Ejército, contacto que vino a dar con el 7 de abril. Ese palo cochinerito hizo que cerrara la Federación. Armando, Leoni, Jiménez Arráiz, Betancourt y Miguel Otero habían estado en contacto directo con la oficialidad.

Pablo Emilio Fernández, al referirse a este tema, comenta la misma versión desde el punto de vista oficial:

Mientras tanto, en Caracas se preparaba un golpe que no tenía que ver con las maquinaciones del comité. Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, José Tomás Jiménez Arráiz, Miguel Otero Silva, Jóvito Villalba, Juan José Palacios, Clemente Parparcén, Rafael Chirinos Lares, Armando Zuloaga Blanco, Germán Tortosa, Guillermo Prince Lara, Fidel Rotondaro, Jesús Miralles y otros que representaban la Federación de Estudiantes se pusieron en contacto con oficiales del Ejército Nacional, cuyos dirigentes eran el capitán Rafael Alvarado y los tenientes Agustín Fernández y Rafael Antonio Barrios.

El grupo que llevó a cabo el golpe del 7 de abril de 1928 estaba integrado por universitarios pertenecientes a la Federación de Estudiantes de Venezuela, por civiles con diversas ocupaciones y por militares de baja graduación, como el capitán y los tenientes mencionados por Fernández, además del teniente Leonardo Leefmans y el cadete Eleazar López Wollmer, hijo este último del general Eleazar López Contreras.

Al estudiantado se le había encomendado la tarea de ir a la Plaza del Panteón y a Las Mercedes donde se les entregarían las armas del cuartel San Carlos, el cual estaba provisto de un arsenal de unos siete mil fusiles. El golpe fracasa por una delación y por la oportuna intervención del general López Contreras.

La mayor parte de los participantes del asalto al cuartel San Carlos y al cuartel de Miraflores son trasladados a La Rotunda o al Castillo Libertador de Puerto Cabello. Otros logran huir del país. Armando Zuloaga se esconde en la casa de Baby Röel Vaamonde de Valentiner, una prima hermana de la abuela de Mori Acosta.

Carlos Siso Maury comenta que el general Gómez no quedó conforme con su hijo José Vicente, cuando éste se trasladó de Los Teques a Ocumare para informarle la situación en Caracas a raíz del golpe del 7 de abril.

De tal manera que un día, a las nueve de la mañana, lo llamó en un tono muy cordial y en presencia de muchos testigos le dijo: "Vicente, he pensado que ninguno de mis hijos

debe meterse en política, de tal manera que nosotros vamos ahora, a las once, para El Trompillo y quiero que para entonces ya hayas renunciado a la Inspectoría del Ejército y a la Vicepresidencia de la República, y vayan de civil tú y tus edecanes.

El hijo comprendió con esas palabras de su padre que había caído, porque a esto se aunaba el falso rumor de un movimiento para derrocar a Gómez, por su condición de primer Vicepresidente. Por otra parte, como ya se ha indicado, Josefina Revenga, su mujer, envió un cargamento con colchones y alimento para los estudiantes presos en el al Castillo de Puerto Cabello.

José Vicente Gómez tenía diabetes desde hacía tiempo; se fue a París y de allí se trasladó a Suiza para morir. Él aspiraba obtener el permiso de su padre para regresar al país, pero los médicos franceses consideraron que el viaje en barco terminaría de matarlo.

El pensamiento **y la acción**

El 28 cambia la visión de mundo de los estudiantes

Para los compañeros de Armando Zuloaga Blanco, el movimiento de 1928 significó una ruptura con la lucha política venezolana, porque hasta ese momento las revoluciones eran personalistas o partidistas y que, en cambio, durante la Semana del Estudiante un grupo sin ambiciones personales luchaba por derrocar a una tiranía.

Para Carlos Irazábal la protesta impulsada por un anhelo romántico y por la búsqueda de libertad, cambió las reglas del juego de cómo se hacía política en el país: “De una lucha de caciques semi-feudales, de generales de machete en mano, se pasó a una rebelión verbal y sus protagonistas se convirtieron en los héroes del país”.

Isaac Pardo piensa que “la Semana del Estudiante cambió la vida no sólo de Caracas sino de Venezuela entera”. Y añade: “Nos llevó a patadas a la política”.

El movimiento del 28 busca sustituir al tirano autócrata y paternalista –cuya ideología se sintetiza en la idea del “caudillo necesario” de Laureano Vallenilla Lanz– por una democracia moderna, enmarcada dentro de un liberalismo ajustado al sistema capitalista mundial. Para lograr el triunfo de ese proyecto, se ven en la necesidad de convertir el

pensamiento en acción. Rómulo Betancourt observa que en ese momento era urgente canalizar “una violencia consciente”:

Recuerdo, con impresionante nitidez, que de esto hablábamos Víctor Brito Alfonzo, Armando Zuloaga y yo en su vieja casa caraqueña, días antes de su salida y la mía hacia el exilio. Expresándonos con ese ardiente lenguaje de iluminados de los hombre de veinte años en un pueblo oprimido por el despotismo, decíamos de nuestro anhelo: el de llegar un día a Caracas, mezclados con la montonera triunfante, y no como Secretarios o Ayudantes de órdenes de imponentes caudillos, sino también con nuestras credenciales de hombres de acción, ganadas en las pericias de cien luchas.

Exilio, viaje a París y proyecto de lucha armada

Con el fracaso del 7 de abril, los estudiantes se esconden. Alrededor de doscientos habían concurrido al Panteón a esperar el cuartelazo. Al mes, las autoridades les hacen saber que pueden salir y que no habrá represión, porque ignoraban quiénes habían participado en el golpe y por tanto no podían detenerlos a todos y cerrar la universidad nuevamente. Un grupo grande salió del país y otros se fueron después. Rómulo Betancourt, quien tuvo una actuación muy decidida la noche del alzamiento, se fue para Curazao; posteriormente salieron Miguel Otero Silva, Armando Zuloaga y Raúl Leoni.

Carlos Pérez de la Cova relata que el viaje a Europa de Armando se decidió por la intervención de Mario Muñoz, antiguo maestro de ambos, en la Escuela Normal. El profesor Muñoz fue a hablar con la señora Zuloaga para advertirle que a su hijo no le convenía quedarse en el país porque lo iban a poner preso. Él se había enterado de esto en la propia casa del Gobernador de Caracas, donde acudía a dar clases a una hija del funcionario del régimen. Allí también se enteró de que el gobernador Rafael María Velasco “le tenía puesta la vista a Armando Zuloaga, porque pensaba que era uno de los jóvenes peligrosos para el Gobierno”. Mario Muñoz, al percatarse del riesgo, fue inmediatamente a avisarle a la madre. Este antiguo maestro de Zuloaga Blanco era hijo del poeta caraqueño Gabriel Muñoz.

El padre de Mori Acosta escribió una carta donde se ofrecía a recibir a Armando en Cuba. En esos momentos no había problemas políticos allá y podía pasar un tiempo en la isla antes de irse a Francia a proseguir sus estudios. En La Habana se había gestado la invasión de Leopoldo Baptista, *La Angelita*, pero en ese momento todo estaba tranquilo.

Mori continúa:

Resulta que lo mandó a París, la caldera del diablo, porque allí estaba Alberto Smith, estaba Delgado Chalbaud, estaban todos los que estaban formando la cuestión del Falke. Y Armando era un muchacho de veintitrés años. Éramos unos sometidos.

Observa Jóvito Villalba que durante el mes de mayo de 1928 los estudiantes salen de sus escondites, porque el rector Plácido Daniel Rodríguez Rivero ofrece garantías en nombre del general Gómez para que regresen a la Universidad. A partir de ese momento Villalba sigue trabajando junto “con Armando Zuloaga, con Rómulo Betancourt y con otros compañeros”, para organizar la lucha armada contra la tiranía.

Es muy probable que Zuloaga Blanco, incorporado de una forma tan comprometida en la actividad política, aceptara el viaje a Europa que le impuso la familia. Acaso sabía que muy pronto iba a regresar con la “revolución” que se preparaba en el exterior.

Ana Teresa Zuloaga de Machado, una de las hermanas mayores de Armando, recuerda cuando él le comentó que se quería ir: “Yo le dije: ‘Pero Armando, es una locura que te vayas’. Y él me contestó: ‘Mi mamá no tiene vida conmigo, siempre está esperándome, esperándome con angustia. Pienso que si yo me voy para Europa, ella descansaría’”.

La familia tiene dos versiones distintas sobre su partida. Según la primera –suscrita por Antonieta Marturet–, Martín Tovar fue a buscar al muchacho por la mañana a su casa en un carro color ocre que lo manejaba un chofer de toda confianza que se llamaba Luis Aceituno. Armando se subió al carro y se fueron hacia el puerto de La Guaira. Llevaba el pasaporte de su amigo español Juanito Muñoz. Cuando llegó a la carretera para dirigirse al muelle, le dio ese nombre al policía

de guardia. Y éste le contestó: “¡Muchacho, Armando! ¿En qué te estás metiendo?”

Según la segunda –referida por John Phelps–, cuando Armando se fue a embarcar a La Guaira lo llevó Martín Tovar con el chofer, y al pararse en la alcabala, él asomó la cabeza y dijo “Felipe Blanco”, porque él se llamaba Armando Felipe Zuloaga Blanco. Al oír el nombre el soldado se acercó y exclamó: “¡Armando, muchacho! ¿En qué andas?” Lo reconoció porque era un antiguo jardinero de la casa de Los Teques, pero lo dejó salir de todas maneras.

De La Guaira el barco zarpó hacia Barranquilla, donde le fue expedida la cédula de identidad número 10.044 por la Alcaldía Municipal de esa ciudad, el 8 de junio de 1928, previa presentación del pasaporte otorgado por el cónsul de Venezuela en Barranquilla.

En una carta para su madre, fechada en París el 10 de febrero de 1929, figura el itinerario del viaje: de La Guaira a Barranquilla, de Barranquilla a Colón con hospedaje en un hotel. De Colón a La Habana, también con estadía en un hotel, y de La Habana a París, donde llegará el jueves 5 de julio de 1928.

Es curioso que un muchacho tan joven como lo era Zuloaga Blanco dejara una herencia antes de viajar a Europa. Todos sus libros y todos sus papeles sobre heráldica se los legó a un hijo varón que pudiera tener su hermana mayor, Josefina de Tovar.

Ese hecho de repartir sus pertenencias por un simple viaje a Francia para continuar sus estudios de derecho, hace pensar que sabía que se iba a involucrar en una aventura peligrosa.

Las cartas cotidianas

Existe un conjunto de cartas de Armando Zuloaga Blanco para su madre y para un tío, donde no da ningún indicio de sus actividades revolucionarias. La primera fue fechada el viernes 6 de julio de 1928, al día siguiente de su llegada a París. En ella comenta que se ha residenciado temporalmente en el hotel Campbell en la Place L’Etoile, pero

que piensa mudarse a uno más económico. Se traslada transitoriamente al Jacullis en el Barrio Latino, cerca de la universidad.

En toda esta correspondencia, que finalizará el 15 de mayo de 1929, está presente una nostalgia por la familia, por la novia y por los sobrinos. En ellas también le envía con frecuencia saludos a la servidumbre. Recuerda que cuando salía hacia La Guaira, la señora Zuloaga y su hija se iban a “temperar” en Los Chorros. Además comenta la estadía de ellas dos en la hacienda Valle Abajo, y los paseos a caballo de su hermana Julieta.

En estas cartas Armando informa que un grupo significativo de venezolanos vive en París o va de paseo a la capital francesa. Allí están residenciados su tío Nicomedes Zuloaga, su esposa Elisa Ramírez y su hija Elisa Elvira.

Le explica a su madre su amistad con Gonzalo Zaldumbide, el ministro del Ecuador en París, quien le aconseja continuar sus estudios de derecho en Madrid, donde sería más fácil. Pero Armando espera la respuesta de la Escuela de Derecho de *La Sorbonne*.

Sus estudios son el tema mayor de su correspondencia. En noviembre le expresa a su madre que no le ve la utilidad de asistir a la facultad como “estudiante libre”. Todavía para el 5 de diciembre de 1928 espera una respuesta por parte del doctor Rossi, profesor del Consejo Universitario.

Mientras tanto va a museos, asiste a conferencias sobre literatura, a la Gran Ópera Cómica, al ballet y a la comedia francesa. Acude al teatro o al cine dos o tres veces por semana con Jorge Lizarraga.

Juan Larralde le lleva a su nueva dirección “un cable” que su madre le ha remitido por año nuevo; se ha mudado definitivamente al hotel Roger-Collard, Rue Roger-Collard, en el mismo Barrio Latino. Escribe: “Más caro que el anterior pero tengo sala de baño en mi cuarto, lo que es muy cómodo”. Queda también a media cuadra de La Sorbona.

En esa misma carta del 31 de diciembre de 1928 le anuncia a la señora Zuloaga malas noticias sobre sus estudios: “No me aceptan sino el

grado de bachiller. Aquí la carrera de Licenciado son tres años y no sé que hacer, tres años son muy largos, ¡figúrate! la pobre María Cristina”.

En las cartas que le escribe a Josefina Blanco durante el año 29 se queja de los reproches que ella le hace por su vida de “paseos y flojera”.

Nunca he pretendido quedarme sin hacer nada en París, no soy loco ni cosa que se parezca, y tampoco cuando te escribí de ponerme a trabajar, pensaba hacerlo en París, pues bien sé que esto es imposible; pensaba irme a Colombia o a otra cualquiera república suramericana, donde no es tan difícil hacerlo.

Por ahora estoy inscrito en La Sorbonne, como te digo por carta anterior, en primer año de Derecho.

En la próxima carta te enviaré una cuenta detallada de mis gastos desde que salí de Venezuela, y verás que no he sido derrochador ni manirroto (...)

En la siguiente correspondencia, el hijo le hace a la madre un recuento de los gastos efectuados en París, con los cuales ella no se muestra muy satisfecha. Él le dice que puede vivir tranquilamente en Francia con una pensión de novecientos bolívares mensuales.

Armando Zuloaga se entristece cuando se entera de que María Cristina Acosta se ha ido de Caracas para Santa Clara, Cuba.

Mientras se coordinan los preparativos finales de la invasión del Falke, le enviará de regreso el anillo que Mori le había mandado de regalo a París. Ese anillo ella lo compró en La Habana “para que él también tuviera la alianza”, porque antes de partir “tan a la carrera, él le había regalado un brillante”. “Te mando el anillo porque no quiero perderlo. Quiero que tú lo guardes para cuando regrese”, le escribe.

Por esa época, Armando también le mandó a su novia dos fotografías, una con “un chambergo de aspecto bohemio” y la otra de perfil. Esta última la metió en un sobre rojo y, cuando Mori lo abrió, descubrió que el muchacho “tenía la cara rayada con una línea roja”. Ella leyó el hecho como otra premonición. Del perfil de ese retrato se sacó después el vaciado en bronce para su tumba en el Cementerio General de Sur.

En una carta dirigida a su madre el 5 de marzo, le refiere la enfermedad de su tío Raúl Blanco. Posteriormente, en otra fechada el 22 de abril le anuncia la muerte de éste, ocurrida en España y su salida para Barcelona al día siguiente. También comenta el viaje de la madre y la hermana menor a París: “Por última carta tuya me hablas de tu venida a Europa (...) tú sabes lo que esto me encantaría”.

El 15 de mayo le informa la llegada del cadáver de su tío a Caracas, y lamenta no haberlo visto morir. Vuelve a escribirle a su madre sobre sus excesos económicos: “(...) en estos meses me he sobrepasado, he tenido gastos imprevistos (...)”.

Luego regresa al tema de los estudios. Tiene que estudiar mucho, porque las pruebas escritas comienzan el 10 de junio y las orales el 20 de ese mismo mes. Le preocupa el idioma: “(...) no hablarlo, pues ya me desenvuelvo bien, sino escribirlo, que es algo fuerte, no tanto por la ortografía sino por la construcción”.

Se podría inferir que los excesos económicos de Zuloaga Blanco, “sus gastos imprevistos” o “gastos de dentista”, se debían al dinero que invertía para irse en “la revolución” con Román Delgado Chalbaud. La última de esta serie de cartas refuerza esta suposición:

París, sábado 6 de julio de 1929.

Querido Nicomedes:

Esta te la escribo primero que todo para saludarlos, y luego para algo que me da mucha pena, pero que me hace momentáneamente mucha falta, dinero como tú comprenderás; le he pedido a mamá que me lo mande, y como no ha llegado aún, y pienso salir de París, el miércoles 10 o el jueves 11 de este mes, te agradecería muchísimo que me lo giraras, (mi dirección es 14 Rue Roger-Collard, París V). El miércoles o el jueves a más tardar pienso salir de ésta, a una gira con varios compañeros de estudios por Suiza y España.

Yo he logrado que me den derecho a exámenes para septiembre. En Derecho han reprobado al 83%, entre ellos a todos los venezolanos que presentaron. La Facultad está de vacaciones.

El dinero que necesito son quinientos dólares; ya he dejado aquí a mi amigo de toda confianza: Carlos D'Ascoli para cuando me llegue el que me mandan de casa, te lo gire a ti donde estés. El conoce tu dirección en París y en Vichy.

Con las gracias anticipadas, reciban Elisa y tú, mil cariñosos recuerdos de su sobrino que los quiere:

Armando Zuloaga Blanco

P.D. Los quinientos dólares que me mandan de la casa me llegarán entre quince días a más tardar.

Los compañeros presos

Después de los sucesos del 7 de abril de 1928 en Caracas, la Federación de Estudiantes de Venezuela espera hasta el 2 de octubre de ese año para dirigir al general Juan Vicente Gómez una carta de protesta tanto por las prisiones de Rafael Arévalo González, Jovito Villalba, Pío Tamayo, Ernesto Silva Tellería y Tancredo Pimentel, como por los compañeros detenidos en Las Tres Torres de Barquisimeto: Carlos Irazábal, Manuel José Arreaza y Julio Simón Castro, y por los empleados del Banco Venezuela, reducidos a prisión durante el mes de agosto.

La Universidad es rodeada por la policía y treinta y cinco estudiantes son llamados al despacho del rector Plácido Daniel Rodríguez Rivero, quien trata de persuadirlos de retirar la carta. Ante la negativa, los envía al cuartel de la policía. En la mañana les ordenan alinearse en el patio para ser trasladados a pie hasta Petare, donde serán encerrados hasta el día siguiente, cuando los trasladan a Guarenas.

El 9 de octubre cruzan Guatire para llegar a una población del estado Miranda llamada Las Colonias, donde permanecerán reclusos cinco meses a fin de realizar trabajos forzados en una carretera cercana.

El 18 del mismo mes se unen a este primer grupo ochenta y dos estudiantes más, que han sido trasladados en autobuses de Caracas a Guatire, para luego seguir a pie hasta Las Colonias, como represalia

por haber firmado una segunda carta de protesta. El 29 de octubre llega finalmente un tercer grupo.

La misma tropa que los conduce al penal regresa con dieciséis integrantes de la Federación de Estudiantes, considerados como cabecillas del movimiento, quienes son trasladados a los Llanos, a Palenque, al campamento de La Chinita, para efectuar también trabajos en las carreteras. Posteriormente, ante los rumores de posibles alzamientos del general Emilio Arévalo Cedeño, son enviados a El Sombrero.

El grupo de las Colonias, permanece cinco meses en el penal. El 4 de marzo de 1929, serán llevados al Castillo Libertador de Puerto Cabello, y finalmente el 19 de noviembre de ese año les conceden la libertad junto con los dieciséis prisioneros de Palenque.

Isaac Pardo, como testigo, comenta cómo Pío Tamayo funda una cátedra para adoctrinarlos, una vez que el grupo es trasladado nuevamente al Castillo de Puerto Cabello. Entre las actividades que se proponen realizar, está la de dictar conferencias “sentados en un chinchorro, que era la tribuna”.

Lucho Villalba, también como testigo, destaca la actuación de mujeres como la reina Beatriz, Josefina Juliac, María Teresa Castillo, Isábelita Jiménez Arráiz y la señora Mandé, quienes los acompañaron a pie hasta Guarenas, para luego convertirse en “madrinas” de los presos para tomar nota de sus necesidades y luego hacérselas llegar.

Antonieta Marturet, sobrina de Zuloaga Blanco, piensa que Armando ha debido sentirse “sumamente incómodo y angustiado” al enterarse de la nueva prisión de sus compañeros y amigos, mientras él estaba en París. Ese sentimiento de “angustia e inconformidad” lo supo aprovechar Delgado Chalbaud y por eso Armando se viene con él, a pesar de sentir que aquella empresa “tenía pocas posibilidades”, como se nota en la carta de despedida enviada a su madre antes de salir.

“Era lo que había en aquel momento y lo fueron a buscar. Delgado Chalbaud lo usó, lo usó como bandera: su nombre, su edad, su calidad de estudiante, su calidad de haber estado preso”, prosigue Marturet.

El Falke: **un secreto a voces**

Los preparativos y la travesía

Durante los años 1928 y 1929, Román Delgado Chalbaud trabaja activamente en París para organizar la expedición del Falke, busca la cooperación de venezolanos ricos con el propósito de conseguir fondos para financiar la invasión y a su vez trata de evitar ser descubierto por el espionaje gomecista.

Rafael Vegas y Armando Zuloaga asisten a reuniones efectuadas en la casa de Edmundo Urdaneta Auvert. Más tarde se incorporan Julio Mc Gill y Juan Colmenares Pacheco. Los cuatro estudiantes vendrán como representantes de la Federación de Estudiantes de Venezuela.

A pesar de que la expedición del Falke no era un secreto para casi nadie, los estudiantes tratan de ser cautelosos. Armando Zuloaga, antes de salir de París, les hizo creer tanto a su primo Guillermo Zuloaga como a su tío Nicomedes, que se iba a un viaje por Europa, y dejó encargado a unos amigos en París de mandar unas postales desde Italia para que creyeran que estaba de paseo, mientras se venía en la incursión armada.

Como se puede observar en las cartas de Zuloaga Blanco, él no dejó entrever sus planes a la familia, al punto de que su madre y su hermana fueron a visitarlo y parece que “los barcos se cruzaron”.

Antes de embarcarse mandó dos cartas de despedida, una para la señora Zuloaga y la otra para María Cristina Acosta. Envío también una tarjeta de despedida a sus amigos, la cual fue utilizada como inscripción en la lápida del cementerio, cuando sus restos fueron trasladados a Caracas. Estaba dirigida a José Antonio Marturet, Carlos Pérez de la Cova, Juanito Muñoz, Juan Oropesa y Gustavo Tejera.

En el curso de ese año y medio, los estudiantes exilados en el Caribe también se incorporan a los comités revolucionarios establecidos en Washington, Nueva York, París y Méjico para planear invasiones armadas en Venezuela.

En el 29 se produce una serie de sucesos violentos en todo el territorio nacional, los cuales se inician el 7 de enero con el terremoto de Cumaná, para seguir con varios alzamientos coordinados por el comisionado del general Román Delgado Chalbaud el año anterior. Arvelo Larriva había fijado como fecha de la expedición los meses de octubre o noviembre de 1928. Una sucesión de movimientos debía preceder a la invasión preparada desde el exterior, pero muchos fracasan antes de estallar.

Carlos Irazábal comenta cómo se reprimió el alzamiento del general José Rafael Gabaldón en Santo Cristo, estado Portuguesa: “Mandaron a Eustoquio Gómez, y en veinticuatro horas el pobre Gabaldón estaba rodeado. Ahí actuó el ‘general’ petróleo: la carretera. Sin el ‘general’ petróleo, no llegan por carretera, y aquello hubiera sido una guerrilla”.

La invasión de Coro y la expedición del Falke serán las últimas que realicen los estudiantes con los viejos caudillos, porque se dan cuenta de la pobre propuesta ideológica de aquéllos, que sólo buscaban sustituir una autocracia por otra.

Los revolucionarios de pensamiento “moderado” aceptan a Román Delgado, a cambio de nombrar al doctor Santos Dominici como Presidente de la República, una vez logrado el triunfo. Pero para Vicente Ibarra, “viene Delgado y Dominici más adelante ni siquiera se embarca. Eso era un mascarón, figurón de proa”, es decir, una treta. Si Delgado llegaba al poder, Dominici no tendría oportunidad.

También observa que en Venezuela no estaban dadas las condiciones para una nueva invasión, porque Gómez estaba en el apogeo de su poder. Aunque reconoce a Román Delgado como el único con madera de líder, capaz de reunir a un grupo disímil de venezolanos exiliados en París, piensa que esos revolucionarios no tenían una ideología común, como no la tiene tampoco la mayoría de las personas que se organizan para dar un golpe.

A principios de julio, el general Delgado ya ha obtenido –con la firma de los banqueros de Hamburgo, Félix Prensclau y Compañía–, el parque y el barco para organizar la primera expedición.

Pocaterra viene de Canadá y Luis Rafael Pimentel de Costa Rica, después de recibir el llamado de Delgado. Entre tanto, Pedro Elías Aristequieta se va de Europa a esperarlos en el estado Sucre. En Santo Domingo están listos Simón Betancourt, Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Hernando Castro y Carlos Julio Ponte, con un grupo de voluntarios bajo las órdenes de Atilano Carnevali.

Una vez logrado el triunfo en la zona oriental del país, se ordenará la salida de Europa de una segunda expedición, al mando del coronel Samuel Mc Gill con todos los miembros de la Junta Revolucionaria.

Pero, entre tanto, en Alemania, un traficante de armas de apellido Spira, al no poder negociar con los agentes de Román Delgado Chalbaud, se presenta en la Legación de Venezuela en Berlín para delatar a los conspiradores.

Gómez sabía que venía una invasión, porque había sido informado por Eduardo Dagnino, quien, como ministro de esa legación, le enviaba datos sobre las actividades de los revolucionarios. Por tal motivo, el 7 de agosto el Gobierno envía un telegrama para alertar a todos los Presidentes de los estados de la Costa.

Mientras, los futuros combatientes toman sus precauciones. Se trasladan en el autobús hasta Fontainebleu, pasan por Alemania como turistas y disfrazan al Falke de empresa cinematográfica. Comenta Vicente Ibarra:

El Falke iba disfrazado de cine. Supuestamente iban a filmar una película en África. Y los cajones donde guardaron las armas decían “material cinematográfico”. (“Material” en francés). Iban a filmar una película al Senegal. Y así salieron todos. Y entonces los revolucionarios eran actores. Los uniformes eran de la película.

Según Aristides Bastidas los uniformes fueron comprados en los almacenes Liand. El de Rafael Vegas era dos polainas, una gorra militar y cuatro estrellas. Del de Armando Zuloaga se conservan aún una chaqueta de *Sigrand & Cie*, el sombrero Borsalino italiano, comprado en *La Chapellerie Nelson* en París, las botas (sin marca), los tirantes y dos carteritas colgantes para guardar las balas (que todavía están dentro de ellas) y la funda de la Luger. Esas carteras están marcadas en tinta con sus iniciales: A. Z. B.

Alejandro Ibarra es el comisionado de trasladar bajo su costo a los expedicionarios de París a Danzig. Era una de las manos derechas de Román Delgado, “porque él era el organizador de toda la parte logística, puesto que trabajaba en una agencia de turismo llamada la *Raymond and Withcomb*”, una agencia de turismo de Boston encargada de organizar tours para “viejos millonarios”, a quienes acompañaba. Valiéndose de las facilidades de esa agencia, se planeó el viaje y el alquiler del barco. Con la derrota de la expedición, Alejandro Ibarra “se quebró en dos”, en primer lugar porque perdió toda su fortuna al hipotecar sus bienes para la revolución y por la crisis del 29, que terminó de arruinarlo. Así lo asegura su hijo Vicente. Y continúa:

Papá se arruinó con la revolución del Falke, pero no solamente se arruinó, sino que perdió el motor, la fe, la alegría. Papá, yo no diría que murió amargado treinta años después, pero no era el mismo. Papá no creía ya en nada, y hablaba poco, y en política no creía, no creía en nada.

Un mes antes de la salida de la invasión, Román Delgado fue a visitar a los Ibarra, y pidió ver a Vicente, quien había nacido mientras se gestaba lo del Falke. Vicente prosigue:

Entonces cuando le enseñaron al niño (es decir, a mí) dijo: "Mira, Alejandrito, usted no se va en el primer viaje, porque usted tiene un niño de pecho. Usted se va cuando hayamos desembarcado, cuando estemos afianzados. Yo lo necesito a usted para los camiones, para todo el envío de maquinaria, para la compra en Hamburgo". Papá se quedó desesperado y furioso, con la idea de que se iban los demás y que a él lo dejaban enconchado.

El 14 de julio sale "el grupo turístico" a cargo de Alejandro Ibarra, atraviesan el norte de Francia, el suroeste de Bélgica y toda Alemania, para llegar a Danzig el 16 a las siete de la noche. Allí se alojan en el Hotel Danziger Hoffé durante los días 17 y 18. Mientras tanto, los revolucionarios esperan a su jefe y se hacen pasar por turistas que visitan Varsovia, Polonia.

El general Delgado Chalbaud y José Rafael Pocatererra permanecen un día más en París. El 15 toman el expreso hacia Berlín, rumbo a Polonia. Antes de salir de París, el capitán Luis Rafael Pimentel trató de persuadir a Zuloaga Blanco para que no se embarcara en la expedición, pero todos sus intentos fueron inútiles.

A Mori Acosta le contaron que la noche antes de que zarpara el barco del puerto polaco de Gdynia, Armando se tardó en llegar porque estaba en un campamento de gitanos.

Una vez reunidos todos, el 19 de julio, a las nueve de la mañana, zarpa el Falke hacia Venezuela. La tripulación alemana está constituida por treinta y cinco hombres reclutados en Hamburgo, al mando del capitán Ernesto Zipplitt. A estos mercenarios alemanes se les paga "sueldos dobles" antes de salir. Los primeros días de navegación, mientras bordean las costas danesas, transcurren como un viaje turístico. En la bodega reposa el armamento: dos mil fusiles máuser, dos millones de cartuchos, veinticinco carabinas, veinticinco pistolas *Parabellum*, veinticinco sables y seis ametralladoras.

Los tres camarotes de barco serán repartidos de la siguiente manera: uno para el general Román Delgado Chalbaud, otro para Francisco Linares Alcántara, como jefe del Estado Mayor y el tercero para Pocatererra en su condición de Secretario General de la Jefatura Suprema del

Ejército, el cual comparte con Egea Mier, quien se enferma repentinamente durante el trayecto por el Atlántico, y debe ser atendido por Rafael Vegas, que era estudiante de medicina.

En la parte inferior del buque hay un comedor estrecho que se utiliza en dos turnos para comer, y debajo de éste hay una sala colectiva con literas para el resto del grupo. El 24 de julio, al atravesar el Canal de La Mancha, los expedicionarios izan la bandera venezolana y bautizan el barco con el nombre de *General Anzoátegui*, a fin de celebrar la fecha natalicia de Simón Bolívar. Al pasar las Azores el día 28, las armas son sacadas de los cajones para limpiarlas y comenzar el entrenamiento en la cubierta.

Vicente Ibarra relata que las prácticas militares se realizaban en el puente del Falke y éste no medía más de diez metros. “Corrían alrededor del puente. ¿Cómo se iban a desplegar? ¡Se caían al mar!”

Los jóvenes universitarios cantan el himno de la Semana del Estudiantes, y los marineros alemanes les responden con “coros aldeanos o marchas guerreras”.

En *Memorias de un venezolano de la decadencia*, José Rafael Pocaterri describe la vestimenta de combate durante el recorrido marino: “Armando Zuloaga, Mc Gill, Juan Colmenares, Carlos Delgado, Rafael Vegas, Edmundo Urdaneta, de caqui militar, tócanse con la boina universitaria o se defienden del sol con fieltros *boy scout*(...)”

A partir del 3 de agosto, el capitán Ernesto Zipplitt asume el mando como Comandante del *General Anzoategui*, después de juramentarse ante el Estado Mayor y la oficialidad.

Se efectúan además otros nombramientos: Jefe de Estado Mayor de la Primera Expedición, general Francisco Linares Alcántara; Comisario de Guerra y Jefe Interino del Parque, Jorge Parisot; Oficial Ayudante de la Secretaría del Ejército, capitán Carlos Julio Rojas; Proveedor General del Ejército, teniente coronel Luis López Méndez; Primer Practicante, capitán Rafael Vegas; Ayudante Habilitado de la Comisaría General, capitán Edmundo Urdaneta Auvert; Ayudantes de Campo del General en Jefe, tenientes Armando Zuloaga Blanco y Carlos Delgado

Chalbaud; Ayudantes del Estado Mayor de la Primera Expedición, tenientes Julio Mc Gill y Juan Colmenares Pacheco; Instructor Jefe de la Sección de Ametralladoras, capitán Franz Zukal; y tenientes coroneles: Francisco Angarita Arvelo, Carlos Domingo Mendoza y Luis Rafael Pimentel.

El 9 de agosto, el Falke cumple tres días esperando, frente a la isla La Blanquilla, la llegada de Carnevali y de Simón Betancourt. Rómulo Betancourt explica cómo se embarcaron en el velero *La Gisela*, en los muelles de Santo Domingo, alrededor de veinte venezolanos, con Atilano Carnevali. El barco no estaba en condiciones de llegar hasta La Blanquilla, porque tuvo una avería al salir a alta mar. Apenas lograron regresar al puerto de Barahona en las costas dominicanas.

El día anterior se habían incorporado a la expedición los tripulantes de la goleta *Ponemah*, procedente de Puerto Rico. En ella venían el general Rafael María Carabaño, el comandante Pellicer, el coronel David López, el doctor Andrés Gutiérrez y los oficiales Morales Carabaño, Juan Ramón Frontado y Roseliano Pérez. Al día siguiente, se envió esta goleta con un parque de guerra destinado a armar al general Francisco Gutiérrez y a su gente en Güiría. En ella viaja Egea Mier, muy enfermo, quien seguirá a Trinidad y luego a Nueva York.

Escondidos en un bote, se encontraron con los comisionados de Pedro Elías Aristeguieta, quienes traían una carta donde se indicaba que la plaza propicia para iniciar el ataque era la ciudad de Cumaná, aunque allí estaba de Presidente el general Emilio Fernández y como jefe de la guarnición Enrique Tovar Díaz.

Aristeguieta los cita en Peñas Negras, en la península de Araya. Propone iniciar el combate por la retaguardia con trescientos hombres, mientras Delgado atacaría frontalmente entrando por Puerto Sucre.

Tres días antes, cuando ya el Falke surca el mar Caribe, el general Delgado Chalbaud se entera por el Jefe de Ingeniero que no queda combustible sino para cuatro o cinco días más de viaje. Según parece hubo un fraude con el embarque del carbón en el puerto polaco.

En un momento dado se pensó ir hasta Guanta a proveer al barco, pero se optó tomar hacia Peñas Negras, la noche del 9, para reunirse con Aristeguieta. A las cinco de la mañana llegaban a la península de Araya.

Media hora después, tres chalupas llenas de pescadores vienen con Pedro Elías y su hermano, Francisco de Paula Aristeguieta.

Los oficiales instructores bajo la dirección del capitán Luis Rafael Pimentel van a tierra para adiestrar a los trescientos hombres en el manejo de los fusiles. Aristeguieta envía a setenta y cinco de ellos a bordo para reforzar las tropas del general Delgado Chalbaud y se lleva al capitán Pimentel como Segundo Jefe.

Lucho Villalba comenta que Luis Rafael Pimentel no conocía el plan de Delgado. Se enteró de él veinticuatro horas antes de llegar a la península. Además, no había estado nunca en Cumaná, y un militar que va a actuar sin conocer la geografía es como si estuviera ciego. Villalba agrega:

Y entonces, para colmo de colmo, cuando a Luis le presentan a los combatientes, tú vas a creer, los pobrecitos, los pata en el suelo, no sabían manejar las armas; y había que darles instrucciones previas a esos hombres de cómo se disparaba, y para colmo de los colmos, se equivocó el que los guiaba.

En *Memorias de un venezolano de la decadencia* se reproducen las palabras dichas por Román Delgado Chalbaud a Pedro Elías Aristeguieta en el momento de despedirse y de entregarle un sable que le traía de Europa:

General Aristeguieta: trate de estar a las mismas cinco del lado allá del puente, porque si tarda unos minutos más, le adelanto y yo quiero que sea un cumanés quien tenga la gloria de tomar a Cumaná.

—A las cinco en punto, mi General —respondió Aristeguieta, estrechándole la mano.

Hacia la Plaza de Armas

Apenas el Falke tomó rumbo a Cumaná, un oficial de la guardia dio aviso de que una lancha de resguardo estaba inspeccionando la costa.

El general Delgado no quiso perseguirla por temor a no llegar a las cinco de la mañana a Puerto Sucre. Era una lancha enviada por Emilio Fernández para vigilar la zona, la cual siguió hasta Margarita sin prevenir al Presidente de la presencia del barco.

Como testigo de estos acontecimientos, Luis Fuentes Certad explica por qué el general Fernández supo un día antes que la expedición llegaba: “Habían invitado a un jefe de trenes de pesca para que se les uniera, y éste fue y los acusó”.

Carlos Emilio Fernández, hijo de Emilio Fernández, completa el relato:

El sábado 10 de agosto, a las ocho de la noche, se presentó en la pequeña casa que habitábamos en El Salado, en las inmediaciones del puerto, don Luis Rodríguez, dueño de un tren de pesquería que estaba trabajando con trescientos pescadores, en el sitio denominado El Guamache en Araya, quien dio la primera alarma.

La víspera de la invasión, Maria Josefa Aristeguieta, la hermana de Pedro Elías, sabía que el Falke había llegado a Peñas Negras, estado Sucre. En Cumaná estaban en misión de la Cruz Roja un médico, Francisco Flamerich, y varios estudiantes de la Universidad Central de Venezuela, quienes por motivo del terremoto y por razones políticas se trasladan a esa ciudad oriental. Entre ellos se encontraban Jesús Meañero Rojas y Ángel Bustillos.

Al concluir la carrera de medicina, Flamerich, se traslada a Coro para ejercer su profesión. Su estadía allí coincide con la invasión del 10 de junio de 1929, comandada por Gustavo Machado y por Rafael Simón Urbina, quienes, en compañía de algunos jóvenes de la Universidad Central tales como Gustavo Ponte, Guillermo Prince Lara, José Tomás Jiménez Arráiz, Miguel Otero Silva y obreros corianos que trabajan en la refinería de petróleo, toman el Fuerte de Curazao para apoderarse del parque e invadir las costas del Estado Falcón. Con el fracaso de esta expedición debe regresar a Caracas, porque León Jurado pensaba que él había colaborado con el levantamiento. Al volver a

la capital, el doctor Carlos Bello, presidente de la Cruz Roja, le ofrece un cargo en Cumaná.

El terremoto de principios de año había causado estragos. Mireya Madriz asegura que la estructura del Castillo de San Antonio estaba en pie, pero interiormente se había caído todo. “Del castillo sacaron a toda la gente destrozada”. Otro cumanés, Pedro Enrique Douaihi, también recuerda el deterioro de la ciudad después de ese sismo, que destruyó el museo y la catedral de Cumaná.

Flamerich narra que la noche del 10 de agosto fue a La Glacière a ver una película con su mujer y al salir del cine se encontraron con el Presidente del estado, quien les dijo: “Duerman tranquilos porque para eso velan Emilio Fernández y dos más”.

Fernández tenía dos meses en ese cargo. En Cumaná corría el rumor de que Gómez lo había mandado al estado Sucre porque “le tenía miedo, por ser un hombre muy guapo de Los Andes”, y además “quería que se mataran él y Delgado Chalbaud”.

Según el hijo de Fernández, el dictador le dio a escoger a su padre la presidencia de uno de los estados orientales en mayo de 1929 y éste le contestó: “Cumaná acaba de ser destruida por el terremoto y allí hay mucho que hacer. Escojo a Sucre, símbolo de la lealtad militar”.

Durante la travesía hacia la ciudad, dos piraguas remolcadas por el Falke se soltaron de sus ataduras. Se detuvo la marcha del barco para tratar de recuperarlas; rescataron a una. Las horas estaban contadas y como a bordo había botes salvavidas, optaron por seguir el viaje.

Aproximadamente a las cuatro y treinta de la madrugada, el barco llegó a Cumaná. El desembarco se realizó en lanchas y en un bote. Los militares y estudiantes que descendieron estaban organizados de la siguiente manera: la Vanguardia estaba al mando del general Doroteo Flores, del teniente coronel Angarita Arvelo y del teniente Raúl Castro; el Centro lo comandaban los generales Francisco Linares Alcántara y Rafael María Carabaño, el teniente coronel Luis López Méndez, los capitanes Rafael Vegas, Roseliano Pérez Frontado y Julio Mc Gill; a cargo de la Reserva se encontraban Delgado Chalbaud, el teniente coro-

nel Carlos Mendoza, los capitanes Carlos Julio Rojas y Edmundo Urdaneta Auvert, el teniente Armando Zuloaga Blanco y el Sub-oficial alemán Franz Zukal.

El general Delgado, al despedirse de Pocaterra, le dice: “Van a dar las cinco, ¿qué le parece?, y Pedro Elías no ha roto los fuegos por tierra”.

Para Vicente Ibarra todo el plan de Delgado estaba basado en una venganza personal contra Juan Vicente Gómez. Por eso se fue a París, porque allí estaba gran parte del grupo revolucionario. Además tuvo la inteligencia de aglutinar a su alrededor a toda esa gente tan disímil. “Él creía que era invencible, lo dijo varias veces a bordo. Pocaterra dice que él tenía ese don, de que se creía como los grandes hombres: predestinado y además protegido”.

Fuentes Certad añade que, estando en París, Delgado Chalbaud, pensó en otros proyectos de invasión, pero escogió el de Cumaná, porque Pedro Elías Aristeguieta le ofrecía tropa y tenía seguidores en Oriente, mientras que en otras regiones del país no tenía ese tipo de ventajas. Y explica:

Lo que pasa es que el general Delgado, cuando pisó tierra venezolana, perdió el control. Él tenía una amargura muy grande por todo lo que había pasado en la cárcel, en La Rotunda, y cuando llega a Cumaná se entera de que el Gobernador es el general Emilio Fernández. Le entró como una desesperación, y eso fue como un duelo, por eso es que se zumba adelante, porque él quería llevarse por delante a Emilio Fernández.

Este cumanés ve en el impulso de Delgado una simple venganza personal, lo cual no le permitió medir las consecuencias. Al enterarse de la presencia de Emilio Fernández en la ciudad, “quiere encontrarse con él”, sin meditar lo que implica “desembarcar con el Estado Mayor y tirar una batalla así”.

Además, asegura que los estudiantes entraron en Cumaná con boinas y los otros combatientes lo hicieron con el sombrero de fieltro *boy scout*. En el caso de Rafael Vegas es seguro de que usó la boina para desembarcar, pues él mismo se lo comunicó a Vicente Ibarra, autor

del libro *De la Rotunda a la Calle Larga*, no así Armando Zuloaga, quien llegó al combate con el sombrero de fieltro.

Carlos Delgado Chalbaud y José Rafael Pocatererra se quedaron a bordo. El General les anunciaría, como señal de triunfo, con el repique de las campanas de la iglesia en un lapso de dos horas. Los botes parten con el Estado Mayor. El general Delgado es el primero en llegar al muelle. La columna al mando de Doroteo Flores se lanza al agua para tomar el Resguardo por un costado, se produce un tiroteo entre ambos bandos, pero finalmente los guardias de la aduana huyen.

En la memoria de los cumaneses permanecen vivos los recuerdos de “la guerra”. A las cinco de la mañana, la población fue despertada por unos tiros en el muelle, que se dieron antes de lo acordado con Aristeguieta, quien debía atacar por la parte de atrás Caigüire, junto con el capitán Pimentel, Pánfilo Castro, Martín Rodríguez y José Rodríguez Ortiz.

Francisco Flamerich rememora el episodio:

Entonces el primer muerto fue un muchacho, de apellido Frontado, el abanderado, no me acuerdo del nombre. Bajó con una bandera en la mano y al llegar a la piragua o al bote, los soldados de Cumaná lo mataron, los que estaban en la Aduana. Entonces bajaron, bajó Román, bajaron todos a tomar la Aduana. No reventaban los tiros todavía, y Angarita y Doroteo Flores le decían: “Román vamos a esperar, Román vamos a esperar, Román vamos a esperar”. Y él respondía que no. Porque una pitonisa en París le había dicho que él era invulnerable a las balas. Ahora, póngase usted a pensar, cómo el jefe de una expedición baja con todos los arreos de almirante, y con una bandera en la mano. Empieza a correr sangre, y empiezan a caer indios muertos y heridos.

Al general Velásquez le toca defender el Resguardo por ser el administrador de la Aduana. En ese combate caen muertos Juan Ramón Frontado y dos combatientes más. El general Rafael María Carabaño se repliega del lado izquierdo de Puerto Sucre. Los oficiales logran tomar el puerto y comienzan a avanzar hacia Cumaná. Del lado derecho estaban las ruinas de una iglesia y allí se metieron a esperar.

En ese momento surge una discusión entre Delgado Chalbaud y Francisco Linares Alcántara, porque el General da la orden de avanzar por la calle, pero ni Linares Alcántara ni Carabaño están de acuerdo con esa estrategia militar, porque les parece “un suicidio”, ya que no hay tropa suficiente para atacar. “Pero Delgado se desesperó apenas pisó tierra venezolana, le entró una locura”, insiste Fuentes Certad, y agrega:

Delgado Chalbaud no podía salir triunfante porque se dirigía por una calle donde lo esperaban los disparos. Pero él creía que podía, porque él estaba predestinado. Doroteo Flores y el general Carabaño, ante esa locura, no se zumban con Delgado. Ellos discuten, no están de acuerdo, y entonces se van hacia el flanco derecho, se van hacia el cementerio de Alta gracia a esperar la llegada de Aristeguieta. Ellos no avanzan y después, con el desastre, logran salir por los Caños hacia Trinidad.

Vicente Velutini considera que el general Emilio Fernández planeó muy bien su batalla, porque se atrincheró. En cambio Román Delgado entró por Puerto Sucre y fue avanzando por la avenida Bermúdez o Calle Larga hasta el Manzanares con el Estado Mayor, el cual no pasaba de treinta hombres.

Luis Fuentes Certad también comenta que el general Fernández y su tropa estaban acomodados “detrás de unas murallas”, mientras que los hombres del Falke “venían a blanco abierto”.

Sobre el río Manzanares está el puente que une a Alta gracia con Santa Inés, y a continuación, en la parte alta de Cumaná, una plaza con árboles.

Ahí estaba el general Fernández con su tropa y con su hijo Carlos Emilio, quien resultó herido. Entonces, cuando llegó Delgado al puente con treinta hombre, empezó el Ejército a disparar: “pas, pas, pas” y mataron a varios.

Para clarificar cuál era la estrategia, Fuentes Certad añade:

La aduana estaba junto a los muelles y después venía una calle recta llamada avenida Bermúdez, conocida también como la Calle Larga, y un poco más lejos se encontraba el puente sobre el río Manzanares, donde estaban ubicadas las tropas del Gobierno, esperándolos como si fueran culapas a quién debe matarse. La gente del Gobierno estaba acomodada detrás de postes y barricadas, lista para atacar.

Según Carlos Emilio Fernández, su padre da la orden de no disparar hasta que el grupo enemigo esté más cerca. Avanzan por la Calle Larga hacia el puente con unas banderas con “los colores diagonales en vez de horizontales”. Estas banderas tienen las insignias de “Libertad y Justicia”, y en la parte superior está el Escudo de Venezuela; hay otras con el emblema de “Honor y Patria”, y señalan además el número del batallón.

Gente muy ligada a la invasión del Falke comenta que el armamento del Ejército de Cumaná era muy viejo, pero estaba integrado por máuseres que podían abrir grandes boquetes. Así fue como hirieron a Carlos Julio Rojas, a Luis López Méndez, a Pancho Angarita Arvelo y al capitán Pimentel.

Pedro Enrique Douaihi, quien era un niño para la fecha, ha recogido de la tradición oral la versión del “soldado que disparó, encaramado desde una mata”. Para Vicente Ibarra, “el indio que montaron en el árbol es histórico. Ése fue Emilio Fernández, y así mató a Delgado, desde una mata, eso está confirmado”.

El clarín de la muerte

El desafío de los generales

La versión de las muertes de los generales Fernández y Delgado es percibida por testigos de aquel momento más como un lance personal o un duelo que como estrategia militar. Francisco Flamerich comenta la llegada de Román Delgado al puente Guzmán Blanco, al dar la orden de avanzar:

(...) llegó al puente y se enfrentaron un par de tigres; eran un par de tigres Emilio Fernández y Román Delgado. Cómo sería que se estaban mentando hasta la madre (...) El hijo, Carlos Emilio, venía detrás él, y cuando Emilio Fernández dijo una grosería y sacudió el machete al aire, se salió de la barricada y le dieron el tiro. El que se salvó de casualidad fue el hijo. Los tiros fueron tan iguales. Prácticamente parecía un duelo. Román tenía un tiro que le llevó la subclavia completamente y el tronco braqueo-cefálico; el tiro lo tenía un poco más abajo del pecho. Cayeron los dos.

Emilio Fernández permanece en la memoria colectiva como la representación del caudillo por el distintivo del machete que blandía en el aire. En cambio Delgado es recordado con una bandera en la

mano, la cual es como un signo épico, al igual que los uniformes y las banderas empleados en el desembarco en Puerto Sucre.

Luis Fuentes Certad también comenta la versión de la afrenta de los generales, quienes en plena “balacera” se insultaban mutuamente:

Es en ese momento cuando Emilio Fernández se sale del grupo. Tovar Díaz, jefe de la guarnición de Cumaná, le alerta: “General, tenga cuidado porque las balas no respetan”. Y le dieron un tiro y cayó allí, a la salida del puente.

Indica también que el velorio del general Fernández se efectuó en la casa de los Malaret, quienes vivían frente a la suya. A Ángel Bustillos, por ser uno de los internos de medicina residenciados en Cumaná, lo van a buscar para que auxilie al General herido. Él mismo refiere esta historia:

Me encontré con Emilio Fernández en la pata del tamarindo que está al bajar el puente. Ahí estaba sentado, y cuando llegué me dice: “Doctorcito, me pegaron un balazo, póngame morfina”. Le contesté: “¡Cómo no, General! Le voy a poner morfina y lo voy a curar también”. Pero que va, el tiro era muy noble y se estaba desangrando. Ahí estuve hablando con él pocas cosas, y se murió. Entonces se lo llevaron para el hospital de Alcalá, que era un asilo. Me quedé en el puente donde había los tiros. El Gobierno estaba disparando a los que invadían, que cometieron un error, porque se metieron por la calle real de Alta gracia, desde el muelle hasta el puente. Eran un blanco perfecto. Ahí quedaron los muertos y los heridos.

Apenas cesaron los tiros, Bustillos logró pasar hacia la parroquia de Alta gracia. En la esquina estaba el cadáver de Delgado Chalbaud con una bandera a un lado. Los heridos se refugiaron en la casa del director de correos, ubicada a la izquierda al bajar el puente.

A lo largo de la avenida Bermúdez caen muertos los guaiqueríes, los reclutas de los Aristeguieta que no sabían disparar. En la cercanía del puente hieren a Pancho Angarita, Carlos Julio Rojas, Rafael María Carabaño, Luis López Méndez, Roseliano Pérez Frontado y Julio Mc Gill.

Delgado toma la bandera de la mano de Angarita y al avanzar un poco más cae mortalmente herido.

Carlos Emilio Fernández refiere la muerte de su padre al salirse de la trinchera, y la herida que él mismo recibió al ir a auxiliarlo. Del puente fue trasladado a la botica de don Federico Madriz Otero, la cual había sido destruida por el terremoto. Las primeras curas le fueron aplicadas por el doctor Luis Ramos Sucre y por el practicante-bachiller Ángel Bustillos. Posteriormente lo visitó el doctor Francisco Flamerich, que ocupaba el cargo de médico de sanidad en Cumaná.

Vicente Ibarra explica cómo obtuvo información del capitán Mendoza para escribir algunos episodios *De la Rotunda a la Calle Larga*. Carlos Domingo Mendoza le suministró datos inéditos sobre la muerte de los generales. Cuando lo fue a visitar en los bloques de Sarriá, donde vivía pobrísimo, él le contó esa anécdota que está en el libro. Fue él quien le narró también los últimos momentos de Román Delgado: “Oímos un clarín al otro lado del río, y yo le dije a Delgado, que ya estaba herido de muerte: ‘General, matamos a Fernández, porque están tocando a muerto’”.

Ibarra comenta que el capitán Mendoza le ofreció un buen testimonio sobre el combate en Cumaná:

El capitán Mendoza me decía que él estaba con Román Delgado, que hubo ese tirador que les hizo mucho muerto, ese tirador del árbol. Me dijo que había un indio que era muy buen tirador, y como ellos desembarcaron como convoy, corriendo por esa calle hacia el puente, el indio mató a varias gentes. Y que a Delgado lo mataron, primero le dieron un tiro en la pierna, y que a él lo hirieron, al capitán Mendoza, a él le dieron en un hombro, y estaban los dos allí, y entonces él dice: “Yo me acerqué al General y lo volteé”. Y en eso está el episodio que yo considero fundamental y bellísimo. “Oímos que estaban tocando a muerto”. Y yo le dije: “General, matamos a Fernández”. “Matamos”, dijo él. “Matamos a Fernández”.

Prosigue el relato del capitán en torno a los últimos momentos de Delgado Chalbaud: “En eso le dieron un tiro en el pecho. Y se me

murió en los brazos. Y decía: ‘Ya está, ya está’, y se me murió en los brazos”.

Según Vicente Ibarra, la muerte de Delgado significaba “el fin de la revolución”, porque no había otros hombres de su talla para sustituirlo. Con motivo de su novela también entrevistó a Rafael Vegas, quien estuvo “un poco parco y amargado por lo del Falke. Al preguntarle al estudiante de medicina sobre el carácter de Armando Zuloaga, le contestó: “Era un muchacho”. El doctor Vegas también le comentó a un familiar que Zuloaga Blanco se empeñó en desembarcar entre los primeros. Ibarra comenta que no le extraña esa decisión de Armando, porque como joven él estaba viviendo una epopeya.

El final de una epopeya

Edmundo Urdaneta Auvert, no sólo se incorpora a la expedición del Falke en París. Además colabora económicamente para llevar a cabo los planes de Román Delgado Chalbaud. En sus memorias narra la muerte del “abanderado” Juan Ramón Frontado en el Resguardo, refiere la discusión entre el general Delgado y Doroteo Flores, porque este último no está de acuerdo con su estrategia militar y cuenta, como testigo presencial que fue, la muerte de Zuloaga Blanco:

(...) En el trayecto, algo menos de una cuadra, tropiezo con Armando Zuloaga que, impávido, las manos sobre el fúsil, contemplaba el desarrollo del combate. Lo empujo hacia una bocacalle. Hablamos brevemente, para continuar juntos la marcha. En dos saltos cruzo la calle peligrosa y el bueno de Armando, al tratar de hacer lo mismo, es alcanzado por una de las últimas balas, regando con su sangre generosa y joven el fatal sitio donde ya habían sido heridos la mayoría de nuestros compañeros.

En una carta dirigida desde Trinidad a José Rafael Pocaterra, el general Doroteo Flores le relata lo ocurrido la mañana del 11 de agosto de 1929. En ella le comenta que ordena la retirada hacia el cementerio y aprovecha refugiarse en unas ruinas con sus hombres mientras espera la llegada de Pedro Elías Aristeguieta. Delgado le da la orden de

avanzar y le entrega a Linares Alcántara una bandera. Éste le contesta: “Yo no cojo bandera”. El general Delgado Chalbaud se dispone seguir hacia el puente sin disparar. Con él al centro, avanzan el capitán Mendoza, Edmundo Urdaneta, Carlos Julio Rojas, Armando Zuloaga y otros más. Del flanco contrario el tiroteo continúa sin parar, lo cual produce muchas bajas en la tropa que viene atrás. Román Delgado ordena al capitán Urdaneta Auvert que vaya a buscar las ametralladoras. Poco después cae el general Delgado. Doroteo Flores oye a Carlos Domingo Mendoza cuando le dice: “¡Lo han matado, mi General!”. Flores, herido, se retira y se encuentra con Carabaño y Linares Alcántara, a quienes les manifiesta: “Vamos con las ametralladoras a sacar al general Delgado”. Pero estas armas no sirven porque tienen “las fajas cortadas sobre la acera”. Francisco Linares Alcántara se violenta con el tercer oficial de a bordo y lo apunta con el revólver.

Me interpuse entre ambos para impedir una violencia inútil. En ese momento venía Zuloaga por la acera opuesta y, al tratar de atravesar la calle, cayó en la misma acera, muerto de un tiro en la parte posterior de la cabeza. Entonces grité: “¡Vamos a coger el cementerio!”

En el grupo familiar, Armando Zuloaga es mitificado por su carácter épico. Lo representan como el “abanderado” que va al frente de las columnas hacia el puente Guzmán Blanco y como uno de los primeros muertos de la invasión. Sin embargo, según los testimonios escritos de los participantes, a Zuloaga lo matan frente a la agencia del Automóvil Universal, cuando los expedicionarios del Falke comienzan a dispersarse. Es el general Delgado quien va por el centro de la calle con un pabellón en la mano, aproximándose cada vez más al lugar donde están atrincheradas las tropas enemigas.

Los familiares y allegados de Zuloaga Blanco tienen distintas versiones sobre su actuación durante el recorrido por la Calle Larga, pero casi siempre le confieren un signo épico a su acción. Son pocos los que lo imaginan con un fusil en la mano y como el último muerto en la

retirada. María Cristina Acosta y Totoña Blanco de Sotillo suponen que quien debía traer la bandera era Armando y no Delgado Chalbaud.

Anita Tovar, una sobrina de Zuloaga, da una descripción detallada del momento de su muerte:

Le oí muchas veces contar a mi papá, que fue un tiro con unas balas dun dun, que son unas balas que después prohibieron porque estallan y que le entró entre la nariz y el pómulo. Tenía un agujerito muy pequeño, que no le deformó la cara y que por detrás le había volado la cabeza completa. Fue una muerte instantánea, afortunadamente.

El doctor Francisco Flamerich, con ademanes reiterativos, confirma la forma como fue herido mortalmente el joven estudiante:

A Armando lo pusieron de tiro fijo en la esquina de los Sanabria, en la Calle Real. Armando por inexperiencia no se movió del lugar, no hacía sino disparar hasta que lo mataron, le dieron un tiro. El tiro fue en el pómulo con salida por el lado derecho de la nuca... Sí, era del lado derecho...Sí, era del lado derecho... Sí, era del lado derecho... Sí, era del lado derecho... y cayó Armando. Además, hubo heridos, más o menos como cuarenta heridos y como quince muertos. Aquellos eran máuseres de los viejos, que entraban y al salir hacían un cráter grandísimo.

Ángel Bustillos reseña el asesinato de Zuloaga Blanco:

[El disparo] fue en un pómulo, y eso le voló el cráneo del lado derecho. Los que estaban en la otra esquina, en frente, le gritaban, porque Armando estaba recostado de la vitrina de exposición de la Ford. Le gritaban: "Armando rompe el vidrio y salte por detrás". Pero Armando no quiso romper el vidrio, se aguantó. La educación de Armando, ¿no? Otro hubiera roto con el fusil el vidrio y se hubiera escapado

Totoña Blanco de Sotillo, al evocar ese instante, manifiesta: "Como dice Andrés Eloy Blanco en sus versos: 'Soldado que lo mataste'".

El clamor **de las dudas**

Las versiones del entierro en Cumaná

Armando Zuloaga fue enterrado en el cementerio de Altagracia en Cumaná. Después de la muerte de Juan Vicente Gómez, sus restos fueron trasladados a Caracas y reposan en el cementerio General del Sur, al lado de su abuelo Eduardo Blanco. Existen tres versiones relacionadas con su sepelio en la capital del estado Sucre, en ninguna de ellas se ha podido dejar de mencionar a Pedro Douaihi.

El primer testimonio es el de Ángel Bustillos, al cual se entrevistó porque su relato aparece en el libro sobre Rafael Vegas, de Arístides Bastidas. Según esa versión, mientras Bustillos se disponía a atender a los heridos que se habían refugiado en la casa del director de correos, se encontró con Pancho Angarita, quien tenía una lesión en la pierna. Durante la cura el teniente coronel le pidió que se identificara. Bustillos le explicó que era un estudiante de medicina, exiliado en Cumaná, de manera que podía tenerle confianza. “Entonces me dijo: ‘Bueno, procura que el cadáver que está frente a la Ford no se pierda, que es de Zuloaguita’. Le pregunté yo: ‘¿De Armando?’. Me dijo: ‘Sí, Armando Zuloaga’”.

Al terminar de curarlo se incorpora y se dirige a las personas que están alrededor de los heridos para preguntarles dónde puede conse-

guir una urna. Uno de los presentes, que tenía aspecto de policía del régimen, le ofrece una, pero le advierte que vale doscientos bolívares. Le pide que se la busque, pero el hombre, sin darle oportunidad de ir hasta la Cruz Roja para buscar el dinero, le exige el pago inmediato de la misma. Al escuchar la conversación, un señor que está en la esquina de la habitación, se acerca, saca la cartera y da el dinero. Bustillos recibe el dinero y le pregunta su nombre. Éste le responde: “Yo soy Pedro Douaihi”. Luego, el hombre llevó la urna convenida.

Ángel Bustillos continúa:

Fuimos frente a la Ford, y ahí estaba el cadáver tirado. Lo habían desvalijado. Le habían quitado la cartera, los zapatos, todo. Parte de ese atavío lo compró Pedro Douaihi y se lo trajo a la señora Zuloaga. Cogimos el cadáver y lo pusimos en la urna para llevarlo al cementerio.

En ese intervalo, Bustillos regresa al puente y oye a Tovar Díaz dar la orden a unos soldados de quemar los cadáveres, pero no se cumple porque se le advierte que se puede desatar una epidemia. Bustillos entonces espera a que se calme la situación para recogerlos. Manda a buscar un camión de la Cruz Roja, los agrupan y los llevan al cementerio de Altagracia.

Bueno, ahí se enterró a Armando, que fue el único que se enterró en una urna. Yo procuré conseguir una también para el general Delgado Chalbaud, pero no fue posible. Lo pusimos entre dos tablas y lo amarramos, pero fue a una fosa común con siete más.

Ángel Bustillos afirma que un empleado de la Cruz Roja y el doctor Francisco Flamerich lo ayudaron a enterrar a Zuloaga. Pedro Douaihi proporcionó todo lo necesario, pero no fue al cementerio.

En *Bajo la tiranía* hay una transcripción de una grabación donde Francisco Flamerich narra los sucesos del domingo 11 de agosto de 1929 en Cumaná. En vista de lo allí expuesto por el doctor, quien fue, junto con su chofer y con Pedro Lozada, uno de los participantes del entierro de

Armando Zuloaga, se decidió entrevistarlo. En *Los años de la ira* de Mario Torrealba Lossi, aparece la misma versión dada a Cecilia Pimentel.

En este segundo testimonio, Flamerich explica los hechos de la siguiente manera: el lunes 12 de agosto por la mañana lo manda a buscar el general Montenegro, encargado en ese momento de la presidencia del Estado Sucre, para que, en calidad de agente de la Cruz Roja, se haga cargo de los cadáveres dispersos por la ciudad. Mientras sale a recoger y enterrar a los muertos tiene “una impresión tremenda”, al ver que Armando ha pasado veinticuatro horas tirado en la calle. Además se molesta con un teniente, porque este rociaba los periódicos con gasolina para a hacer una pira funeraria.

Pedro Douaihi y yo recorrimos la ciudad buscando una urna. Entonces lo metimos [a Armando] en la urna que encontramos y lo cargamos. A Román lo amarré con tres tablas y cables de teléfono. Y cuando lo enterramos en la fosa común, lo puse a un lado de la fosa, y la urna de Armando al lado para que sirviera como de división entre la fosa común y los otros muertos. Esto lo hicimos en medio de los tiritos que nos mandaban del castillo. De casualidad no nos mataron en eso, pero salimos bien. Entonces recogimos ciertas cosas de Armando, porque a Armando lo habían saqueado ya.

Flamerich afirma no saber de dónde salió el uniforme que le entregaron a las Blanco, porque él enterró a Armando “con su uniforme”. “¡Fíjate! tuve yo un lío con González Herrera por lo que escribe en *Rómulo en Berna*”. Y continúa:

Él tenía un uniforme, pero no un uniforme regular, sino una chaqueta y los pantalones y el correa. El correa y la bolsa de la Luger. Y también el sombrero y la pistola. Eso no sé como lo entregaron [a la familia Zuloaga Blanco] porque Pedro Douaihi estaba conmigo, y en ese momento no estábamos para recoger cualquier cosa. Lo enterramos como estaba, ésa es la verdad.

Agrega el doctor Flamerich que los Zuloaga mandaron a Cumaná a Margarita Vaamonde. Él aprovechó la oportunidad para entregarle

“una carterita”. Era todo lo que se había encontrado de Armando, porque lo habían saqueado.

En su libro *Hombres y sucesos de mi tierra*, Carlos Emilio Fernández explica cómo cree que fue reconocido Zuloaga:

Mas tarde recibí la triste noticia de que entre los cadáveres había sido identificado por su carnet de La Sorbona, el de aquel excelente amigo y compañero universitario que se llamó Armando Zuloaga Blanco, caído como los mejores y a quien sólo habían lanzado en aquella aventura nobles sentimientos, ajenos a toda ambición personal.

María Cristina Acosta señala que se trató muchas veces de enviar a “una persona idónea” para hablar con Francisco Flamerich. Escogieron a Margarita Vaamonde por su amistad con los Revenga y con José Vicente Gómez: “Era un pasaporte muy bueno para poder mandar a buscar los restos de Armando”, pero esto no se pudo lograr por la muerte del hijo de Gómez.

Existe una carta de Josefina Blanco de Zuloaga, dirigida a Francisco Flamerich, que estaba en poder de su hija Julieta, donde le manifiesta “la inmensa gratitud que tengo para el noble amigo de mi pobre Armando”, y además le comunica que recibió “los queridos recuerdos” de su hijo, que él y el señor Douaihi recuperaron con tanto interés.

Francisco Flamerich regresó a Caracas poco tiempo después de la invasión del Falke. Los estudiantes Jesús Meaño Rojas y Ángel Bustillos permanecieron en Cumaná hasta que se reanudaron las clases en la Universidad Central de Venezuela, a fines de 1929.

Luis Fuentes Certad y Meaño Rojas se encontraban en Cumanacoa el día de la invasión. Regresaron a la ciudad cuando la plaza ya estaba tomada por Pedro Elías Aristeguieta. Ellos han asegurado que el cadáver de Zuloaga Blanco fue recogido a las once de la mañana del día su muerte y no el 12, como anota Flamerich.

Fuentes Certad comenta: “Mentira, mentira, porque se terminaron los tiros, cayeron un poco de muertos y a la hora, a las dos horas, los estaban recogiendo. Cuando Aristeguieta entró, ya Armando estaba

enterrado”. “Yo vine al día siguiente –prosigue Meaño– y fue una maravilla para mí no haber estado, porque hubiera sido muy doloroso. Yo quise mucho a Armando”.

La tercera versión del entierro de Armando Zuloaga en Cumaná está recogida en el libro *Rómulo en Berna*, en una entrevista que su autor, Luis González Herrera, le hace a Lola Blanco de Palacios, una mañana de julio de 1975. La historia cuenta que un mediodía tocaron a la puerta de la casa de los Blanco Meaño. En aquella época, en Caracas, había poca gente en las calles a esa hora. Lola Blanco preguntó quién era el que llamaba, pero nadie respondió. La persona se limitó a lanzar hacia el corredor una caja de cartón con un letrero que decía: “Señora Dolores Meaño de Blanco”. Posteriormente se enteraron de que había sido mandada por Pedro Douaihi, muy amigo de Rosario Blanco. Salieron a la puerta de la calle para averiguar quién había dejado ese paquete, pero no lograron ver a nadie. Recogieron el bulto, el cual era muy liviano, y se dirigieron con él al interior de la casa para averiguar su contenido. Al abrirlo se sorprendieron de encontrar “un traje militar usado”, un sombrero “impregnado en sangre seca”, las botas y una guerrera, “todos manchados de sangre”. En la parte interior del sombrero habían unas iniciales: A. Z. B. “De inmediato todas dijimos: ‘¡Armando Zuloaga Blanco!’”

Lola Blanco hace la siguiente observación en la entrevista realizada por González Herrera: “Como en aquella época no existían funerarias, un carpintero amigo construyó la caja donde se depositaron los restos del estudiante amigo. Luego nos envió a nosotros el atavío militar”.

Ella supone que las pertenencias de Armando fueron enterradas con él, al ser trasladados sus restos a Caracas. Este equipo militar está guardado en una mesa de madera que está en poder de la familia.

Cuando Pedro Duoaihi dejó el uniforme, Totoña y Andrés Eloy no se encontraban en la casa porque estaban redactando un periódico clandestino llamado *El Imparcial*.

Totoña Blanco de Sotillo aclara que Duoaihi encontró el cadáver cerca de su casa en Altigracia, lo arrastró hasta donde vivía, lo desvistie-

ron, lo limpiaron y luego lo enterraron. “Él le comentó a Rosario lo que sufrió esa gente, porque era un niño, un niño tan bello muerto. Pobrecito Armando. Siendo un muchacho de veinte años, sabía que se iba a meter en una cosa tremenda”.

Explica de manera épica cómo la señora Meaño de Blanco le hizo llegar el uniforme a la familia de Zuloaga Blanco:

Mi madre puso bello el cuarto principal de la casa y puso en la cama todo, le puso unas flores, puso unas velas y llamó a Martín. Martín vino, lloró, porque aquello era una cosa como que estaba muerto Armando allí. Y todos nosotros al lado, y Martín llegó, se hincó y lloró como un loco, Martín Tovar. Martín Tovar era muy bueno. Él fue el encargado de llevar el uniforme a la familia. A ese muchacho no le han hecho nada. Tú sabes lo que es un niño de veinte años, de gran familia, rico. Pero él dejó todo, todo, como buen pariente de Bolívar, por don Eduardo Blanco.

Pedro Douaihi

Cuenta su hijo Pedro Enrique que su padre debía tener en 1929 alrededor de treinta años, trabajaba como apoderado de la casa Fuentes y Compañía del señor Manuel Fuentes. En esa época la familia vivía en una casa alquilada en la calle Zea en la parroquia de Altagracia, cerca de la panadería del mismo nombre, de la cual era propietario junto con su hermano Oscar. “En esa panadería, en un horno sin usar, se escondieron varios revolucionarios; entre ellos estaba el capitán Pimentel”.

Luis Fuentes Certad especifica que Pedro Douaihi se casó con una Benítez de Cumaná, Manuela Benítez, descendiente de Juan Manuel Benítez, “una figura nacional” y destacada durante la Independencia. El matrimonio tuvo cinco hijos varones, Pedro Enrique, el mayor, tenía seis años cuando llegó el Falke a Cumaná.

Pedro Enrique Douaihi cuenta también cómo se enteró por un retrato de las visitas periódicas realizadas por su padre al cementerio para limpiar la tumba de Armando y ponerle flores. “Porque le hicieron un mausoleo muy sencillo y humilde”.

Fuentes Certad asimismo recuerda esa fotografía donde también él aparece junto a la tumba de Zuloaga Blanco. “Eso fue en el cementerio de Altagracia, cementerio que clausuraron ya. Allí no quedan muertos, de allí sacaron todos los cadáveres para hacer el aeropuerto”.

Por su parte, el hijo de Douaihi presume que quienes ayudaron a su progenitor durante el entierro fueron amigos con sus mismas “ideas revolucionarias”, trabajadores provenientes de la Casa Fuentes o de la panadería que tenía con su hermano. Más adelante el niño de seis años supo que su padre recogió las pertenencias de Zuloaga Blanco y las metió en un baúl, aunque no está seguro de si las envió o las trajo personalmente para Caracas. A partir de ese momento surgió una gran amistad entre la madre de Armando y la familia Douaihi Benítez. Por ella consiguió su padre un puesto como agente viajero de la Cervecería Caracas y después logró el traslado definitivo a la capital con el cargo de cajero principal de esa compañía. Años más tarde el hijo ingresó en la misma empresa donde trabajó hasta obtener su jubilación.

De sus días de infancia recuerda el tiroteo que escuchó el día de la batalla. Y es que vivía a una cuadra y media de la Calle Larga:

Ellos entraron por Puerto Sucre, y venían por toda esa calle echando plomo. Entonces se encontró Delgado Chalbaud con el general Emilio Fernández en la cabecera del puente del río Manzanares, y allí en la esquina había una farmacia de Catoño Ponce. Se llamaba así, allí en esa esquina de Catoño Ponce, allí se mataron, en esa esquina de ese puente, antes de ir a Santa Inés, la otra parroquia de Cumaná, que está dividida por dos parroquias, Santa Inés y Altagracia.

La población estaba amedrentada porque el Falke fracasó. Todos los que participaron en esa “guerra”, como llamaban en la ciudad al incidente, evitaban mencionarlo por temor a que se filtrara cualquier imprudencia. Después de “la revolución” se cerraban las puertas a las nueve de la noche porque los chácharos, o policías del régimen, salían a revisar las casas. Pedro Enrique recuerda el temor que sentía la gen-

te. También recuerda una canción de la época que decía: “Primero vino el terremoto y después la guerra”.

En los cumaneses está presente la figura protagónica de Pedro Douaihi, “porque es él quien recoge y prepara a Zuloaga en la panadería de Altagracia antes de llevárselo al cementerio, ayudado por unos amigos”.

Para Jesús Meaño Rojas y para Fuentes Certad la historia de la urna narrada por Bustillos en el libro de Arístides Bastidas es una fantasía que no se ajusta a la realidad.

Los hombres y las mujeres que conocieron a Armando Zuloaga o llegaron a ver una fotografía suya, coinciden en destacar su belleza física. “Armando Zuloaga –comenta Luis Fuentes– fue un símbolo para todo el mundo en Cumaná, porque no se hablaba sino de la belleza física del muchacho que habían matado”. “Inclusive en Cumaná había fotografías de Armando Zuloaga –agrega Mireya Madriz–. Y yo lo recuerdo blanco, redondita la cara, cabellos negros. Es como si estuviera viendo la fotografía en que tiene la boina”.

Esta última descripción de Zuloaga Blanco coincide con la que hace Pocaterra en *Memorias de un venezolano de la decadencia*:

Entre el grupo de jóvenes, Julio Mc Gill parece el más bondadoso, es servicial, de educación perfecta, callado. Vegas, frío, reservado y de súbito, tiene ímpetus de opinión y palabra. Armando Zuloaga (...) los ojos fulgen en una palidez mate, la negrura del cabello le hace una testa destacada sobre los anchos hombros (...) Juan Colmenares Pacheco, algo enfermizo, es disciplinado, serio, silencioso (...)

Al finalizar su narración sobre el entierro de Zuloaga, Luis Fuentes Certad reitera: “Exclusivo fue de Pedro Douaihi que se arriesgó, y toda Cumaná lo comentaba siempre. Tuvo el valor, porque contra viento y marea se llevó a Armando”.

La desbandada

El parque al mar

Una vez terminada la batalla en el puente sobre el río Manzanares, con los jefes de ambos bandos ya muertos, logran regresar al Falke a las siete de la mañana, el capitán Franz Zukal, herido, en compañía de cuatro combatientes alemanes, del capitán Carlos Domingo Mendoza y del teniente Raúl Castro Gómez, quienes comunican a los demás la noticia de la muerte de Román Delgado Chalbaud, lo cual produce la huida del barco. El armamento es lanzado al mar antes de llegar al puerto de Granada, donde desembarcan los venezolanos. El resto de los expedicionarios se quedan en tierra, abandonados a su suerte.

El 9 de abril de 1930 los tribunales de Hamburgo iniciaron un juicio contra el capitán Ernest Zipplitt y los propietarios del Falke, Félix Prens-lau y Félix Kramarsky, por haber intentado en agosto de 1929 tomar la ciudad de Cumaná con unos “revolucionarios” venezolanos. Sobre la actuación de José Rafael Pocaterra, quien huyó y lanzó el armamento al mar, y a la de Carlos Delgado Chalbaud, quien permaneció a bordo, existen opiniones encontradas, aunque predominan los juicios adversos.

Luis Fuentes Certad considera que Carlos Delgado se quedó a bordo con Pocaterra porque su padre no le permitió desembarcar. Para él, la

desaparición de Román Delgado no significaba necesariamente el fin de la “revolución”, si hubiera existido un apoyo con las armas del barco, porque además en Oriente había mucho descontento con el general Gómez.

Para Jesús Meaño Rojas fue un disparate botar el parque de guerra al mar, porque, al tomar Aristeguieta la ciudad, se presentaron muchos voluntarios pero no tenían nada con qué luchar. “Si esas armas se hubieran salvado, esa revolución tumba a Gómez”.

No debe olvidarse tampoco que Julio Mc Gill y Carlos Julio Rojas salieron heridos a buscar el barco por la costa, porque debían desembarcar el armamento por Carúpano o por Güiría.

Francisco Flamerich supone que han debido dejar a bordo a un individuo competente y respetuoso, pero dejaron a Pocaterra y a Carlos Delgado Chalbaud. “Carlos Delgado era un muchacho de dieciséis años. ¡Qué se hace, no tenía cierto honor!” Cuando los combatientes se replegaron en el muelle para buscar auxilio, el barco se había ido, “y todavía cometen la barbaridad de botar el parque al mar. Los orientales no querían a Gómez, pero le tenían cierta desconfianza a Delgado”, por aquellas pruebas de tiro que realizaba contra las costas de Barlovento, como ya se ha señalado.

Clara Mandé de Requena, quien tuvo una gran amistad con José Rafael Pocaterra, sostiene que él le contó ese incidente del Falke: “Se apoyaba mucho en las órdenes que recibió”, parece que se reunieron los que estaban a bordo y lo obligaron a botar las armas. Añade: “Bueno, pero no fue que Carlos Delgado no se bajó del barco: no lo bajaron, que es muy distinto”.

Vicente Ibarra explica que el general Delgado dejó a su hijo en el barco con Pocaterra, porque era un muchacho de dieciséis años, y esto fue lo que le salvó la vida. Los venezolanos exiliados en París comentaban mucho ese hecho, y no entendían por qué José Rafael Pocaterra botó el parque al mar, y por eso “existía una inquina” contra él, entre los sobrevivientes del Falke.

Pero, a pesar de la creencia, para el momento de la tragedia del Falke, Carlos Delgado Chalbaud no tenía dieciséis años de edad sino veinte (había nacido en 1909). Y, según el libro de Carlos Emilio Fernández, por esas fechas cursaba estudios de ingeniería civil en París.

Arístides Bastidas confirma esta información en su libro sobre Rafael Vegas. Escribe: “Delgado Chalbaud se trajo entre los estudiantes a su hijo, pero no lo dejó bajar en Cumaná, porque le había ofrecido a su esposa, que él no lo bajaría, y que él estaba cumpliendo su promesa.”

María Cristina Acosta dice:

Ni perdoné que el Pocaterra botara el parque al mar, ni perdoné que Delgado Chalbaud fuera un ambicioso, y llegara a una calle que era un embudo, a dejarse matar como un par de conejos ahí, cuando no había llegado la gente que los tenía que esperar. ¿No han podido esperar un rato más? Entonces hay muchas cosas allí que no se perdonan, y que no están claras. ¿Por qué el hijo de Delgado Chalbaud no se iba a bajar y Armando sí?

Carlos Emilio Fernández destaca en su libro las consecuencias de la huida del barco:

Si los que quedaron a bordo del Falke en vez de huir precipitadamente y arrojar al fondo del mar armas y municiones, permanecen en expectativa cerca de la costa para desembarcar el parque en un momento oportuno, los acontecimientos se hubieran desarrollado de manera diferente. No obstante la muerte de Delgado Chalbaud, todo no estaba perdido, pues quedaban militares veteranos como Alcántara, Carabaño, Doroteo Flores, capacitados para asumir el mando. Esto unido al prestigio de Pedro Elías Aristeguieta y al odio de los orientales hacia la dictadura, muy probablemente hubiera permitido a los rebeldes hacerse fuertes hasta la llegada de la Segunda Expedición.

El fin de la revolución

Durante la tregua que siguió a la batalla en el puente Guzmán Blanco, los médicos de la Cruz Roja organizan un hospital para socorrer a los heridos en la casa de María Josefa Aristeguieta, ubicada en la esqui-

na de Santa Inés. Colaboran además las jóvenes cumanasas, conocidas como “las samaritanas”, quienes habían trabajado como enfermeras durante el terremoto de principios de año.

Refiere Ángel Bustillos que algunas de ellas se casaron con los heridos. “Bueno, aquello fue una labor muy simpática y muy efectiva. Todas trabajaron muchísimo. Lo mejor de la sociedad de Cumaná eran ellas”.

Tanto Francisco de Paula Aristeguieta como el capitán Pimentel han explicado que el error táctico del encuentro a las cinco de la mañana con las tropas del Falke se debió a que el baquiano encargado de conducirlos hasta Caigüire se perdió. En cambio, para la familia de Armando Zuloaga este desencuentro con el general Delgado ocurrió porque el baquiano que conducía la expedición de Aristeguieta por tierra los traicionó.

Existen otras versiones en torno a esta tardanza. Ángel Bustillos explica que al mediodía entraron los combatientes por el lado de Caigüire. La consigna era que al entrar Delgado Chalbaud al muelle, los Aristeguieta estuvieran preparados en la retaguardia “para coger al Gobierno entre dos fuegos, pero esta gente dizque se perdió en la península de Araya, donde nacieron los Aristeguieta. Yo nunca creí en ese extravío, yo creo que aquello fue intencional, y así lo dijo Delgado antes de morir. Delgado dijo: ‘Nos traicionaron’”.

Al entrar en Santa Inés cayeron muchos heridos, entre ellos estaba el capitán Pimentel, quien fue recogido por unas mujeres que lo traían en una especie de camilla. Se encargaron de atenderlo los bachilleres Bustillos y Meaño Rojas.

Pedro Enrique Douaihi nunca creyó en ese extravío, piensa más bien que “aquello no les resultó” porque no obtuvieron el apoyo logístico esperado. No lo atribuye a una falla intencional, sino más bien a que la gente con quien él contaba finalmente no lo acompañó. Tiene la impresión de que Pedro Elías fue “un hombre de pelo en pecho, un guerrero”, el cual logró tomar a Cumaná por dos días. “(...) de Pedro Elías decían que era un hombre muy vinculado a mi casa, y si mal no

recuerdo que él era padrino de mi mamá. Entonces por nexos familiares supongo que cualquier comentario, cualquier cosa se evadía (...)"

Bustillos confirma que en la ciudad de Cumaná existía el rumor: "¡Qué cómo es posible que los Aristeguieta se perdieran en la península de Araya, casi imposible! Es decir, yo que no era de allí, no me hubiera perdido. Si Araya es una lengua que hay que atravesar así, y al llegar arriba se ve a Cumaná alumbrada".

Los Aristeguieta le habían dicho al capitán Pimentel, quien no conocía la zona, que se necesitaban dos horas para atravesar la bahía. Además, los guaiqueríos no estaban acostumbrados a pelear sino a pescar, añade Luis Fuentes Certad, "por eso salieron corriendo en el momento del combate".

Mientras un cumanés explica cómo Pedro Elías iba recogiendo las tropas por el camino y cómo se extraviaron, hasta por fin lograr llegar a La Angoleta y de allí atravesar en bote para atacar la ciudad, lo interrumpe una persona que murmura: "Fue una tronco de pea", porque corrió el rumor en la ciudad de Cumaná de "la borrachera que agarraron" los que comandaban la expedición a Caigüire, y esto produjo la tardanza de los Aristeguieta, quienes no llegaron a la hora convenida a la cita con el general Delgado Chalbaud.

Luis Villalba Villalba, en cambio, resalta el sacrificio de Pedro Elías Aristeguieta y Luis Rafael Pimentel, quienes "por palabra de honor", aún a sabiendas de que estaban perdidos y de que estaba perdida Cumaná, "la tenían que tomar porque era un honor". Y antes de llegar a la ciudad le destrozaron la pierna al capitán Pimentel con una bala *dun dun*. "Francisco Flamerich fue quien lo trató, y le iba a cortar la pierna, entonces le puso un telegrama urgente a Razetti: 'El capitán Pimentel tiene la pierna inválida, creo que habrá que cortarle la pierna'. Y Luis Razetti le indicó, con su pericia de médico, el tratamiento a seguir y esto lo salvó de la mutilación.

A Pedro Elías Aristeguieta le resultaba difícil entender cómo Delgado Chalbaud se lanzó a atacar sin tener el refuerzo necesario. Una vez que Aristeguieta toma Cumaná, el general Tovar Díaz se refugia en el

castillo. Posteriormente se rinde ante los revolucionarios, quienes le garantizan la salida de él y de sus hombres de la ciudad. Se va hacia Barcelona para regresar con las tropas del general Lino Díaz. Llegan a Cumaná con unos letreros que decían: “¡Héroes de la Panchita!”, porque pertenecían a la fuerzas del Gobierno que habían combatido contra Arévalo Cedeño y lo habían derrotado.

Las huestes de Pedro Elías salen hacia El Pilar y Santa Ana, después de haber logrado tomar Cumaná por día y medio. En ese lapso trataron de encontrar el barco, y se fueron hacia la costa de Güiría, cercana a Trinidad, con la esperanza de localizarlo, porque la población pedía armas de manera desesperada para apoyar “la revolución”. Se metieron por El Pilar, que tiene dos caminos, pero la gente del Gobierno regresó con Tovar Díaz. La carnicería fue espantosa, mataron a muchos hombres y hubo gran número de heridos.

Las fuerzas del Gobierno llegan a Cumaná el miércoles 14 de agosto al mando del general Faría de la guarnición de Barcelona, y luego con el general José Rosario González, enviado por Juan Vicente Gómez desde Maracay.

El general García toma la vía de Carúpano para perseguir a los Arísteguieta y a su gente, quienes se dirigen a Santa Ana, a donde llegan el 21. Durante la batalla librada en ese lugar es herido mortalmente Pedro Elías con un tiro en la ingle.

Después de tres horas de lucha, los revolucionarios ganan terreno de nuevo con la llegada de los coroneles Guzmán y Matheus, logrando la retirada de las fuerzas del Gobierno. En la tarde, las tropas rebeldes se dirigen hacia El Pilar. Allí se enteran de que el Falke fue detenido en Trinidad y que el parque de guerra fue tirado al mar. Buscaban las armas del barco porque el arsenal que tenían fue gastado en la batalla de Santa Ana.

Las huestes gubernamentales al mando del general Alcántara Leal bloquean las rutas de Oriente. En vista de la imposibilidad de huir, el general Carabaño y los cabecillas del grupo deciden pedir la capitulación el día 22. Se designa a tal fin a Juan de Dios Gómez Rubio, a Ed-

mundo Urdaneta Auvert y al padre Venancio Fenosa para ir a negociar con el Gobierno.

El 23 de agosto fallece Pedro Elías Aristeguieta, quien había sido trasladado a Carúpano. Una muchedumbre acompañó sus restos hasta el cementerio de esa ciudad.

Ángel Bustillos cree que el Gobierno se portó bien con los heridos. A medida que se fueron mejorando los trasladaron para el Castillo de Puerto Cabello. Primero se fue Pancho Angarita, “vino a buscarlo un barco de guerra y se lo llevó. Así sucesivamente se los fueron llevando”. Él se había enamorado de Emira Silva, una de las samaritanas y se casó con ella. El capitán Pimentel se casó con otra de ellas, Antonieta De la Rosa, y Carlos Julio Rojas con Mercedes Madriz, también samaritana.

Pedro Enrique Douaihi recuerda de su infancia la entrevista que sostuvo su padre con Juan Colmenares Pacheco, otro de los estudiantes que venían en el Falke, después de finalizar el conflicto armado:

Él llegó a Cumaná disfrazado. Mi padre lo metió en un cuarto de la casa donde nosotros vivíamos, en esa habitación él almacenaba sacos de yute para después utilizarlos como paquetes donde se guardaba la sal. Y Juan Colmenares vivió allá arriba montado en esas pacas de yute por lo menos un mes.

Después, Pedro Douaihi lo sacó de allí vestido de culí, “y él también se disfrazó de culí, e iban en un arreo de mulas, y lo metieron en el vapor *Maracay*, y quien lo ayudó mucho fue el capitán Pedro Vilachá, que era el capitán del vapor *Maracay* de la línea Costanera de Venezuela”.

Luis Fuentes Certad sabía también que Pedro Douaihi había escondido en su casa a Juan Colmenares Pacheco. Pero agrega que le pintaron el pelo de rojo y lo embarcaron en un vapor holandés, “simularon que era un musiú que se había bajado del barco y lo volvieron a embarcar. Entonces Juan Colmenares pudo salir de Cumáná”

Con Rafael Vegas “se corrió la bola de que estaba muerto y enterrado”, pero a su hermano Martín se le hizo saber con un emisario que todo eso era falso.

Cuenta el doctor Bustillos que Vegas huyó solo, porque Colmenares Pacheco lo dejó. Se escondió en Caripe en la casa de unos estudiantes, y de allí se fue para el hato del presidente del estado Monagas, donde permaneció mucho tiempo. Fue en ese lugar donde contrajo el mal de chagas. “Y un día, bañándose en un río, lo mordió un chigüire, de casualidad no lo mató, porque la arteria quedó en el aire, pero entera.”

Mucho tiempo después, y tras largas peripecias, logró salir Rafael Vegas disfrazado de peón por el golfo de Cariaco hacia Trinidad.

Los hombres del Falke, prisioneros en el Castillo de Puerto Cabello, fueron enviados nuevamente a Cumaná, “confinados”: tenían la ciudad por cárcel. El presidente del estado Sucre, el general Cárdenas, decidió separarlos por prudencia. Unos fueron trasladados a Cumana-coa, otros a Santa Fe y al capitán Pimentel lo mandaron para Araya, de donde se escapó hacia Colombia.

Isaac Pardo evoca un hecho muy particular durante la segunda prisión de los estudiantes en el Castillo de Puerto Cabello:

Nosotros estábamos en el Castillo Libertador, y allí, al Libertador, no entraba nada, ni periódicos, ni cartas, ni nada, no había comunicación. No estaban permitidas las visitas a los presos en tiempos de Gómez. ¡Ni que soñarlo! El único periódico que nos pasaron fue El Nuevo Diario con la noticia de la tragedia del Falke. Ése sí nos lo pasaron. Todos recuerdan esa delicadeza que tuvieron con nosotros.

Carlos Irazábal también recuerda que en Las Tres Torres de Barquisimeto les pasaron *El Nuevo Diario* con motivo de la fracasada expedición del Falke, con la invasión de Coro y con el alzamiento del general Gabaldón. Señala además que en ese periódico oficial se publicó la noticia de la muerte de Armando Zuloaga Blanco de manera irónica.

Acción Cívica, órgano de difusión contra el régimen gomecista, refuta un artículo, tipo carta póstuma, publicado en *El Nuevo Diario* por Laureano Vallenilla Lanz. En este artículo, el escritor increpa a Zuloaga por su muerte al señalar que ése no era su puesto “en medio de la pandilla bandolera”. Saca a relucir su “abolengo ilustre” y “sus

credenciales de bondad y amor”, ejemplificados por un padre educado en la disciplina del trabajo, en una madre “matrona ilustre” de la sociedad caraqueña y con un abuelo que era “gloria de la patria”. Compara a Zuloaga Blanco con un Lord Byron adolescente, tanto por su belleza física como por el talento heredado de Eduardo Blanco, pero su juventud se dejó guiar por los “falsos maestros”. “Ellos te pusieron adelante, como la bandera de seda de la patria que mancillaban con sus manos manchadas de sangre y lodo; y como la bandera de la patria caíste, en un fulgor de tragedia”.

En la Gaceta Oficial del 12 de agosto de 1929 se indicaba que el general Emilio Fernández murió en Cumaná al enfrentarse a “facinerosos y filibusteros”. Un telegrama circular del ministerio de Relaciones Interiores comunicaba:

Con honda pena participamos a usted el fallecimiento del eximio compañero de Causa general Emilio Fernández, Presidente del Estado Sucre, muerto gloriosamente cuando hacía frente a un grupo de facinerosos y filibusteros que inesperadamente llegaron en un vapor pirata y atacaron la ciudad de Cumaná en donde fueron derrotados completamente y además muertos Román Delgado Chalbaud y su ayudante de campo Armando Zuloaga Blanco, y heridos Rafael María Carabaño, Pancho Angarita, Luis López Méndez, Carlos Julio Rojas, Roseliano Pérez y otros (...)

Vicente Ibarra explica la visión heroica dominante en esta invasión:

La epopeya del Falke, eso sí fue una epopeya. Epopeya es la aventura. Lo increíble del cuento del Falke, es que fue la última aventura de corsarios en pleno siglo XX, en 1929. Es casi increíble que un grupo de gente tome un barco en alta mar, lo volteé, convenza al Capitán y desembarquen en un país con un ejército de acción. Eso es increíble.

Itinerarios **contrapuestos**

Tragedia familiar

Mientras el Falke se dirige hacia las costas venezolanas, Josefina de Zuloaga y su hija Julieta navegan rumbo a Francia para ir a visitar a Armando. Por eso es una tradición familiar decir que “los barcos se cruzaron”.

Julieta Zuloaga relataba los días de angustia vividos en París, buscándolo por todas partes, hasta que finalmente llegó el telegrama con la noticia de su muerte, que ella misma abrió. Anita Tovar, sobrina de Julieta, piensa que leerlo, debió producir un choque muy grande en ella porque eran unos hermanos muy cercanos en edad y además muy unidos.

En ese momento residían en París Nicomedes Zuloaga y Elisa Ramírez, quienes las trasladan del hotel donde estaban instaladas a su propio apartamento, para lograr tramitar su regreso inmediato a Caracas. El tío de Zuloaga Blanco se encontraba en esa ciudad, porque consideró prudente irse del país por un tiempo, una vez que obtuvo su libertad a raíz de los acontecimientos del 28.

Otros familiares se enteraron de lo ocurrido por Alfredo Zuloaga, hermano de Armando, quien estaba en el Club Paraíso, donde se comentó el desembarco en Cumaná, la muerte de Román Delgado Chal-

baud y de Armando. Para comprobar la veracidad de lo ocurrido, salió con unos amigos para la esquina de Principal, en donde estaba ubicado *El Universal*. Ése periódico tenía en el año 1929 una pantalla luminosa donde aparecían las noticias, “y efectivamente allí vieron toda la historia del Falke”.

A su hermana Ana Teresa, en cambio, la noticia de la muerte de Armando le llegó de una forma un poco discreta. Ella se encontraba en Los Chorros con su marido y sus hijos. Alguien telefoneó a casa de los Núñez, que vivían enfrente de los Machado Zuloaga, y avisó de la tragedia. Se consideró que Teresa María Machado, cuñada de Ana Teresa, era la persona indicada para hacerle saber de la desgracia, dado que formaba parte de la familia, pero por lazos políticos. Al enterarse, todos viajaron a Caracas.

Un tiempo después, Oscar Augusto Machado y Martín Tovar sacaron un permiso de la gobernación de Caracas para viajar a Cumaná, con el propósito de conocer el sitio donde había sido enterrado su cuñado, a fin de que el cadáver no se perdiera. Comenta al respecto Anita Tovar: “En Cumaná los recibió Douaihi, y los llevó al sitio donde estaba enterrado Armando, sitio que ellos marcaron para traérselo en un futuro, futuro que fue en la época del general López Contreras”.

La última premonición

La víspera de la muerte de Armando Zuloaga, María Cristina Acosta se encontraba de veraneo con unas amigas. De regreso a la casa, después de dormir una siesta, uno de los retratos de su novio que había recibido de París, se cae boca abajo desde una mesa, a causa de la brisa. Ella vio este hecho como una nueva premonición. Al día siguiente, muy temprano, la llama su padre para decirle que la espera en un hotel de La Habana, porque van a tomarle unas fotos para las crónicas sociales con motivo de su compromiso:

Entonces llego yo al hotel y encuentro que mi papá no está en el lobby, lo llamo al cuarto y me dice: ‘Estoy terminando de bañarme, espérame que ya bajo’. Aburrida en el

lobby, vi un montón de periódicos del día, y cojo uno para dárselo a mi papá. Lo abro y en primera plana decía: 'Invasión a Venezuela por el general Delgado Chalbaud, muerto el General y Armando Zuloaga Blanco'. Así supe yo la muerte de Armando en un hotel en La Habana, en el hotel Perla de Cuba, que ya no existe.

Después del fallecimiento de su novio, Mori regresó a Venezuela, donde estuvo hasta 1931, porque todas las semanas la señora Zuloaga le ponía un cable: "Ven y ven y ven y ven".

Condolencias

Las visitas de pésame empezaban en la mañana y se prolongaban hasta la noche, en la casa de Ibarra a Maturín. Desde muy temprano aparecían tres o cuatro personas que iban a dar el pésame a la señora Zuloaga y a leer la carta de despedida de Armando para su madre. Su muerte fue un impacto.

Anita Tovar señala que iba mucha gente de visita, pero con cierto recelo, puesto que el general Gómez no veía con muy buenos ojos esas manifestaciones de duelo para esa familia.

Rómulo Betancourt se encontró con Josefina de Zuloaga y con su hija Julieta en una isla del Caribe, cuando ellas regresaban a Caracas a raíz de haber recibido el telegrama que anunciaba la muerte de Armando. Betancourt subió a bordo a darles el pésame muy especialmente, y sostuvo una larga conversación con las dos. El propio ex Presidente relata como se desarrollaron esos momentos:

En el transcurso de ese viaje mío desde Santo Domingo a Trinidad me encontré, no recuerdo si en las islas de Guadalupe o en Martinica, con doña Josefina Blanco de Zuloaga y con su hija Julieta Zuloaga, madre y hermana de Armando. Lloramos su muerte. Ambas se empeñaron en disuadirme de continuar mi viaje a Trinidad. No escuché sus amistosos consejos. Seguí hasta la isla, entonces bajo la tutela colonial de Gran Bretaña, para constatar que era cierto el aplastamiento total de la invasión del Falke.

Para la fecha de la muerte de su amigo de infancia, Carlos Pérez de la Cova estaba graduado de ingeniero y trabajaba en la Compañía Cartográfica de Venezuela, al sur del Estado Bolívar. Se enteró de la noticia por un telegrama, pero no pudo regresar a Caracas sino mucho tiempo después y la primera visita que hizo fue a doña Josefina: “No se puede imaginar la emoción que tuvimos los dos en ese encuentro”, dice.

Miguel Otero Silva escribe sus impresiones sobre el primer caído de la generación del 28:

El primero de nosotros que cayó muerto fue Armando Zuloaga, pensaba ser historiador o novelista, los aún vivos no olvidamos su sonrisa generosa, el tiro le entró muy cerca del ojo derecho, él disparaba su fusil desde una calle de Cumaná contra las tropas atrincheradas, la bala le salió por la parte posterior del cráneo, dejó escrita una carta para la madre, lo iban a matar aquella mañana de agosto y él lo sabía (...)

En su diario titulado *Dos años y medio de inquietud*, Rufino Blanco Fombona también expresa su turbación por este deceso: “Entre los muertos figura Armando Zuloaga Blanco, hijo de mi prima Josefina Blanco, hija a su vez de mi tío Eduardo, autor de *Venezuela Heroica* (...) Siguió las inspiraciones de su patriotismo y, buscando la libertad para su pueblo, ha sido asesinado por la barbarie”.

Andrés Eloy Blanco escribió desde La Rotunda en agosto de 1929 el poema “Armando Zuloaga Blanco”, dedicado a la señora Zuloaga y acompañado por unas líneas de condolencia.

Jacinto Fombona Pachano, por su parte, le escribió una carta de pésame a su futura suegra y una poesía titulada “Redoble de Romance-ro” y años después otra poesía publicada en su libro *Las torres desprevenidas* (1940), con el título de “Armando, El Rebelde”.

Entierro en Caracas

El 31 de octubre de 1937 llegaron a La Guaira en un buque procedente de Cumaná los restos de Armando Zuloaga Blanco. Fueron traslada-

dos a la casa de su hermana Ana Teresa de Machado en El Paraíso, para ser sepultados en la tarde en el cementerio General del Sur.

Durante las exequias tomaron la palabra el estudiante Luis A. Pietri, Mc Gill Sanabria, José Barnola, Francisco Alfredo y el capitán Luis Rafael Pimentel, quien leyó la carta de despedida a la madre.

Después de la muerte de Gómez –comenta Anita Tovar–, y con el general López Contreras en el poder, la familia pensó que “era el momento ideal” para trasladar a Caracas los restos de Zuloaga. En su opinión no era una oportunidad adecuada, porque en la Universidad Central existía una pugna entre la Federación de Estudiantes y la UNE (Unión Nacional de Estudiantes). El día del entierro hubo una confrontación entre los muchachos de la Federación de la cual Armando había formado parte en 1928, y los de la UNE, quienes pensaban que Zuloaga Blanco hubiera militado en ella. Ambos grupos hacían guardia al rededor de la urna.

Al salir el cortejo fúnebre de la casa de los Machado, había una multitud en la calle dando vítores a Armando. Esa ocasión la aprovecharon los universitarios para lanzar sobre el féretro la bandera de la Federación, la cual quitaron los de la UNE para colocar nuevamente la suya. Al llegar el séquito a la avenida de El Ejército se presentó un grupo estudiantil, lo cual creó cierta confusión pues tenían el propósito de tomar la palabra para pronunciar discursos en el cementerio a fin de convertir el sepelio en un acto político.

Junto al perfil que adorna la lápida de Armando Zuloaga está inscrito el último adiós que envió el 12 de julio de 1929 desde París a sus amigos más íntimos:

Carlos Pérez de la Cova, Juan Muñoz Tarrazo, Juan Bautista Oropesa, Gustavo Tejera, José Antonio Marturet. Amigos muy queridos a quienes he querido como hermanos, compañeros de toda la vida, reciban este último abrazo de infinita lealtad,

Armando Z-B.

Armando Zuloaga murió a los 24 años de edad. Su vida estuvo marcada por los sucesos que se inician el 6 de febrero de 1928 con la Semana del Estudiante y culminan con la invasión del Falke, el 11 de agosto de 1929.

Para sus familiares, amigos y compañeros de generación, así como para las personas que estuvieron presentes en Cumaná o supieron lo ocurrido durante esa mañana de combate; para ellos, decía, el joven Zuloaga llevó una vida épica. Lo representan como un símbolo de poder y privilegio que cuadra con el pasado heroico de la nación.

Su vida ha ido a alimentar la conciencia épica de los vencedores, porque en las historias que se cuentan sobre él están siempre presentes los vínculos genealógicos que unen a Zuloaga con héroes de la Independencia. No en vano era “pariente de Bolívar”, “descendiente de próceres” y “nieto de Eduardo Blanco”, valores éstos que él heredó y que fueron factores desencadenantes de su acción guerrera.

El poder económico de Armando y de su familia es otro factor que destacan las personas que lo conocieron, quienes nunca olvidan de mencionar la posición que el muchacho tenía socialmente. También se señalan con frecuencia la influencia cultural y los valores socializadores transmitidos por la familia como, por ejemplo, el concepto épico de la historia que hay en *Venezuela Heroica*.

Para la Caracas gomecista de los años 20, basada en una tradición romántica y en la comprensión de los nuevos fenómenos sociales que afloran, Armando Zuloaga es un símbolo representativo. De allí que lo idealicen y se lo conside como un héroe del movimiento estudiantil del 28. Lucho Villalba concluye:

Armando Zuloaga agarró el fusil por un ideal, para sacrificarse por un ideal de patria. No venía buscando intereses económicos, ni venía buscando ventajismos políticos, ni venía buscando negociados políticos. Ése fue el sacrificio puro de Armando, por eso nosotros lo admiramos y queremos tanto.

Addenda

CARTAS

I. Armando Zuloaga Blanco a su madre

París, 1º de julio de 1929

Mi idolatrada mamá:

Esta carta te la escribo poseído del más grande dolor que se pueda sentir: la despedida al ser más sagrado que se tiene en la vida ¡y tan querido!

Te pido que seas fuerte, que tengas valor; que pienses que lo que he hecho me hace más digno de ti, más digno de ser tu hijo; que no he desmentido el nombre honrado que tú y mi padre me legaron; que un hijo vuestro sólo podría proceder así, pues en la sangre que me legaron mis antepasados, y en la educación que ustedes me dieron, he recibido tan sólo honor, y con honor debo proceder.

Además, mamá, es ésta tan sólo una pequeña separación; tú tienes por delante una vida fecunda que llenar, un deber sagrado para con tus otros hijos, y por eso mamá, no debes entregarte a la desesperación... luego, en Dios, en nuestro Dios, nos volveremos a encontrar.

Mamá: y si no muero en la lucha, si llego a ti sano y salvo, puedes imaginarte, mamá querida, el día ese que nos daría Dios, para estrecharte en mis brazos y no separarnos jamás.

No pienses en mis sufrimientos; piensa tan sólo que he sido dichoso al sacrificarme por una causa noble; piensa que los nuestros se sacrificaron en la Independencia; piensa que tú debes ser fuerte y que debes vivir mucho, para enseñarle a tus nietos cuál es el deber de un patriota y de un caballero en Venezuela, como me lo han enseñado a mí; y luego, cuando ya muy viejecita, muy santa, te vayas de este mundo sonriendo pues has cumplido tu misión, nos encontraremos en el cielo, cerca de nuestro Dios.

En esta empresa no me ha detenido nada, ni el miedo ni el egoísmo; tan sólo, madre mía, tus lágrimas y ustedes, pero luego he pensado con altivez que tú sentirás más orgullo en saber tu hijo caído pero envuelto en la bandera, que cobarde y vil, viendo cómo se sacrificaba su generación.

En estos días he vuelto a vivir toda mi vida y revivido así toda tu infinita ternura.

Madre: en esta carta van mis últimas lágrimas, tus adoradas lágrimas, sabiendo que tu hijo supo morir feliz por su patria, sabiendo ser digno de sus padres y de su raza.

¡Mamá! ¡Mi querida mamá! Te encargo que les digas a mis hermanos lo que los quiero y cuán grande es la pena de alejarme de ellos, y que les encargo a ellos que te consuelen y te den valor.

Dale a todos muchos besos en mi nombre y a mis sobrinos que no olviden a su tío Armando. A Julieta que no le he escrito, pues todo ha sido tan precipitado; ¡que todo mi amor por ella lo siento tan intensamente!

Mamá querida: te pido perdón por mi acción que te ha causado tanta pena; quisiera concentrar toda mi vida en un abrazo, y que sintieras a tu hijo que te adora suplicarte valor.

Con tu bendición, madre mía, mil besos de tu hijo Armando, que en este momento está en ti.

Armando Zuloaga Blanco

II. Jacinto Fombona a Josefina Blanco de Zuloaga

Caracas, 15 de septiembre de 1929

Señora

Josefina Blanco de Zuloaga

Muy querida doña Josefina:

Respeto su dolor que me sobrecoge y anonada. Ninguno se parece al suyo. Es el más cruel y es el más grande. Palabras de consuelo ni de resignación puedo encontrarlas para usted. Pero no quiero ser el último en traerle mi triste saludo, en manifestarle la inmensa desolación de mi espíritu, cuando he sido el primero en unirme a su enorme desgracia, en sentirla como si fuera mía y llorarla muy amargamente.

Este regreso de usted y de Julieta es para mí desgarrador. Veo cuántas ilusiones queridas han sido devastadas por la racha inmisericorde y fatal. No me esperaba esto ni me es posible convencerme todavía de la realidad espantosa. Precisamente a la hora en que más felices las creía, por suponerlas al lado de Armando, cuya sola idea de verlo tanto las ilusionaba, vino de imprevisto a mi soledad la brusca tragedia para sacudir todos mis nervios y arruinar la única satisfacción de mi vida, cifrada en la felicidad de ustedes.

No concibo nada más inicuo y brutal que esta sorpresa del destino. Troncha una existencia que era toda bondad, toda nobleza, toda gallardía; una juventud de las más inteligentes y útiles, una de las vidas más puras y generosas de las que he conocido en estos últimos tiempos, y al ensañarse con usted en lo más vivo de su alma, al cubrir de lágrimas y duelos un hogar hasta ayer tan dichoso, a todos nos angustia y nos abate. Yo soy de los más heridos —puede usted creerlo— y de los que con mayor violencia nos hemos doblegado ante la rudeza del desastre. Con la pérdida irreparable y cruenta de Armando, con la desdicha de usted y de nuestra amada Julieta, me siento más triste y desesperado que nunca. Pienso en ella, pienso en la pobre y desventurada Morí, pienso en todos los de su casa, pero más que en ninguno pienso en usted. Mejor que nadie comprendo en qué medida se ha descargado la desgracia sobre su amor de madre. Ella es todavía más considerable en este caso porque usted ha sido una madre ejemplar y Armando no pudo ser ni más abnegado ni más bueno. Por las cartas de Julieta, por la de usted misma, tan maternal y afectuosa, ya me había dado cuenta de lo que él significaba en su vida, de

cómo se complacía usted en el hijo amoroso, inteligente y noble, de cómo era de grande, de singular e insustituible el puesto que le correspondía en su hogar. Armando se lo merecía todo. Era de esas personas a las que por la fuerza hay que querer. Se adueñaba de todos los ánimos y arrastraba en pos de sí todas las simpatías. Yo lo quise mucho, muchísimo, por lo que en sí mismo valía y por lo que de Julieta representaba para mí. También lo admiraba y lo admiro. No éramos compañeros —yo le llevaba algunos años— pero en más de una ocasión nos reunió la vida y entonces pude reconocer en él uno de esos espíritus predestinados a las más altas glorias o a los más bellos sacrificios. El destino, malvado siempre, lo seleccionó para victimarlo. Hubiera sido un escritor admirable, un apóstol del pensamiento y de la dignidad nacional. Le sobraban talento y nervio. La sangre de Venezuela Heroica le circulaba íntegra por las venas. Él, sin embargo, prefirió lanzarse a la acción antes que predicarla, ser el primero en el ejemplo. Era un espíritu honrado, purísimo. Todo lo tenía y todo lo sacrificó —madre, novia, familia, posición, talento— por lo que él juzgaba seguramente un deber. Fue un idealista. Fue un héroe. Para él serán el puesto en la historia, el poema y la estatua. Pero es desconsolador y amargo pensar que son ellos los mejores, los que se van siempre. La muerte se complace en equivocarse para que nos mordamos los puños. Y, mientras tanto... en la cima de todo calvario, hay una mujer que llora al pie de la cruz, y esa mujer es la madre, esa mujer es usted misma, cuyas lágrimas, cuya desesperación, cuyo desconsuelo infinito a nada puede compararse.

No ignoro lo que es el corazón de una madre porque tuve una, como lo es usted, excepcional. La carne del hijo —yo he tenido muchas ocasiones de comprobarlo— duele más que la propia. Sobre todo cuando es un hijo de las condiciones de Armando y se le ve desaparecer del modo y en las circunstancias cruelísimas en que se ha desarrollado este drama. No voy a revivírselo a usted en los actuales momentos, pero si le diré, con toda amargura de que estoy lleno y de la que no me curaré mientras viva, que usted no se merecía este golpe. Le he dicho ya que no vengo a traerle una conformidad imposible, pero deje usted al menos que un hombre huérfano se aproxime a una madre infeliz para llorar con ella. Crea que es muy grande y muy sincero el afecto que a usted me une, con lazos que desde ahora me he permitido considerar como sagrados, y acepte en su dolor, a cambio de un consuelo que no me es dado proporcionarle, estas lágrimas que hoy le ofrezco, en las que hay mucho de madrecita muerta, cuya adorada imagen, por milagro de ese mismo afecto de que le hablo, la contemplo reproducida en usted. Ambos necesita-

mos desahogar esta fuente dulce y amarga de las lágrimas, que al fin y al cabo es don precioso, puesto por Dios en nuestras almas, para que no desesperemos del todo.

Para terminar, todo cuanto me es posible decirle es que estoy con usted, con Julieta, con Morí, con todos, en esta hora inmisericorde y sin remedio.

Reciba los más tristes recuerdos y todo el profundo afecto de,

Jacinto Fombona Pachano

III. Josefina Blanco de Zuloaga a Francisco Flamerich (Carta nunca enviada)

Caracas, 1° de noviembre de 1929

Sr. Dr. F. Flamerich
Cumaná

Muy estimado amigo:

No le extrañe mi tardanza en contestarle su buena y abnegada carta, pero ha sido debido a mi mal estado de salud, tanto física como moral, en que me he encontrado después de esta terrible desgracia, también me parecía más oportuno esperar un poco.

Yo creo que usted bien sabe lo que yo siento, y la inmensa gratitud que tengo para el noble amigo de mi pobre Armando. No encuentro palabras que expresen mis sentimientos, pero piense cual será mi reconocimiento al saber que mi hijo a pesar de su fatalidad no le faltaron ni los cuidados ni las lágrimas de afecto del amigo noble y bueno. Dios le pague tanta bondad y cuente con el afecto y la gratitud de esta infeliz madre.

Recibí todos los queridos recuerdos de Armando y como también le he agradecido el inmenso interés que usted y su amigo el señor Douaihi tomaron para encontrarlos.

Para su señora mis más afectuosos recuerdos, y que cuando me sea permitido ir a Cumaná, tendré mucho gusto en conocerla.

Reciba saludos muy afectuosos de todos mis hijos, y mucho cariño y mucha gratitud de su amiga.

Josefina B. de Zuloaga

POEMAS

I. “Armando Zuloaga Blanco”, por Andrés Eloy Blanco

(A doña Josefina Blanco de Zuloaga)

Venezuela Heroica”
es un árbol de poemas
con las hojas rociadas
de agua y de sangre
—una begonia tradicional y arbórea—.
La raíz corre el mismo camino
de hace ciento quince años,
aquel camino
que se abrió Venezuela como el agua:
desde Caracas
se agolpó en el portachuelo del Sur
y se zafó a los cuatro horizontes
hasta el Orinoco,
hasta el Guayas,
hasta el Chagres,
hasta el Apurímac
y cayó al mar,
deshilachado en cuatro deltas
hondo y triangulares
como puñaladas.

El poemario
salió también de Caracas,
como esos chorreones de aguacero
que bajan por la esquina de las Ibarras;
se abrió paso en los campos tostados
hacia el antiguo cauce de los Hechos

y se expandió, tenaz como un olor,
 en el vaho de los trópicos.
 Pero al poema
 —como a la Obra—
 le faltaba una hoja o tal vez una flor;
 en lo alto de la copa
 el pimpollo pasmado era un camino trunco
 que dolía allá arriba como un dolor de cielo.
 Así lo sembró un día Eduardo Blanco,
 bajo un canalón de las Ibarras que campaneaba de aguacero.
 —Eduardo Blanco, el sembrador
 tenía sangre de Bolívar, sembró un árbol y tuvo un nieto.

El árbol de “Venezuela Heroica”
 cobijó un siglo de espera y de silencio;
 estaba allí, solo, enfrente del otoño,
 que le iba entresacando las flores como canas;
 los pájaros cantaban horas de nido pobre,
 un arenal le daba soledad de obelisco
 y un leñador venía sin pena hacia un tronco;
 sobre la vasta tierra
 se apagaba el camino de los Hechos,
 y un dolor quebradizo bajaba del pimpollo
 curvado ya a la tierra como curva de regreso.

Por un golfo oriental desembarcaron
 unos hombres armados de desarme y de siembra;
 fue un momento de brisa
 en que el árbol de “Venezuela Heroica”
 se sacudió hacia el sol como un ojo despierto.
 —Por el camino del mar
 vinieron tantas veces los jardineros falsos!,
 la mano sin semilla, ahuecada de robo,

el dedo curvo de saqueo,
el agua de los ojos revuelta de venganza
y el corazón —¡Dios mío!—, el corazón sin pueblo!
Por el camino del mar
vinieron tantas veces los jardineros falsos!

Pero aquel día el árbol los miró largamente:
venían en la proa; sus miradas
llegaban como puentes a la tierra;
se arrimaban sin rabia, como espuma
devueltos a la playa por un deber del mar;
sus manos emproaban la costa
y estaban maduras de semillas;
el agua de los ojos goteaba ferviente sobre las lomas pardas
y en un sesgo de audacia las melenas
saludaron la brisa del amor costanero.
El árbol los miró y a su mirada verde
afluyó como un gozo la mirada del Nieto.

El esfuerzo era puro,
era venezolano,
porque llegaban a Cumaná, la cordera de América,
porque venían nietos de Sucre y de Bolívar,
porque Caracas daba su mejor esperanza,
porque los Andes dieron su voluntad,
porque la Universidad dio su boina azul
y Venezuela Heroica su nieto;
porque los corazones
los traían llenos de pueblo.

Hacia la trinchera del puente
avanzaban;
les cimbraba las costillas

el golpetazo del máuser al disparar,
pero las nivelaba
el contragolpe del corazón
que empujaba hacia el río.
La Calle Larga de Cumaná
sabe de esas entradas de hombres sin miedo
y no cierra sus puertas como las otras calles.
La trinchera del puente
florecía de fuego
como tapia con trinitaria.
El árbol, allá lejos,
tenía tenso el pimpollo del copo
que estaba al reventar como un buche de pájaro.

Hacia el puente venía
la bandera en la mano del caudillo:
era un hombre podado como siembra de café;
el viejo capataz,
depredador,
venía como un arbusto renovado;
hecho otra vez al rojo vivo,
a martillazos de cautiverio y hambre,
con una mano en la bandera
y otra en el hombro de la Universidad;
era Venezuela tradicional,
con un propósito de enmienda
en el labio retocado de niñez;
era el mejor milagro de la hora
aquel viejo caudillo que avanzaba
entre un niño y una bandera
y traía, para su último instante,
un amor sin arrugas que volvía a su tierra.
Era el viejo poema de Eduardo Blanco

que traía en las manos el Nieto
para cantarlo en un día de fiesta.

Tres madres los miraban:
la tierra, que gritaba: –Adelante!,
la Universidad, que doblaba su torre
para herirse la entraña de pelícano
y gritaba: –Adelante!,
y la madre, que no decía nada,
la madre como cauce de verano
que espera sin un gesto su creciente de lágrimas.

Cayó el caudillo bajo la bandera.
El árbol inclinó su copa
y recogió con el pimpollo tenso,
en la frente del Nieto abierta de un balazo,
la flor de “Venezuela Heroica”.

Así fue escrito el último poema del Poemario;
lo escribió en el puente de Cumaná
Armando Zuloaga Blanco.

¿Qué más? Tenía sangre de Bolívar
y era nieto de don Eduardo.
¿Qué más? Tenía veinte años, sus palabras
aún sabían a leche y ya sabían a tierra.
¿Qué más? Dejó a su madre, confundido de madres
¿Qué más? Era Estudiante y Poeta
¿Qué más? ¿Qué más? Oh sí, algo más:
le dio en los ojos la bala que lo mató
y le cortó la última mirada
que le cayó de la boina
como lluvia con sol.

Sobre la tierra de Sucre, el nieto de Bolívar,
bautizó la Revolución.

En el cementerio de Cumaná
lo enterraron;
a la madre trajeron sus ropas manchadas de sangre;
en la Universidad las boinas saludaron,
y el pueblo con boca de padre
tiene ya tres palabras nuevas
que enseñar a los niños:
Armando Zuloaga Blanco.
Los niños las irán diciendo de memoria
y saldrán de la escuela con el dulce en los
labios.

Soldado, camarada,
que en el puente de Cumaná
lo apuntaste sin odio y le pegaste un tiro,
hermano que lo fusilaste,
¿cómo harás para fusilarlo
en el corazón de tu hijo?

Caracas, La Rotunda, agosto 1929

Doña Josefina: no es un poema lo que puede consagrar su dolor y el nuestro, sino el recuerdo mismo de la muerte de Armando, momento soberano en la vida nueva de este pueblo. Éste es el consuelo único digno de la madre. Armando es un rehén demasiado precioso para que la gloria pueda devolvérselo a usted. Confórmese, pues, con dejárselo a ella, que se lo guardará hasta el día del reencuentro. Su amigo,

Andrés Eloy

II. "Armando, el rebelde", por Jacinto Fombona Pachano

Esos cielos que llevaba,
esos montes, esos árboles,
esa llanura, ese mar,
no eran de aquí ni de allá;
eran de una tierra suya,
sin nombre ni sitio, hecha
de pensamiento, de luz
anterior a la que vemos;
tierra que no tuvo modo
de nacer, poblada apenas
de formas puras, quedaba
en el designio, en el sueño,
en el dios, y por la cual
sería hermoso vivir
en cualquier tierra de veras.

Lo habitaba, le surgía
rebelde, adentro. Buscaba
cuerpo en el mundo y figura,
lugar, expansión, recinto,
ni de torre ni de cárcel
que está negando otras vidas.

Los panoramas crecían
allí encerrados, las formas,
allí invisibles, detrás
de las rejas, de los muros,
yendo y viniendo, crecían.

Pero en los ámbitos libres
y conocidos, no halló
cuándo ni dónde
para situar esos cielos,
esos montes, esos árboles,
esa llanura, ese mar...

Entonces murió por ellos,
en un campo de no importa,
bajo un color no escogido.
Y se nos volvió el que fue
ayer el más dulce, amargo,
el que dio más luz, de sombra,
de piedra, el que fue el más blando;
cuando se le vio morir
de una muerte de muralla:
primero grieta, después
escombros, más tarde, polvo,
átomo, reflejo, aire,
y, al fin, evasión, rescate
de la mentira en el sueño,
en el designio, en el dios.

- **Bastidas, Aristides.** *Rafael Vegas. Reportaje Biográfico.* Caracas, Editorial Ariel, 1978.
- **Betancourt, Rómulo.** *Hombres y Villanos.* Caracas, Editorial Grijalbo, S. A., 1987.
- _____. *Venezuela: Política y Petróleo.* Caracas, Monte Ávila Editores, C. A., 1985.
- **Blanco, Andrés Eloy.** *Obras Selectas.* Madrid-Caracas, Ediciones Edime, 1968.
- **Blanco, Eduardo.** *Venezuela Heroica.* Caracas, Editorial Monte Ávila, C. A., 1979.
- **Fernández, Carlos Emilio.** *Hombre y Sucesos de mi Tierra. (1909-1929).* Caracas, Tipografía Vargas, S. A., 1960.
- **Fernández, Pablo Emilio.** *Gómez, El Rehabilitador.* Caracas, Jaime Villegas Editor, 1956.
- **Fombona de Certad, Ignacia.** *Armando Zuloaga Blanco-Voces de una Caracas Patricia.* Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1995.
- **Fombona Pachano, Jacinto.** *Poesías.* Caracas, Imprenta Universitaria de Caracas, 1964.
- **Gabaldón Márquez, Joaquín.** *Memoria y Cuento de la Generación del Veintiocho.* Caracas, Ediciones del Concejo Municipal del Distrito Federal, 1978.
- **González Herrera, Luis.** "Una Boina y un Cirio". En: *El Nacional*, Caracas, 27 de agosto de 1979.
- **Liscano, Juan y Gottberg, Carlos.** *Multimagen de Rómulo.* Vida y Acción de Rómulo Betancourt en Gráficas. Caracas, Editorial Arte, 1978.
- **Michelena, Eduardo.** *Vida Caraqueña.* Memorias Íntimas, Comentarios, Anécdotas. Madrid, Taller Gráfico CIES, 1965.
- **Pimentel, Cecilia.** *Bajo la Tiranía. (1919-1935).* Caracas, Tipografía La Bodoniana, C. A., 1970.
- **Pocattera, José Rafael.** *Memorias de un Venezolano de la Decadencia.* Caracas, Monte Ávila Editores, C. A., 1979. Tomos I y II.
- **Rama, Ángel.** *Rufino Blanco Fombona, Íntimo.* Caracas, Monte Ávila Editores, C. A., 1975.

- **Rangel, Domingo Alberto.** *Los Andinos en el Poder*. Caracas, Vadell Hermanos Editores, 1974.
- **Rohl, Juan.** *Ricardo Zuloaga*. Caracas, Editorial Arte, 1963.
- **Sanoja Hernández, Jesús y Otros.** *Juan Vicente Gómez y su Época*. Caracas, Monte Ávila Editores, C. A., 1988.
- **Sin autor.** "La Joven Venezuela", Una Sociedad Revolucionaria. (New York: 1917-1919). En: Archivo Histórico de Miraflores, Caracas, julio-diciembre de 1976, # 92-94, año XVIII.
_____. "Muerte de Armando Zuloaga y El Nuevo Diario". En: Acción Cívica, Nueva York, agosto-septiembre 1929, # 9, año I.
- **Torrealba Lossi, Mario.** *Los Años de la Ira*. Caracas, Editorial Ateneo de Caracas, 1979.
- **Vallenilla Lanz, Laureano.** *Escrito de Memoria*. Caracas, Ediciones Garrido, 1967.
- **Velásquez, Ramón J.** *Confidencias Imaginarias de Juan Vicente Gómez*. Caracas, Ediciones Centauro, 1981.
- **Yáñez, Oscar.** "Jóvito Villalba, conversando con Oscar Yáñez, director de Bohemia, hace una radiología del 28". En: *Bohemia*, Caracas 13 al 19 de febrero de 1978.

Nota sobre los testimonios: la autora hace constar que todas las referencias vivas a los personajes que así se presentan en el libro, son resultado de entrevistas realizadas en años anteriores. Muchos de ellos ya han fallecido.

Primeras nostalgias	9
La casa grande	9
Una infancia épica	11
Conjuros e invasiones	13
Las tiranías y Román Delgado Chalbaud	13
Repudio familiar a la autocracia	15
Primeros opositores al régimen	18
Las inquietudes del adolescente	21
El liceo Caracas y los amigos	21
La primera premonición	24
La novia	27
María Cristina Acosta	27
La gitana de Caracas	30
Distintas aficiones	33
Armando Zuloaga y la vanguardia	33
El espiritismo y la libertad de Delgado Chalbaud	35
La Semana del Estudiante	39
Ideología de los estudiantes del 28	39
Las jornadas de la Semana del Estudiante	44
Los símbolos, el discurso y la placa de mármol	47
La prisión de los estudiantes	49
Primeros contactos	49
La misión de Arvelo Larriva	52
El 7 de abril	53
El pensamiento y la acción	57
El 28 cambia la visión de mundo de los estudiantes	57

Exilio, viaje a París y proyecto de lucha armada	58
Las cartas cotidianas	60
Los compañeros presos	64
El Falke: un secreto a voces	67
Los preparativos y la travesía	67
Hacia la Plaza de Armas	74
El clarín de la muerte	81
El desafío de los generales	81
El final de una epopeya	84
El clamor de las dudas	87
Las versiones del entierro en Cumaná	87
Pedro Douaihi	92
La desbandada	95
El parque al mar	95
El fin de la revolución	97
Itinerarios contrapuestos	105
Tragedia familiar	105
La última premonición	106
Condolencias	107
Entierro en Caracas	108
Addenda	111
CARTAS	111
POEMAS	116
Bibliografía	125

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibiades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca

28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres
30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soublette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño-Iragorry / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo

Tercera etapa / 2007-2008

51. Francisco De Venanzi / Sonia Hecker
52. Antonio Leocadio Guzmán / Rogelio Altez
53. Antonio Guzmán Blanco / María Elena González Deluca
54. Isaac J. Pardo / María Ramírez Ribes
55. Julián Castro / Tomás Straka
56. Carlos Eduardo Frias / Edgardo Mondolfi Gudat
57. Arturo Michelena / Francisco Javier Duplá
58. Diógenes Escalante / Maye Primera Garcés

59. Juan Vicente Gómez / Simón Alberto Consalvi
60. Tulio Febres Cordero / Ricardo Gil Otaiza
61. Lucila Palacios / Carmen Mannarino
62. José Cortés de Madariaga / Antonio Sánchez García
63. Rafael María Baralt / Lucía Raynero
64. Manuel R. Egaña / Luis Xavier Grisanti
65. Antonio Lauro / Ivo Hernández
66. Juan Antonio Pérez Bonalde / Antonio Padrón Toro
67. Manuel Antonio Matos / Catalina Banko
68. Gumersindo Torres / Eduardo Mayobre
69. José Antonio Páez / Ramón Hernandez
70. Feliciano Montenegro Colón / Napoleón Franceschi G.
71. Vicente Salías / Juan Carlos Reyes
72. Ezequiel Zamora / Manuel Donís Ríos
73. Francisco Linares Alcántara / David Ruiz Chataing
74. Juan Liscano / Rafael Arráiz Lucca
75. Martín Tovar y Tovar / Francisco Javier Duplá
76. Julio César Salas / Francisco Javier Pérez
77. Juan Germán Roscio / Carlos Pernaletе
78. Armando Zuloaga Blanco / Ignacia Fombona de Certad

Este volumen de la Biblioteca Biográfica
Venezolana se terminó de imprimir el mes de
marzo de 2008, en los talleres de Editorial Arte,
Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron
caracteres light, negra, cursiva y condensada de
la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños
8.5, 10.5, 11 y 12 puntos.
En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Armando Zuloaga B.

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Ignacia Fombona de Certad

De los estudiantes de 1928 que se rebelaron contra la dictadura de Juan Vicente Gómez, Armando Zuloaga Blanco fue el único que pereció en una aventura armada contra el régimen del General andino intentada desde el exterior. Exiliado en el 28, pronto se vinculó con la última gran peripecia del general Román Delgado Chalbaud: la expedición del Falke de 1929.

Una peripecia que terminó en tragedia: a pocos minutos del desembarco frente a la ciudad de Cumaná, se abrieron los fuegos entre invasores y gomecistas, enfrentamiento en el cual resultó muerto el jefe de la expedición, el general Delgado Chalbaud, como también el general Emilio Fernández, quien defendía al régimen. Fue como un duelo personal, ambos murieron en su ley, cada uno por su causa. Hubo muchos otros muertos, entre ellos Zuloaga Blanco. No era el único joven que venía a bordo, pues lo acompañaba también Carlos Delgado Chalbaud, hijo del jefe revolucionario, pero a éste su padre le pidió quedarse en el barco en compañía del escritor José Rafael Pocaterra.

En *Memorias de un venezolano de la decadencia* quedaron referidos los hechos y las circunstancias del Falke. La biografía escrita por Ignacia Fombona de Certad, luego de una persistente investigación, traza los perfiles de la personalidad del joven conspirador, ilustra los episodios que precedieron a la invasión del 29 y el desenlace que lo condujo a muerte tan temprana. El gesto de Zuloaga Blanco quedó inscrito en la historia venezolana. En vísperas de los 80 años de aquella última (y casi desesperada) invasión, conviene mirar hacia sus protagonistas, hacia quienes, como el joven estudiante, atendieron al compromiso de ideales de libertad y no midieron riesgos ni eludieron peligros. Para unos, la aventura del Falke fue la prolongación de un viejo duelo entre Generales. Esto, sin embargo, no cuenta para el joven inmolado en nombre de ideales románticos.

Simón Alberto Consalvi



J-00012242-3

EL NACIONAL

J-00002949-0

BANCARIBE